M. ARBOLEYA MARTÍNEZ
PRESBÍTERO

LABOREMUS

(CUESTIONES PALPITANTES)

CON CENSURA ECLESIÁSTICA

MADRID:
LIBRERÍA DE S. JOSÉ
Calle del Arenal, 20

1900

LABOREMUS

M. ARBOLEYA MARTÍNEZ
PRESBÍTERO

LABOREMUS

(CUESTIONES PALPITANTES)

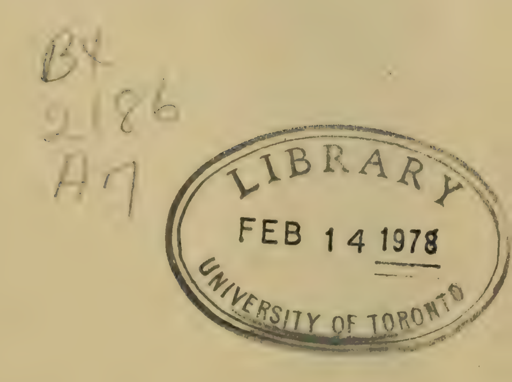
CON CENSURA ECLESIÁSTICA



MADRID:
LIBRERÍA DE S. JOSÈ
Calle del Arenal, 20

1900





Tip. Uría Hermanos.—Oviedo.

OBISPADO DE OVIEDO

CANCILLERÍA

---

6 de Abril de 1900.

Mediante haber sido examinado de nuestra orden el libro titulado Laboremus escrito por el presbítero Dr. D. Maximiliano Arboleya Martínez, Canónigo-Apologista de la S. B. C. y toda vez que no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral, damos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse dicho libro. Lo decretó S. E. I. el Obispo mi Señor, de que certifico.

✠ *Fr. Ramón, Obispo de Oviedo.*

Por mandado de S. E. I.
DR. MANUEL SUÁREZ GARCÍA
Presbítero-Secretario.



AL LECTOR

Los ensayos que siguen, á excepción del último, no habían soñado jamás verse reunidos en un libro. No los escribí con ánimo de que llegaran á formar un todo, pero sin intentarlo yo, creo que les he dado unidad suficiente para que pudieran salir juntos en esta colección. Escritos unos para periódicos y revistas y compuestos los restantes con apuntes hechos para discursos y conferencias de propaganda, todos tienen su historia, pequeña, es claro, insig-

nificante, pero historia al fin. En todos domina la misma idea, aspiración idéntica: por eso creí conveniente publicarlos como los publico ahora. Todos tienden al mismo fin, á recordar al lector ó al auditorio la necesidad apremiante en que nos hallamos de trabajar exterior é interiormente, emancipándonos de la inacción que nos aletarga y de preocupaciones infundadas que nos enervan. *¡Laboremus!* Acudamos al combate, sacudamos ese sopor incomprensible que nos domina, que atrofia las energías de nuestra alma: *¡emancipémonos!*

Si, lo que no creo facil, pasara la vista por este librito algún extranjero, seguramente se quedaría sorprendido al ver que llamo *Cuestiones palpitantes* á las tratadas en estas páginas, porque fuera de España ni son palpitantes ni son cuestiones siquiera. Para nosotros siguen sién-

dolo y por lo visto, durante muchos años aun. Por eso no se me oculta que me expongo á ser juzgado con dureza. No me importa: cada cual es dueño de juzgar estos trabajos como mejor le plazca, ni más ni menos que yo lo soy para estampar en ellos cuanto me dicta mi conciencia. Yo no trato de imponer á nadie mis ideas: ¿ni cómo pudiera intentar tal cosa quien sale por primera vez al público, sin presentación previa de ningún género, y sin más autoridad que la de un nombre desconocido por completo? Combátanse en buen hora mis opiniones, pero, por Dios, no me vengan con sambenitos denigrantes los que no hallen para hacerlo más motivo que el ver que yo no defiendo sus ideas, ó mejor dicho, los procedimientos en que ellos tienen puestas todas sus esperanzas. Confieso desde luego que puedo estar equivocado y desea-

ría que se me sacase de mis errores si los hay en este librito, pero no se eche mano, para condenarme, de una infalibilidad que no existe. Me precio de seguir en todo las enseñanzas del Papa, sin atenuantes de ninguna especie; si se me demuestra que no es así, dispuesto estoy á cambiar de opinión en el acto; pero si se me concede eso, no estoy dispuesto á someterme á silogismos de ningún género; quisiera más defender el error con el Papa (si esto fuera posible) que ser paladín de verdades condenadas por el Vicario de Jesucristo (si no fuera eso tan absurdo como lo anterior.)

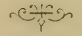
Respecto al mérito de estos trabajitos no me forjo grandes ilusiones. Por de pronto, se nota desde luego que fueron escritos en diversas ocasiones, y con objetos muy distintos: además, yo tengo muy metidas en la cabeza ciertas ideas que

son la musa de todos mis escritos y cuando cojo la pluma solo atiendo á comunicarlas, á exponerlas y á defenderlas. De ahí proceden ciertas lagunas que el lector menos avisado notará fácilmente, pero que no he creido necesario llenar porque no trato de agotar los temas, sino de escribir con toda la claridad posible. Cuando digo lo que quiero y como quiero decirlo, me importan muy poco las imperfecciones *accidentales*. Sí, comprendo que está mal hecho, pero una cosa es que se noten los defectos, las lagunas, y otra muy distinta que puedan llenarse. Y ante el temor de echarlo á perder más aun, prefiero quedarme con la seguridad de que digo lo que quiero decir, aunque comprenda que aun pudiera haber dicho unas cuantas cosas más, todo lo del caso que se quiera, pero cuya exposición no entra en mis planes....

Sin embargo, juntamente con la certeza de esas y otras faltas, abrigo la seguridad de que hablo con la claridad apetecida y de que nadie se verá lastimado en estas páginas. Hallarán, sí, algunos combatidas sus ideas sobre ciertos asuntos, pero no creo que se me niegue el derecho de exponer las mías, siquiera para ello tenga que combatir las contrarias. ¡Bien sabe Dios con cuánto dolor del alma lo hago!

M. A. M.

Oviedo, Jueves Santo de 1900.



Nota.—En la nota de las páginas 53 y 54, y debido á una obsesión inexplicable, se atribuye á León XIII la Encíclica *Quanta cura* en vez de la que comienza *Cum multa*, dirigida á los españoles y donde hay enseñanzas que debiéramos tener más en cuenta.



I

¡LABOREMUS....!

RENÁN opone los Santos á los hombres de acción como si la santidad y el trabajo ſueran dos cosas incompatibles y que mutuamente se excluyeran. Así es que, según el ſamoso impostor, los Santos ſueron y son unos solemnes holgazanes, dedicados exclusivamente á sus meditaciones, sin cuidarse poco ni mucho de cumplir con la ley soberana y universal del trabajo. La afirmación de Renán gustó á esa pléyade de visionarios que viven de lo que otros afirman, sin detenerse jamás á medir su alcance y aquilatar sus prue-

bas, aunque afirman muy serios que éllos nada admiten que no esté confirmado por la experiencia, y es muy comun leer que nosotros necesitamos hombres de acción y que nos sobran Santos. Algunos católicos, de esos que solo ven las cosas por de fuera, casi han llegado á decir lo mismo, como puede verse en la magnífica carta de León XIII al Cardenal Gibons. Decían, pues, los americanistas que hoy necesitamos Santos, pero no como los de otras épocas, sinó activos, emprendedores, laboriosos, lo cual quiere decir que si la holgazanería no es esencial á los Santos, como afirmaba Renán, es al menos distintivo peculiar de los anteriores al siglo XIX. Hoy el que quiera ser santo debe ser trabajador: antes la vagancia no perjudicaba en nada á la santidad. ¡Santo y holgazán! ¡Vamos que se necesita ser hombre para concebir idea tan disparatada! Porque eso es algo así como triángulo redondo, y los que saben de Santos holgazanes deben tener resuelta la cuadratura del círculo.

Necesítase en efecto no saber una palabra de lo que es la santidad para suponer que en su concepto se encierra la inacción, cuando los Santos son tales precisamente porque nada tuvieron de holgazanes. Mucho hace quien mucho ama, afirma la *Imitación de Cristo*, y como dice el refrán castellano el amor se demuestra con obras, no con palabras; pues los Santos fueron tales precisamente porque amaron mucho. La ociosidad, la inacción son vicios que pugnan con la doctrina del Evangelio que es la doctrina del amor. En la sublime parábola de los talentos está divinizada la actividad y condenada la inacción. El que hizo buen uso de sus talentos, los hizo fructificar, es llamado siervo bueno y fiel, é inútil y despreciable el que enterró el suyo y se dejó vencer por la holgazanería.

Por eso, decir como Renán y como esos otros neo-cristianos incoherentes y aéreos, que en vez de Santos es preciso levantar hombres de acción y que ésta no fué la característica de los San-

tos de otros tiempos, es desconocer la esencia de la santidad y desconocer la historia de los Santos. Más ó menos todo el mundo conoce la vida de muchos de éstos y ese solo conocimiento, por superficial que sea, basta para apreciar la inconsistencia de tales afirmaciones. Enrique Joly en su precioso libro *Psychologie des Saints* saca en el último capítulo, después de estudiar con admirable precisión lo que es el alma de un Santo, la siguiente conclusión: «El punto culminante, pues, de la vida de los Santos es la acción.» El gran psicólogo francés deduce esa consecuencia estudiando, no los Santos de una época, de una nación, sino los Santos en general. Y para conocer la verdad de esa conclusión no se necesita mucha perspicacia, pues al recorrer mentalmente la vida de un Santo no tardamos en descubrir la asombrosa actividad de que estaba dotado y por ninguna parte hallaremos que su santidad agote sus energías. Grandes santos fueron S. Pablo, S. Agustín, Santo

Domingo, S. Francisco de Asís, San Ignacio, por no citar más que algunos de los más conocidos: ¿quién se atreve á decir que las virtudes heróicas de que son perenne ejemplo les impidieran desarrollar su actividad pasmosa? Y para poner un ejemplo más detallado, ahí está Sto. Tomás de Aquino: con solo saber que fué tan gran Santo y que trabajó lo que todos sabemos ¿quién tiene valor para llamarle holgazán?—Él estudió y conocía perfectamente las obras de los SS. PP. de los grandes filósofos, de los clásicos, y las legislaciones canónica y romana: él predicaba y disputaba, escribía y enseñaba y para empezar cualquiera de estos actos preparábase á los piés del Crucifijo... ¡Ah, se necesita toda la desfachatez de un Renán, toda la vanidad de un filósofo espiritualista para desnaturalizar de ese modo los hechos más culminantes de la historia: y se necesita toda la ignorancia, todo el afán de novedades del siglo que se va, para permitir que se nos desprecie

hasta ese punto hablándonos de esa manera!

Pero si la santidad supone actividad, energía, laboriosidad, es indudable que estas cualidades no suponen siempre santidad en quien las posee. Ah, si ſuera así bien pudiéramos decir que la santidad nos había abandonado, pues los católicos españoles no somos, no, los hombres de acción que hoy se agitan en España....

Dos advertencias antes de pasar adelante. Me circunscribo á los españoles, porque dígase lo que se diga, ſuera de España los católicos están dando pruebas de una laboriosidad vertiginosa y demostrando que viven en la doctrina sublime del Evangelio que es la doctrina de la actividad. Además, hablo con toda claridad, por que creo que los tiempos no están para decir las cosas entre líneas.

Mientras nuestros enemigos se agitan convulsivos y arrastran en pos de sí al pueblo sencillo y nos dejan solas las iglesias, deslucidísimas las proce-

siones, sin lectores las pocas publicaciones católicas que aquí salen á la luz, mientras las más grandes calumnias contra la Iglesia de Cristo corren como axiomas en boca del pueblo ¿qué hacemos los católicos españoles, qué hacemos los sacerdotes? Procurar santificarnos—me contestará alguno—y llorar sobre los que nos vuelven las espaldas.

¡Santificarnos! Y ¿podemos conseguirlo sin santificar á los demás? ¿Es que la santidad se divorció de la acción precisamente cuando ésta es más necesaria? El Cristo á cuya semejanza deben hacerse los Santos ¿no es hoy el mismo que ayer, como arguye León XIII? Pues si ayer para ser santo se necesitaba trabajar ¿no ha de necesitarse hoy mucho más? ¡Llorar! ¿Y eso lo dicen hombres llenos de vigor y de energías, soldados miserables que se rinden sin combatir, sin tomar las armas siquiera? ¡De vergüenza debiéramos llorar casi todos los católicos españoles al considerar nuestra conducta

infame y la conducta de nuestros adversarios! Porque, no seamos niños y confesémoslo con franqueza varonil: en España son muy pocos los que con su actividad demuestran que son santos... Los más, la inmensa mayoría, al considerar á solas nuestro papel de Jeremías falsificados, debiéramos sentir nuestras mejillas derretirse al calor de la sangre que á ellas se agolpa. ¡Ah, cuando dejamos de lamentarnos ante nuestros amigos, de lo malo que esto se va poniendo y nos hallamos á solas ¡quién no ha sentido que una voz salida del fondo de nuestra alma nos grita: miserable, solo tienes lágrimas para llorar como débil mujer y no hallas en tu ruin corazón alientos para luchar como cristiano! Acción, lucha, trabajo, martirio, eso hace falta para vencer, que no lágrimas! ¡Que lloren al ver tanta desolación y la ola inmensa de la impiedad que avanza, los que no pueden manejar una pluma, ó recomendar un libro, ó hablar á las masas, ó comunicar algo de fuerza á la

propaganda católica, pase: ¡pero tú, tú que puedes redactar un periódico, recomendar una revista, hablar en público, formar círculos, dar conferencias, tú que estás rebosando vitalidad y fuerza contentarte con llorar como un imbécil....!

Y llegamos á temblar ante la infamia de nuestra conducta, pero... ¡la empresa es tan dificil! ¡el mal avanza con tanto ímpetu! ¡nuestras fuerzas son tan débiles! La vanidad, la soberbia son las inspiradoras de disculpas tales. Yo me dejaré vencer por ellas miserablemente, más para mayor ignominia sé de donde proceden.

¡Cuán distinta es la conducta de los Santos! La imposibilidad jamás les sirve de excusa, porque no dudan que todo les es permitido y posible. (1) No porque se consideren con fuerzas para tanto, sino porque saben que todo lo podemos en Aquél que nos conforta. Nosotros, por lo contrario, no conta-

(1) *Vid. Psychologie des Saints*. pag. 186.

mos, ó no queremos contar más que con nuestras fuerzas sin acordarnos de las divinas promesas con las que todo nos será posible. Precisamente nos dice S. Ignacio que esa falta de confianza y de valor es obra del espíritu maligno que nos quiere dominar, así como debemos estar seguros de que Dios está con nosotros cuando nuestro corazón se levanta y rebosa de alegría y se siente capaz de cosas grandes. El decaimiento, ese marasmo letal que nos tiene entumecidos, no procede, no, de nuestro corazón de cristianos, sinó de nuestra debilidad de hombres: no es el espíritu de verdad quien nos recomienda esa prudencia engañosa, sinó el padre de la mentira que desea que dejemos triunfar á sus hijos predilectos.

Que el mundo está muy mal! De sobra es cierto, mas por eso se necesita el concurso de todos los buenos. Mal estaba también en tiempo de Lutero y un Ignacio de Loyola puso un dique á la absorbente herejía: mal estaba en el siglo XIII y un Domingo de

Guzmán detuvo el torrente de los errores y un Francisco de Asís la corrupción de costumbres: mal estaba en tiempo de Pelagio y un Agustín venció sus desvaríos: ¡peor mil veces estaba el mundo en tiempo de los Apostóles y dominaron el mundo! Cierto que con ellos estaba Dios, pero lo está siempre con quienes levantando su estandarte se lanzan á la lucha y lo que pudo hacer en tiempos peores lo hará hoy, que Dios no es viejo y su omnipotencia no se agota.

¡Que mirar á nuestras fuerzas para lanzarnos á luchar por Él, es dejarnos llevar de la soberbia: es creer que por nosotros podemos hacer algo, cuando sabemos que nada podemos hacer sin Cristo!

Mas ¿para qué puedo servir yo? ¡Ah! con la ayuda de Dios que nunca falta ¡para todo! ¿quién sabe si hasta para cambiar la faz de un pueblo llevándole de la taberna á la iglesia? Cosas mayores se han visto, no en siglos pasados, en el siglo XIX, y no

en pueblos lejanos, sinó en Francia y en Italia, y hasta en nuestra misma España! ¿Sabes manejar una pluma? Ponla á disposición de un periódico, que ese es un púlpito á donde puede subirse lo mismo el seglar que el sacerdote. La prensa está corrompiendo á España, pero de ello tenemos gran culpa los que sólo publicamos periódicos para nuestro uso particular.

Si en cada pueblo tuviéramos un periódico, bien escrito, con información completa, ajeno á esa Babel de triquiñuelas que tanto nos entretienen en nuestra inacción, otro sería el estado de la Religión entre nosotros.

La voz dada desde el periódico llega hasta donde llega éste, y éste llegará á todas partes, si lo merece.

¿Tienes aptitudes para hablar en público? Acude á todas partes; al Círculo, al Casino, á donde quiera que tengas media docena de oyentes, que si de ellos convences á uno ya te puedes dar por satisfecho de toda una vida de trabajos. Eso de no querer hablar

sinó donde se tenga auditorio numeroso es querer predicarse á sí, no á Cristo. La sola conversión de un alma bien merece todas las oraciones de Cicerón!

¿Eres rico? Protege la prensa católica, los círculos de obreros, todas las obras de propaganda. ¿No tienes siquiera relaciones, amigos? Haz que se suscriban á buenos periódicos, llévalos á oir conferencias, anímalos á prestar su apoyo á las obras buenas. ¿No crees que sirves para nada de eso? Ponte á las órdenes del Párroco, del jefe de la propaganda católica para que vean en qué puedes serles útil. No hay hombre que no sirva para algo, y tal se van poniendo las cosas que todos debemos servir para todo.

Es un error, una sugestión del demonio, una inspiración de la soberbia el no fijarnos más que en las cosas grandes, desde las que puede destacarse nuestra personalidad. La vida activa, hoy tan necesaria, abarca muchas cosas, algunas muy humildes; mas

para ser merecedores de que Dios bendiga nuestros trabajos, debemos empezar por buscar su gloria, no la nuestra. «La vida activa, dice San Bernardo (1) consiste en dar pan al que lo necesita, en enseñar al prójimo la palabra de la Sabiduría, en atraer al verdadero camino al que va extraviado, en guiar al orgulloso por el camino de la humildad, en unir á los enemigos, en visitar los enfermos, en enterrar los muertos, en redimir á los cautivos; en fin, en procurar que cada cual tenga lo que le es necesario.» ¿Quién puede decir que no sirve para nada de esto? Si álguien lo dijera, es que quiere revestir su holgazanería, su apego al no hacer nada, con el manto purísimo de la humildad: una bellaquería.

Más de una vez, sin embargo, nos hemos lanzado al combate, pero al ver que de repente no conseguíamos todo nuestro deseo, nos retiramos. No es

(1) *Ibid.* pag. 193.

ese el espíritu con que debemos ir al trabajo. Así como no debemos descuidar la oración, aun cuando no nos veamos favorecidos por sentimientos fuertes y éxtasis divinos, y aun cuando sintamos sequedad en el corazón, hielo en el alma: del mismo modo, cuando vemos que dedicamos toda nuestra actividad á una buena obra, puesto el pensamiento en Dios, no debemos volver la vista á examinar lo conseguido, sinó tenerla fija en lo que debemos conseguir. Cuando se trabaja por Dios—dice Santa Teresa--permite el Señor que al comenzar el trabajo se apodere del alma una cierta frialdad... Pero la Santa—dice Joly (1)—debía gustar mucho de seguir el consejo de San Ignacio, de no cambiar en el momento de la desolación las resoluciones tomadas antes de caer en ella. Por eso no se cuidaba de esa desanimación más que para redoblar sus energías y poder luchar con más ímpetu.

---

(1) *Op. cit.* pag. 190.

¡Que no vemos resultado! Y ¿quién lo asegura? Dios lo sabe. Nosotros sólo sabemos que no hemos conseguido ser los ídolos de las muchedumbres; pero si con esas intenciones acudimos á la acción, tal vez nuestra vanidad esterilice todos nuestros trabajos. Pero ¿se trata de que triunfe Dios sobre las almas ó de que triunfemos nosotros? Dicen ó decían los defensores del americanismo religioso, que hoy se necesitan más las virtudes activas, la actividad, el trabajo, etc., que las pasivas propias de los Santos de otras épocas, la humildad, la resignación, etcétera. Dejando á un lado la peregrina distinción de las virtudes en activas y pasivas, yo no sé para qué nos puede servir la actividad si no somos humildes.

Las dificultades para conseguir el bien siempre son grandes; el trabajo debe ser constante, las desilusiones infinitas: si no nos fundamos en la humildad, en la resignación, volveremos la vista atrás, después de estar con la

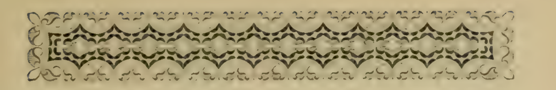
mano en el arado. Y es que hoy como ayer, en el siglo del P. Hecker como en el de San Agustín, el fundamento de la santidad está en ser humildes, y ahora como entonces, la santidad es tan inseparable de la actividad, del trabajo, como de la humildad.

¿No vemos cómo no decaen nuestros enemigos? Cierto que ellos encuentran el camino más expedito; pero ¿acaso cuentan ellos como nosotros con promesas que abren á nuestros ojos ilimitados horizontes? Y en último término, ¿trabajamos nosotros, siquiera, tanto como ellos?

Mientras ellos se agitan, no descansan y conmueven el mundo, nosotros, sentados sobre nuestra maldita inacción, vemos á las muchedumbres pasar por delante de nosotros fanatizadas y blasfemando y sólo se nos ocurren lamentaciones ridículas, cuando debiéramos obrar varonilmente como nos aconsejó San Pablo. La doctrina del Evangelio es la doctrina de la actividad, de la lucha, del trabajo no inte-

rrumpido, sean cuales fueran las dificultades y los desengaños. Siguiéndola no lo perderemos todo: no todos podemos llegar á ser un O'Connell ó un Windthorst; pero todos podemos llegar á ser santos.

¡Laboremus....!



II

CONDICIONES GENERALES

DE LA

APOLOGÍA CONTEMPORÁNEA

Esta cuestión, siempre de actualidad, es hoy verdaderamente palpitante.

En el mes de Mayo de 1895, publicó *Le Monde* de París una conferencia dada por el insigne filósofo Jorge Fonsegrive, en Issy, á los alumnos de Teología y Filosofía del Seminario de San Sulpicio, y en la cual se defendía la necesidad de abandonar, siquiera

sea por el momento, la llamada apología tradicional, echando mano de la que llaman moderna.

Los hombres del día, dice el fecundo publicista (1), viven en regiones á las cuales no pueden llegar nuestros silogismos: dejemos, no por malo, sinó por insuficiente para llenar las necesidades actuales, el método apologético de nuestros mayores y echemos mano de métodos más en harmonía con lo que da de sí la realidad. La discusión es imposible si no nos entendemos, y no podemos llegar á entendernos si no convenimos en algo. Lo único en que podemos convenir con estos discípulos de Kant que niegan la Metafísica y no admiten el principio de causalidad, es en la necesidad de vivir, de obrar. Demostremos que nuestra Religión llena por completo las nece-

(1) *Le Catholicisme et la vie de l'esprit.*—Al frente de este volumen se publica esa conferencia. Sobre el orígen de esta cuestión y su desarrollo, véase el cap. II de esta obra y *Etudes* de 3 de Febrero de 1897.

sidades de nuestra alma, que élla sola tiene las doctrinas de la acción y de la vida, y les haremos confesar que nuestra Religión es la verdadera y absolutamente necesaria. Así conseguiremos lo que no podemos conseguir con los silogismos mejor trabajados.

Poco después de publicada esta conferencia, el presbítero Denis, director de *Annales de philosophie chretienne*, señalaba la tentativa de Fonsegrive, teniéndola por igual á la de Ollè-Laprune en *Le prix de la vie*, y á la de Blondel en *L' Action*. Este último no se dió por satisfecho con que se creyeran iguales sus ideas y las del conferenciante de Issy, publicó en dichos *Annales* una larga carta que forma hoy un tomo, á la que contestó en la misma revista el presbítero Gayraud, y de ese modo continuó y continúa aún la discusión sobre la necesidad de una nueva apologética. En el espacio de tan pocos años, son innumerables los trabajos publicados sobre ese punto y resultan altamente notables y curiosas

las ardientes polémicas suscitadas con motivo de la conferencia de Jorge Fonsegrive. Quien siga, aunque sea de lejos, el movimiento científico religioso en nuestros días, habrá visto discutida esa cuestión, así como otras que con ella se relacionan, en todas partes; en libros y en folletos, en periódicos populares, como en las revistas de alto vuelo (1). ¿Cómo debe ser

(1) Ni yo puedo, hallándome á tanta distancia, enumerar todos esos trabajos, ni creo que tal enumeración fuera útil. Sin embargo, merecen leerse los libros siguientes: *Lettre sur les exigences de la pensèe contemporaine en matiere d' apologetique*... de Mauricio Blondel; *Introduction á Religion et critique* (escritos póstumos del presbítero Broglie), del presbítero Piot; *De l' apologetique traditionnelle et de l' apologetique moderne*, del P. Bachelet S. J., la citada obra de Fonsegrive, etc., etc.; y los artículos *A propos d' apologetique contemporaine*, de Alberto Lamy (*le Sillon*, 10 de Diciembre de 1896); *Les ilusions de l' idealisme et leurs dangers pour la foi*, del P. Schwalm (*Revue thomiste*.—Setiembre de 1896); *Une nouvelle apologetique*, del presbítero Gayraud, hoy diputado; (*Annales de philosophie chretienne*.—Diciembre de 1896 y Enero de 1897). Véanse además las obras de Ollé-Laprune, las últimas de Bru-

la apología contemporánea? Esta cuestión, dice el P. Schwalm (1), se halla hoy á la órden del día entre teólogos y filósofos, como las sociales entre los hombres de acción.

No se mentarán en este trabajito todas las cuestiones discutidas sobre este punto por nuestros vecinos, pues ni el autor se cree competente para ello, ni lo considera de utilidad para nosotros. El objeto de estas páginas se reduce á exponer, mejor dicho, á resumir las condiciones generales que en nuestra patria debe reunir la apología, tal como están hoy las cosas, dejando á un lado los intrincados problemas acerca de la certeza en apología, de la demostración científica, etc., que aquí

---

netiére (especialmente en *Discours de combat. La renaissance de l' Idealisme* y *Le Besoin de croire*), de Fonsegrive, de Goyau, et., etc.

En España no conozco más que un trabajo publicado por R. Domenech, con el título *El método de inmanencia en apologética*, en la revista de Valencia *Soluciones Católicas* (1.º de Diciembre del año pasado.)

(1) *Revue thomiste*.—Marzo 1897.

no vienen al caso. Pero hay una entre las tales cuestiones agitadas en Francia, que es fundamental, y por eso conviene resolverla ante todo: es la planteada por Fonsegrive en su citada conferencia.

Empecemos por ella después de advertir al lector que aquí no se hallará nada nuevo, *original*, pero sí observaciones muy dignas de tenerse en cuenta, como tomadas de los buenos maestros que, gracias á Dios, no nos faltan, aunque en España son tan pocos que pueden ser contados por los dedos de la mano (1).

---

(1) Merecen ser consultadas, entre los españoles, las *Introducciones* respectivas de *La Biblia y la Ciencia*, del Cardenal González; de *La Creación, la Redención y la Iglesia*, del P. Martínez Vigíl, Obispo de Oviedo, y de *La Evolución y la Filosofía cristiana*, del P. Arintero. Entre los extranjeros, sólo citaré al P. Fontaine, *La Chaise et la apologetique au XIX siècle* (agotada); á Duilhé du Saint-Projet, *Apologetique scientiphique* (obra traducida al español por D. Manuel Polo y Peyrolon) y á Vigouroux *Manuel Biblique* (también traducido al español.)

I

La apología tiene por objeto la exposición y la defensa de las verdades reveladas: ¿exigen las circunstancias del siglo un plan de apología completamente diverso del seguido en los siglos anteriores?

Fonsegrive dice que sí, que el método tradicional, á grandes rasgos trazado en nuestros clásicos tratados *De vera religione*, aunque bueno en sí, resulta hoy inútil. El jesuíta P. Bachelet (1) opina lo contrario, y tiene por inconsistente el método moderno que consiste en «exponer el valor y la virtud intrínseca del Catolicismo» (2); en demostrar la conformidad, mejor, la identidad de las doctrinas católicas con las necesidades de nuestro espíritu. A uno y otro escritor siguen muchos publicistas, y es inútil adver-

(1) *Op. cit.*
(2) Fonsegrive.—*Op. cit.* pag. 76.

tir que por una y otra parte se exageran las proposiciones del adversario. Ni la apología *moderna* (que no es tan moderna como creen sus defensores) es despreciable, ni la tradicional resulta inútil en nuestros días. Una y otra se completan, y la primera halla en la segunda su mejor punto de apoyo. Es preciso empezar por advertir dos cosas: primera, que los partidarios del nuevo método no son tan intransigentes como los partidarios del tradicional, pues el mismo Fonsegrive dice (1) que su sistema de apología no demuestra *por completo* la verdad del Catolicismo; y segunda, que el argumento de que dicho ilustre escritor se vale para descartar el método tradicional, puede retorcérsele respecto á los largos razonamientos de que se vale él mismo en su conferencia para llegar á demostrar la verdad de nuestra fé: si los hombres del día rechazan nuestros silogismos y se ríen

(1) *Ibid.* pag. 2.

de la razón especulativa, ¿por qué no han de hacer lo mismo con los sutiles razonamientos desenvueltos por el fecundo publicista en su método apologético?

Por de pronto en España el argumento de Fonsegrive no tiene fuerza alguna, valga lo que valiere en Francia: aquí nuestros adversarios no niegan la Metafísica ni el principio de causalidad, entre otras razones porque apenas si saben qué es eso.

Nó, el método tradicional no debe ser relegado al olvido, pues hoy cumple su objeto como en los siglos pasados y precisamente la indiferencia y las vaguedades religiosas de nuestros contemporáneos tienen su orígen en el desconocimiento absoluto del tradito *De vera religione*. Pero se nos pregunta enfáticamente como quien dice algo: ¿hemos de seguir al fin del siglo XIX, repitiendo los mismos argumentos de nuestros antiguos apologistas?—¿Y por qué nó, si los tales argumentos no tienen solución?

Es muy cierto que la apología, para conseguir su objeto, debe acomodarse á las diversas circunstancias de los tiempos: que las apologías de San Justino y de Atenágoras no son idénticas á las de San Agustín y San Ambrosio: que todas ellas se distinguen, á primera vista, de las de los Doctores escolásticos: que éstas y aquéllas se diferencian no poco de las que siguieron á la gran revolución religiosa del siglo XVI y que las de nuestro siglo y el pasado son diversas de todas las anteriores; pero sus diferencias son accidentales y proceden de la diversidad de los adversarios con quienes es preciso luchar. El armazón es el mismo: lo que cambia es el atavío. Las violentas páginas de Tertuliano, en nada se parecen á las de Santo Tomás, todas serenidad y placidez; pero el Doctor de Aquino se vale de los argumentos del tempestuoso genio africano y los apologistas de nuestros días desenvuelven victoriosamente el nervio apologético de los tiempos primitivos.

También es cierto, como luego veremos, que no basta el método tradicional para hacer frente á todas las necesidades que supone el estado actual de las ciencias; pero dígase así y no se quiera desechar por inútil un método templado en mil combates, y que nos lleva de la mano á las puertas mismas del templo. Una cosa es que un método no sirva para todo y otra muy diferente que deba por eso ser relegado al olvido... siquiera sea momentáneamente. En la apología hay que distinguir dos cosas: la exposición y pruebas de la verdad revelada y la defensa de esa misma verdad. En cuanto á lo primero, la apología contemporánea debe fundamentarse en ese método tan victoriosamente y con tanta habilidad manejado por los apologistas de todos los tiempos: por lo que se refiere á la defensa de la revelación, es claro que los escritores de los tiempos pasados no pudieron dejarnos el camino trazado en todos sus pormenores. A un general que va á

combatir en terrenos desconocidos y con enemigos nunca vistos, no se le traza el plan de batalla en el gabinete del ministro, ni en los manuales de táctica militar. Se pueden dar, á todo más, reglas generales aplicables en todos los casos, y estas reglas no faltan en nuestros antiguos apologistas, y por cierto muy dignas de ser tenidas en cuenta al luchar con los enemigos del día.

La apología tradicional, manejada ya por los apóstoles y por el Maestro de todos los apologistas, por el mismo Jesucristo, desempeña hoy sobre el espíritu infatuado é ignorante de nuestros contemporáneos el papel importantísimo que ha desempeñado durante los diecinueve siglos que lleva caminando á la vanguardia del cristianismo á través de las edades.

Admitidas la existencia de Dios y sus perfecciones, omnipotencia, sabiduría y verdad infinitas, esa apología nos demuestra, echando mano de la Historia y de la Filosofía, la posibili-

dad, necesidad y existencia *concreta* de una revelación á cuyas doctrinas todos debemos someternos por la autoridad de Dios que con ese objeto nos habla. Esto supuesto, ya tiene razón de ser la apología de Fonsegrive, demostrándonos la sublime harmonía, la compenetración admirable de esas verdades con las necesidades y aspiraciones de nuestro espíritu, así como los brillantes razonamientos de Brunetière sobre la impotencia de las demás religiones y de la ciencia para resolvernos el problema de nuestro orígen y de nuestro fin, problema que no existe en las enseñanzas de esa revelación concreta por la que es preciso empezar, á la que es necesario acudir siempre en último término (1). Por lo demás, prescindiendo del método tradicional, la llamada apología moderna no basta por sí sola, y así lo confiesan, aunque de pasada, sus partidarios. Si se tratara

(1) Sobre el citado artículo de Brunetière, véase más adelante *Los fracasos del siglo XIX*

de una ſe vaga, indefinida, tal como la vislumbra la ſilosofía novísima: si se tratara simplemente de llegar á una religión de la vida interior, tal como la entiende Sabatier, el teólogo protestante de la Sorbona (1), religión sin dogmas ni credo determinado, esa apología sentimental, subjetiva, tendría razón de ser por sí sola; pero jamás sabrá llevarnos á las puertas de la verdadera Iglesia para que la gracia nos empuje, nos haga entrar y nos postre ante el sagrario. Precisamente ahí está el gran error de los semiracionalistas contemporáneos: hablan también ellos de su ſe religiosa, y al

(1) *Esquise d' une philosophie de la religion d' après la psycologie et l' histoire.* Esta obra, criticada por católicos y protestantes, pero sin desconocer las dotes del autor, así como la siguiente, *La Religion et la culture moderne*, están inspiradas en un espiritualismo inconsistente, muy semejante al de Renán, pero expuesto con más brillantez en el fondo. Tales teorías fueron victoriosamente refutadas por Fonsegrive en dos profundos trabajos publicados en *La Quinzaine*, y recopilados en la obra citada.

sentir en sus almas el vacío de la impiedad, exclaman desfallecidos como el hijo pródigo: *fame pereo;* mas no añaden: *surgam et ibo ad patrem meum*, porque desprecian el camino que los conduce á la casa de su Padre, y guiados por su teoría de la razón autónoma, no admiten la autoridad de Dios que nos habla por medio de la Iglesia á la cual nos conduce suavemente la apología tradicional; y sin llegar jamás al hecho concreto de la revelación, su religión no pasa de ser una creación informe de fantasía calenturienta.

Brunetière ha manejado admirablemente la nueva apología en defensa de nuestra Religión, y, sin embargo, aun no es nuestro, aun no halló las puertas de la verdadera Iglesia. Las hallará y acabará por entrar, es claro; pero ¿hubiera titubeado tanto tiempo si en vez del método moderno hubiera acudido al método tradicional? ¿Y ha de contentarse con esos frutos la apología contemporánea? De ninguna manera; como siempre, debe ir mucho más allá. El

credo católico es una cosa concreta; la revelación un hecho; su autor Dios; la encargada de proponérnoslo, la Iglesia católica: prescindiendo de demostrar estas verdades, la Religión se derrumba como el colosal edificio cuyos cimientos de arena arrastrara la fuerza del torrente.

Pero es que nuestros contemporáneos no admiten la Metafísica ni la razón trascendental, y niegan los principios de causalidad y de contradicción. Pues para esos táles tanto vale un método como otro, y ambos son igualmente inútiles, como lo demuestran los violentos ataques de que fué objeto Fernando Brunetière: para los que todo lo niegan *á priori* y cierran los ojos á la luz, y reniegan de su propia razón tanto como de la fe, para esos no hay apología posible; á quien trate de convertirlos no le quedan más armas que la oración.

De consiguiente, la apología tradicional que empieza por sentar y demostrar esas verdades fundamentales,

forma parte integrante de la apología de todos los tiempos. Así lo comprendió el Concilio Vaticano. Estas grandes asambleas, que tan importante papel desempeñan en la historia del mundo, estudian las necesidades de la época en que se reunen y exponen las reglas que deben seguirse para vencer al error y para atraer las almas descarriadas. Celebrada la última en nuestros días, pudiera decirse, cuando la lucha se hallaba más encarnizada, trazó las líneas generales que deben servir de pauta al apologista contemporáneo. En la nunca bien ponderada constitución *De fide*, que los paladines de la Religión deben tener siempre delante, se expone como muy apropósito para nuestros tiempos el método tradicional, rechazando así, de antemano, perjudiciales innovaciones. Dése la importancia que se quiera á la labor, sin duda muy digna de elogios, llevada á cabo por Ollé-Laprune, Blondel, Fonsegrive, Brunetière y otros; pero no se rechacen, para alabar una cosa buena,

otras que, sin duda, son mejores. La apologíatradicional está suficientemente acreditada por su historia brillantísima, por sus autores, entre los cuales debe contarse en primer lugar á Jesucristo, y por las recomendaciones de los Papas y de los concilios, para que pueda ser fácilmente suplantada. Cierto que es muy antigua, pero ni impide iniciativas originales, ni el progreso consiste en rechazar sistemáticamente todo lo que no es nuevo, sinó más bien en aprovecharse de los materiales acumulados por nuestros mayores para seguir levantando el edificio de la apología, templo augusto de la verdad.

II

Pero de lo dicho no se ha de deducir (ya queda insinuado más atrás) la defensa de una intransigencia incompatible con los adelantos del día; nada de eso. La apología ha de ser tradicional, ha de valerse de los argumentos que nos suministran los siglos pre-

cedentes, cuando son verdaderamente decisivos; pero al mismo tiempo debe ser progresiva, debe distinguir entre el espíritu de conservación y el de rutina. Dos extremos debe evitar el apologista: entregarse á peligrosas innovaciones y petrificarse en los tiempos que pasaron. Los apologistas de la última moda, dispuestos á entusiasmarse con todas las novedades vistosas, y los apologistas fósiles, para quienes el tiempo pasa en vano, han hecho tal vez más daño á la verdad que muchos impíos, y debido á sus imprudencias, muchos claudicaron en la fe.

Ya queda dicho algo del primer escollo, del afán inmoderado de romper tontamente moldes que desempeñan hoy el mismo papel que en tiempo de San Justino y de Tertuliano: ya hemos visto que lo antiguo no debe rechazarse por el delito de serlo; que la primera condición de la apología contemporánea consiste en aprovecharse de la herencia de nuestros antepasados.

Digamos ahora algo del otro esco-

llo, entre nosotros bastante más generalizado.

Adelantan las ciencias con pasos de gigante, auméntanse de una manera fabulosa los humanos conocimientos, ensánchanse sobremanera los horizontes, que no en vano entregó Dios el mundo á las disputas de los hombres. ¿Debe el apologista católico mirar impasible y cruzado de brazos, ese progreso, contento con los argumentos estudiados en el tratado *De vera religione?* Ese sería el mayor de los errores. Dado el actual género de guerra que se nos hace, el apologista debe fundamentarse en el método acreditado en luchas seculares, pero ha de revestirlo á la moderna, si se permite la frase; no debe contentarse con los argumentos tradicionales tal como nos los dejaron nuestros antepasados; debe modernizarlos, echando mano de los nuevos conocimientos que la ciencia nos proporciona, acrecentando la herencia como la acrecentaron los apologistas de todas las edades. ¡Que tam-

bién los Santos Padres fueron *modernistas* en su tiempo! El método tradicional, la apologética usada en otros siglos, fué puesta en práctica contra *ciertos* enemigos, en *determinado* terreno. Hoy el campo de batalla se ha extendido sobre manera y querer arreglarlo todo con los argumentos del método tradicional, es demostrar que se ignoran las condiciones de la lucha.

No basta á nuestra apología que sus trincheras sean infranqueables, que no tengan contestación los silogismos de que se vale: su objeto es defender la Religión en todos los terrenos en que tenga enemigos que la combatan. Por eso muy á menudo el apologista contemporáneo, si ha de llenar su misión altísima, veráse obligado á sumar con los argumentos tradicionales, argumentos nuevos para combatir y vencer á nuestros enemigos con las mismas armas de que ellos se valen y en el terreno en que ellos se hacen fuertes. Si estas armas son de nueva invención, ¿cómo hemos de hallarlas en los Padres

de la Iglesia, ni en los Doctores de la escolástica, ni en los teólogos de otros siglos? Es claro que lo cierto en Filosofía no puede ser falso en ninguna otra ciencia; pero la apología no es un juego del entendimiento, su fin es eminentemente *práctico*, atraer almas descarriadas: el apologista no debe contentarse con estar á la defensiva en su cercado campamento de la Teología, debe acudir á los hombres y tratar de atraerlos como sea posible. Un apologista que no sea apóstol, que no trabaje con el objeto de acrecentar el rebaño del buen Pastor, es una figura decorativa, un estorbo.

Convendrá muchas veces, para mejor atraer á los extraviados y para conseguir que la verdad triunfe, añadir á los argumentos tradicionales, otros argumentos, observaciones nuevas: hágase esto sin daño del método tradicional, que después de todo están en un error los que le miran como la panacea con que se curan todas las enfermedades del corazón y de la inteligen-

cia. No mire el apologista con horror la llamada ciencia moderna, rechazando *á priori* todo cuanto ella defiende, que la ciencia nunca es mala y debemos distinguirla de lo que con ella quiere probar el insensato que lucha contra Dios. Aun los más fanáticos cultivadores de esa ciencia que quiere ser anticatólica, nos proporcionan á menudo datos que conviene recoger, y en mil ocasiones esos sabios, al entonar himnos de triunfo, presentándonos sus descubrimientos y queriendo con ellos anonadarnos, hacen el papel de la raza maldita que, con la Biblia bajo el brazo, va por el mundo dando testimonio de la verdad del Cristianismo! No debe admitir, sin examinarlos convenientemente, todos los llamados descubrimientos, pero tampoco debe rechazarlos sin tener fundamento racional para hacerlo: antes ha de tenerlos muy en cuenta si son verdaderos, seguro de que una verdad esclarece la anterior, no la contradice. La Geología penetró en las entrañas de la

tierra en busca de argumentos para desmentir al Génesis: de sus trabajos colosales puede y debe sacar el apologista contemporáneo nuevos argumentos para probar la verdad de la narración mosaica: la Paleontología, la Etnografía, la Filología, la Arqueología y tantas otras ciencias novísimas, estudiaron con envidiable paciencia edades prehistóricas, lugares desconocidos, lenguas primitivas, civilizaciones que pasaron, y sea cual fuera el objeto de tan detenidos estudios, de ellos han brotado nuevos rayos de luz que iluminan más y más la narración sagrada: ¿por qué el apologista contemporáneo no ha de levantar acta de tales descubrimientos añadiéndolos al caudal inmenso que hemos heredado?

Obrando así, no sólo no se hace traición al método tradicional, sinó que se sigue el ejemplo de los Padres y de los escolásticos. Aquéllos, cuando se levantaba una nueva herejía, muy lejos de rechazarla en globo, la estudiaban con detenimiento, distinguían cuida-

dosamente lo verdadero de lo falso, quedábanse con aquéllo y combatían el error; y en cuanto á los escolásticos, baste citar á Santo Tomás que tan bien supo aprovecharse de la filosofía de Aristóteles, propalada en Europa por los mahometanos. Así han obrado todos los grandes defensores de la Religión y tal es la conducta que hoy nos manda seguir León XIII al recomendarnos que estudiemos la filosofía de Santo Tomás y los adelantos de las ciencias modernas. No debe rechazarse lo antiguo por ser antiguo, ni debe desecharse *á priori* lo nuevo por el delito de serlo.

De donde se deduce que la apología no debe dejarse dominar por el llamado criterio intransigente y que debiera llamarse criterio de los cobardes, pues tiene por fundamento una alarma tan absurda como infundada.

No quieren esos escritores pusilánimes, que se tomen en serio los adelantos de la ciencia, y porque con ella se nos combate, siguen el camino fácil,

comodísimo, pero irracional, de negarlo todo, de condenar toda la ciencia, olvidándose, mejor dicho, sin comprender que no es la ciencia, sinó sus aplicaciones infundadas lo que nos hace la guerra.

Antes, como queda dicho, las ciencias nuevas, según se van perfeccionando, van entonando un himno á la verdad, demostrándola con nuevos argumentos. Se dice que admitiendo los adelantos de la ciencia, ó mejor, de los sabios anticatólicos, hacemos concesiones temerarias que llevan consigo ciertos compromisos. (1) ¡Mejor será encastillarnos en nuestras ideas, que no son las definidas por la Iglesia, y

(1) «¿Sería preciso también, porque las armas de tiro rápido han sido introducidas por el extranjero, que nos atuviéramos en Francia al antiguo fusil de chispa y á la carga en doce tiempos, á fin de no parecer que se hacen *concesiones* al enemigo?« (J. d' Estienne. Cit. por el P. Arintero. *Op. cit.* pág. 30). «En las guerras intelectuales como en las materiales, la estrategia debe cambiar con el cambio de las armas.»—Cardenal González.—*Op. cit. XXX.*

repetir la suerte de los teólogos que condenaron á Galileo! A todo más, lo conveniente sería adelantarnos nosotros, dedicarnos á esos estudios con el ahinco con que á ellos se dedican nuestros enemigos y descubrir nosotros lo que ellos descubren en las ciencias naturales, en las sociales y en las históricas. Lo demás es cubrir el vergonzoso amor á la inacción con el manto hipócrita del celo por conservar intacto el depósito de la fe. No se hable, pues, de compromisos adquiridos, de lamentables concesiones, frases inspiradas por un temor ridículo, y parece que por la poca confianza en la verdad que se defiende. Donde quiera que hallemos una verdad demostrada, recibámosla con júbilo y sigamos el sabio consejo del autor de la *Imitación de Cristo:* (1) «no te fijes en quien te habla, sinó en las cosas que te dice.» Si éstas son la verdad, ¡bienvenidas sean, dígalas quien las diga!

(1) Lib. I, cap. V, n. I.

III

Al acudir á la ciencia en busca de teorías demostradas, de adelantos verdaderos, la apología «no ha de proceder (1) con estrechez de criterio, sinó con la santa libertad que nos concede la Iglesia, sin temer las novedades legítimas por odio á las peligrosas, y sin aferrarse jamás á opiniones,» en otro tiempo muy aceptables; pero que hoy no pueden ser defendidas, precisamente porque no forman parte de nuestro credo. No está dicho todo, no ya en las ciencias naturales, pero ni en Historia, ni aun en la Filosofía, sobre todo en la Psicología; y si hasta en los dogmas, como enseña Santo Tomás, (2)

(1) P. Arintero.—*Op. cit.* p. 36.

(2) No en cuanto que un dogma sustituya á otro, que esto no es progreso, sinó en cuanto que la doctrina católica se va desenvolviendo *in suo duntaxat genere, in eodem scilicet dogmate, eodem sensu eademque sententia*, como dice el Concilio Vaticano al final de la constitución *De fide et ratione*, citando á Vicente de Lerins (*Common. n. 28*—en otras ediciones 23).—Sobre este punto interesantísimo

hay cierta *evolución*, cierto *progreso*, ¿no hemos de conceder esa cualidad á

---

pueden consultarse entre otros muchos (la cuestión está hoy á la orden del día) los trabajos siguientes: *Vie du dogme catholique* (conferencias dadas en el Instituto Católico de París) del P. Barre, la tantas veces citada obra de Fonsegrive, p. 403, el precioso libro de Mr. Isoard, Obispo de Annecy: *¡Si vous connaissiez le don de Dieu!* p. 63, y los artículos de los Padres Bainvel y Grandmaison en la revista *Etudes* de 5 y 20 de Enero de 1897 y 5 de Agosto de 1898.

Por lo que toca á Santo Tomás, pregunta el gran Doctor (2.a 2.æ q. I. a. VII:) *Utrum articuli fidei secundum successionem temporum creverint*, y después de citar las palabras de San Gregorio: *Secundum incrementa temporum crevit scientia sanctorum Patrum*, continúa: *Ita se habent in doctrina fidei articuli fidei, sicut principia per se nota in doctrina quæ per rationem naturalem habetur... Sic ergo dicendum est quod quantum ad substantiam... non est factum eorum augmentum per temporum successionem, quia quæcumque posteriores crediderunt, continebantur in fide præcedentium Patrum, licet implicite. Sed quantum ad explicationem crevit numerus articulorum...* He creído conveniente esta larga nota por tratarse de una cuestión de actualidad. Por lo demás, la cosa es clarísima: todo dogma tiene su historia, sin que por ello se le pueda señalar ninguna variante.

las ciencias humanas que tan lentamente se van formando? «Una de las primeras condiciones de éxito—dice Duilhé (1)— en esta lucha formidable con el error contemporáneo, con la negación total, es dejar al apologista la libertad de sus movimientos. Su tarea es bastante difícil, bastante ardua para que se obstruya su camino, se dificulten sus operaciones y se recarguen sus espaldas con opiniones de escuela, doctrinas particulares é interpretaciones más ó menos respetables, pero libres en Teología, en Filosofía y en exégesis. Los Padres y Doctores de la Iglesia, en todo lo que no era de la esencia misma de la fe, profesaron opiniones distintas, abriendo caminos nuevos, apropiándose toda luz sagrada ó profana y preparando así el gran edificio teológico. Lo mismo sucedió en

(1) *Apologie scientifique*, p. 91. Y después cita estas palabras de Santo Tomás: *Alios ita lego ut quantalibet sanctitate doctrinaque præpolleant, non ideo verum puto quod ipsi ita senserunt vel scripserunt* (I. q. I. a. 8. ad 2.m.)

las fecundas épocas de la edad media. ¿Cómo se hubiera podido sin esto, organizar, sistematizar la doctrina y componer una Suma Teológica? Para semejante obra preciso es desplegar libremente las alas...

«El que ha recibido la hermosa y fecunda misión de defender la fe conmovida en sus cimientos, de iluminar las conciencias profundamente turbadas en sus creencias queridas, preciso es que pueda marchar sin temor hasta el fin. Fijos los ojos en sus modelos de los grandes siglos cristianos, atento siempre á las menores señales de la Iglesia y de la Santa Sede, no debe preocuparse por las admiraciones de la rutina y las susceptibilidades doctrinales, respetables sin duda, pero en las cuales la costumbre desempeña un gran papel y la ortodoxia no figura para nada.»

Y no se crea que esta amplitud de criterio, por la que aboga Duilhé en tan brillante página, sea cosa nueva en la historia de la apología: muy lejos

de eso. Como él mismo indica, ya fuera proclamada y practicada por los maestros de los grandes siglos cristianos, y repetidas veces la hallamos defendida por esas lumbreras de la Iglesia que se llaman San Agustín y Santo Tomás. El gran Doctor de la Gracia increpa duramente á los que se empeñan en defender con criterio cerrado lo que ellos creen sentencia del Espíritu Santo, cuando en realidad no pasa de ser sentencia de quien la defiende. (1) Por eso el ilustre Obispo de Hipona al aconsejarnos que «procuremos demostrar que no se opone á nuestros sagrados libros nada de todo aquello que los sabios de este mundo hayan podido con documentos veraces demostrar acerca de la naturaleza de las cosas,» añade estas palabras: (2) «y no nos dejemos llevar de la locuacidad de una falsa filosofía, ni nos asustemos

(1) Cit. por León XIII.—Encíclica *Providentissimus*.—Vid. *De Genesi ad litteram*.-Lib. I, cap. XVIII.
(2) *Loc. cit.* cap. XIX.

con la superstición de una religión no menos falsa,» y dice además que proceda el apologista con paso firme, «no rechazando nada audazmente y no afirmando nada con temeridad.» (1) Y el Angel de las escuelas dice: (2) «Mucho perjudica afirmar ó negar, como perteneciente á la doctrina revelada, cosas que á ella no pertenecen. Tratándose de cosas, aunque defendidas comunmente por los filósofos, pero que no repugnan á la fe, *me parece más seguro no afirmarlas ni rechazarlas de plano, para no dar ocasión de reirse de la doctrina católica á los sabios de este mundo.*» Y en otro lugar (3) dejó establecido este principio que todo apo-

(1) *Op. cit.* libro VIII, cap. I.—Pueden verse todas estas citas, bastante más completas, en la mencionada *Introducción general* del P. Arintero.

(2) *Op. IX.* Vid. toda la introducción.

(3) *In II Sent. dist. XII*, q. I, a. 2. ad 7.m Y en su incomparable *Summa Theologica* (I p. q. 68 a 1) dice: *Autoritati Scripturæ in nullo*

logista debe tener siempre presente: «Como la Sagrada Escritura se puede exponer de diversos modos, nadie se adhiera con tanta tenacidad á una exposición determinada, que si ciertamente resulta ser falsa, siga, sin embargo, teniéndola por cierta; no sea que así se exponga la Escritura á la irrisión de los infieles y se les corte el camino para llegar á creer.» ¡Ah, cuántas veces vemos á nuestros enemigos reirse de lo que ellos creen afirmaciones de la Biblia ó enseñanzas de la Iglesia, cuando en realidad no pasan de ser opiniones descabelladas de apologistas trasnochados! Cuando se discute con

---

derogatur dum diversimode exponitur, salva tamen fide: quia majori veritate eam Spiritus Sanctus fecundarit, quam aliquis homo adjuvenire possit. Dígase algo parecido de ciertos documentos pontificios que se tienen contínuamente en los labios. ¿Es posible, por ejemplo, que el *Syllabus* no admita más interpretación que la que dan ciertos apologistas? ¿Por qué razón se ha de interpretar ese documento en contra de las enseñanzas del Papa y no se aprovechan éstas para interpretarle como se debe?

los enemigos del Catolicismo ¡cuán á menudo es preciso decirles que, nuevos Quijotes, están luchando contra molinos de viento; que combaten opiniones de católicos más ó menos respetables, pero no el credo de la Iglesia! Y todo porque nuestros apologistas, lejos de imitar la apologética tradicional, acuden á la lucha llenos de preocupaciones, de prejuicios, defendiendo un catolicismo que no es tal sinó para los que ven dogmas allí donde no hay más que opiniones y ponen en boca de la Iglesia doctrinas que la Iglesia jamás ha defendido!—Ni se diga que este criterio, bueno en otros tiempos, no es hoy tan conveniente, pues dados los estudios del día, hoy se necesita más que nunca, y así lo reconoce en diversos lugares el por tantas razones glorioso Pontífice reinante. (1)

En efecto: estudiando la historia del

(1) Véase principalmente la citada Encíclica *Providentissimus*; y respecto á ciertas cuestiones, á las cuestiones sociales y políticas, en las que está muy en boga un criterio

movimiento científico en estos últimos tiempos, notamos un cambio brusco que la apología debe tener muy en cuenta para no verse arrastrada por la fuerza del torrente y poder aprovecharse, cuando convenga, de su gran fuerza motriz.

En los siglos anteriores, el entendimiento humano lanzóse como el águila por las regiones de la inmensidad y colocó las ciencias especulativas á la altura soberana de las Sumas; pero las ciencias naturales, sociales é históricas andaban muy lejos de seguir

---

cerrado, ó mejor, una gran falta de criterio, véanse las Encíclicas *Libertas*, *Rerum novarum*, *Inmortale Dei*, *Quanta cura*, *Diuturnum illud*, etcétera, etc. León XIII aparecerá en estos grandes documentos, todo lo liberal (?) que se quiera; pero es el Papa que habla á su Iglesia y usa un lenguaje igual al de sus *intransigentes* Predecesores... aunque se insinúe lo contrario por los que desconocen en absoluto lo que dicen unos y otros, ó tienen de ello noticia por lo que diga su periódico— ¡Órgano autorizadísimo para conocer las enseñanzas del Papa y no dejarse llevar de como las interpretan los Obispos!

á sus hermanas en tan rápido vuelo. Acaso no se pueda plantear ninguna cuestión teológica que no haya sido resuelta, más ó menos directamente, por los Padres de la Iglesia; ni tal vez se pueda agitar ningún problema propiamente filosófico sobre el cual no derramen luz vivísima el Doctor de Aquino y sus gloriosos compañeros de la Escolástica. Pero no podemos decir otro tanto, ni mucho menos, de las otras ciencias que son de ayer. Descuídanse hoy, por lo contrario, de una manera increíble, los estudios especulativos, mientras las ciencias nuevas, en su veloz carrera que produce vértigo, se han remontado á regiones que no pudieron soñar ni los grandes Doctores escolásticos ni los Padres de la Iglesia.

Unos y otros, cuando de ello tuvieron necesidad, echaron mano de los conocimientos de su época, y sería altamente injusto reprocharles su ignorancia. Muchas de sus afirmaciones sobre el mundo material, sobre hechos

históricos, etc., no pueden hoy en manera alguna defenderse, debido á la luz derramada por los nuevos y dilatados conocimientos. ¡Ay de la apología que confundiendo lo accidental y mudable con lo inmutable y esencial, las teorías de una época con las verdades reveladas, carece de la independencia necesaria para escoger lo verdadero entre lo antiguo y lo moderno! De su intransigencia sacarán argumentos nuestros adversarios para desacreditar las enseñanzas de la Iglesia, ridiculizando teorías de católicos poco prudentes, pero que aquéllos tomarán por dogmas, fiados en la palabra de éstos! «Cuando se presenta á nuestro espíritu, dice el Cardenal González (1), una contradicción, más ó menos aparente entre la ciencia y la Biblia, podemos y debemos estar seguros de que la contradicción desaparecerá con el *progreso simultáneo de la ciencia y de*

(1) *La Biblia y La Ciencia.* — Prólogo, p. XLIV.

la exégesis, según ha sucedido ya en varias materias y cuestiones de esta índole.»

Luego no debemos echar mano de la ciencia únicamente cuando confirma nuestras opiniones, rechazándola ciegamente cuando las contradice, sinó que es preciso tener confianza en la ciencia verdadera y desconfiar algo de nuestras ideas, cuando éstas no son las taxativamente definidas por la Iglesia: debemos atender al progreso simultáneo de nuestras teorías y de las teorías científicas. El Excmo. Sr. Obispo de Oviedo, P. Martínez Vigíl, (1) defiende idéntico criterio, que es el mismo del Concilio Vaticano cuando afirma (2) que esas aparentes contradicciones, fundados en las cuales tantos anatemas lanzamos contra la ciencia moderna,

(1) *La Creación. La Redención y La Iglesia.* Introducción, p. 32 y sigs.—Tomo I., páginas 463-473, etc.

(2) Cap. IV.—*De fide et ratione. 3.—Inanis autem hujus contradictionis species inde potissimum oritur quod* VEL FIDEI DOGMATA AD MEN-

provienen unas veces de que indudablemente son falsos ó están mal interpretados los hechos científicos, ó de que es imperfecta la exégesis del pasaje que aparece contradicho por la ciencia. Luego ésta no siempre yerra cuando nos contradice: lo que hay es que no contradice las verdades reveladas, sinó nuestras opiniones. Tengamos confianza absoluta en aquéllas, pero no demos á éstas más seguridad de la que tienen, no sea que comprometamos con nuestra imprudencia algo que vale mucho más que nuestro criterio intransigente y poco tradicional.

IV

La historia de la apología nos presenta varios ejemplos que ilustran

---

TEM ECLESIÆ INTELLECTA ET EXPOSITA NON FUERINT, *vel opinionum commenta pro rationis effatis habeantur*. Donde, como se ve, para todos hay; para los apologistas que falsean los dogmas y para los sabios que hacen lo mismo con la ciencia.

estas ideas. Fijémonos en el que nos proporciona una cuestión que se ha debatido mucho y que hoy parece haber pasado á la categoría de cosa juzgada: la cuestión de la universalidad del diluvio. Es indudable que según la apología *tradicional*, las aguas cubrieron toda la tierra. Teólogos eminentes, sabios de reconocida ortodoxia lanzaron al mundo la hipótesis de que no toda la tierra fué materialmente cubierta por las aguas del diluvio. La Iglesia, única depositaria de la verdad revelada, no ha condenado tan audaz afirmación, los más brillantes exégetas contemporáneos, monjes, sacerdotes y Obispos la defienden, y tal vez no haya profesor de exégesis que no la exponga á sus alumnos, y quizás como una verdad adquirida. ¿Acaso el ser amante de la apología tradicional lleva consigo la negación *á priori* de esta hipótesis? Revístase el apologista de una santa libertad; niegue en buen hora la restricción del diluvio, si no cree concluyentes los argumentos en

que la ſundan sus partidarios; pero guárdese de ir más allá de donde debe ir, escúdese en las razones que tenga, no en dogmas que no existen. Tenga, si le place, por cierta su opinión, pero no por infalible: haga constar que la ſe permanece intacta, admitida cualquiera de las dos teorías, y de ese modo desarmará á los enemigos de la revelación que se valdrán de los argumentos de los defensores del diluvio parcial para combatir los dogmas de los intransigentes, y como no puede dudarse que esos argumentos (sean ó no decisivos; no se trata de eso ahora) tienen gran fuerza, ya se puede suponer lo que la Iglesia irá ganando con aparecer deſendiendo proposiciones de esa naturaleza. ¡Así se crean los conflictos entre la ſe y la ciencia!

El silencio de la Iglesia y la autoridad de los escritores aludidos obligan al más intransigente á reconocer como *posible*, al menos, la restricción del diluvio: luego no puede ser atacada en nombre de la ſe, pues no es posible lo

que á la fe se opone: luego esa teoría *puede* llegar á ser una nueva verdad que venga á aumentar el caudal heredado. Considérese, en consecuencia, la situación del apologista que proclame la oposición de esa nueva teoría á las verdades reveladas, sencillamente porque se opone á las interpretaciones de los Padres y de los escolásticos que no tuvieron, hablando en general, más ciencia que la de su tiempo, ciencia naturalmente defectuosa! No se precipite, pues, el apologista; no sea que al salir él derrotado, aparezca como derrotada la verdad. Remóntese á la altura de los principios taxativamente definidos y mire con *indiferencia* los trabajos de aquí abajo, que en último término darán por resultado nuevas escalas para llegar al mejor conocimiento de las verdades reveladas.

Esa independencia de criterio, esa serenidad de juicio, ese saber ser inflexible con el error, sin negar sus fueros al entendimiento humano, que

cada día descubre nuevas verdades, da excelentes resultados y desarma admirablemente á nuestros enemigos. Distingamos las opiniones particulares, que pueden ser erróneas, de las doctrinas de la fe que son infalibles. *Neque falsæ philosophiæ loquacitate seducamur, neque falsæ religionis superstitione terreamur.* Procedamos con serenidad, á sangre fría; *nihil audacter reffelendo, nihil temere affirmando*, y tengamos presente el gran principio del Doctor angélico: *In his quæ de necessitate fidei non sunt, licuit Sanctis diversimode opinari sicut et nobis.* (1) De este modo, volviendo al ejemplo del diluvio, los que creen demostrada la restricción, podrán hallar en contra suya opiniones humanas y por tanto discutibles; no verdades dogmáticas, por horror á las cuales caigan en la herejía.

Según la sentencia de San Agustín, citado por León XIII en su admirable Encíclica *Providentissimus* (Encíclica

(1) *In II Sent.* Dist. 2.ª q. 1.ª a. 3.

escrita para sentar las bases de la verdadera apología), es deber del apologista admitir todo cuanto la ciencia nos presente demostrado, debiendo luego evidenciar que en nada se opone al dogma. Al intentarlo hallará muchas veces en la exgéesis tradicional, proposiciones condenadas por la verdadera ciencia: en este caso, déjese de preocupaciones; no vacile en tener esas proposiciones por equivocadas y busque una interpretación más en conformidad con los adelantos para evitar, como dice Santo Tomás, que la revelación se exponga á las burlas de los impíos. Así, el nunca bien ponderado León XIII, en el memorable documento citado, impone, mejor dicho, recuerda al apologista el deber que tiene de interpretar la Sagrada Escritura en harmonía con los adelantos científicos.

Distingamos, pues, entre la interpretación auténtica y la doctrinal: aquélla no puede hallar una verdad contraria; ésta dista mucho de ser in-

falible. Guardando á los Padres el respeto debido, proceda el apologista con prudente independencia; la veneración á que son acreedores no implica la obligación de seguir sus opiniones particulares. No caigamos en la ridiculez de dar lecciones de intransigencia á Santo Tomás de Aquino y á San Agustín.

Aplíquense estas ideas á las demás cuestiones, á las controversias históricas y sobre todo á las político-religiosas y ciego debe de estar quien no vea que muchos de los apologistas de la Iglesia que tenemos por España, andan muy lejos de llenar su misión importantísima... Identifican las enseñanzas católicas con los hechos históricos que leyeron en escritores poco escrupulosos y sobre todo muy aficionados á *cortar por lo sano* para evitarse el trabajo de mayores estudios, y con las doctrinas políticas propaladas por los mismos interesados, y todo el mundo los ve comprometiendo con sus radicalismos el dog-

ma y poniendo en ridículo nuestras creencias (1). Por eso debieran tener muy presentes aquellas palabras del

(1) Aunque solo sea de pasada, bueno será indicar algún ejemplo. En cuanto á las cuestiones históricas, aun hay quien no puede oir que la Inquisición haya cometido algún abuso. Cierto que se ha combatido y se combate ese Tribunal con ánimo de hacer daño á la Iglesia, y cierto también que la Inquisición merece nuestra defensa; pero ¿quiere esto decir que aprobemos y defendamos todos sus hechos, so pena de ir contra la Iglesia? Defender en nombre de ésta cuanto hizo la Inquisición, es defender lo que no tiene defensa, lo que los mismos Papas condenaron: es hacer á la Iglesia solidaria de cosas que reprueba. El criterio histórico de ciertos apologistas es verdaderamente edificante.

Y en cuanto á las cuestiones políticas y sociales.... Fijémonos en un *hecho* que abarca los dos campos. ¿Cuántas excomuniones no se han lanzado contra la democracia? Sus enemigos católicos se pasan la vida combatiéndola por estar condenada por la Iglesia y separando de ésta á cuantos por la democracia sienten simpatías. ¿Qué se ha conseguido con eso? Hacer que veamos liberales hasta en la sopa, y que la Iglesia aparezca condenando una sociedad donde todas las fuerzas sociales, políticas, jurídicas y económicas, cooperen proporcionalmente al bien común para

P. Brucker: (1) «Los apologistas deben temer más que nada el *comprometer* la autoridad de los Libros santos *(y dígase lo mismo de las enseñanzas de la Iglesia)* atribuyéndoles aserciones cuya falsedad puede llegar á ser demostrada por la ciencia. Donde quiera que el sentido del texto bíblico *(ó de la doctrina de la Iglesia)* no sea *evidente*, es preciso seguir el sabio consejo de San Agustín y de Santo Tomás, de no adherirse á una interpretación particular, de tal suerte que no se deje reconocer la posibilidad de otra interpretación distinta.»

Y si esto es así, si estamos en el deber de no convertir en dogmas nues-

---

llegar, en último resultado, al predominio de las clases inferiores,» que eso es la democracia, según Tonolio, profesor de la Universidad de Pisa y sociólogo eminente. *(Cit.* por Mr. Fuzet, Arzobispo de Rouen. *Revue du Clergé.*—Tomo XXI, p. 196.)—Cambátase, en buen hora, la democracia, pero no se eche para ello mano de la Iglesia que la aprueba por boca de sus Papas, desde Pío VI á León XIII.

(1) *Cit.* por el P. Arintero.—*Op. cit.*, p. 60.

tras opiniones ó creencias particulares, si debemos reconocer la *posibilidad* de que sean ciertas las contrarias, si la Iglesia calla, aun cuando aquéllas tengan por fundamento la creencia de los siglos, ¿qué diremos del atrevimiento de los que quieren pasar por apologistas católicos, por los únicos dignos de ese nombre, defendiendo con tenacidad increible ideas *nuevas* (aunque ellos las crean muy tradicionales) no ya contra la opinión de los hombres, sinó contra la expresa voluntad del Papa que las condena, ó que al menos aprueba las contrarias y las recomienda?

Se dirá seguramente ¿pero á donde vamos á parar con tan abierto criterio?

«A las almas medrosas y timoratas —dice J. d' Estienne (1)—que preguntan con un asombro no disimulado *¿á dónde se nos conduce con estas novedades?* respondemos confiadamente

(1) *Ibid*, p. 18.

con el presbítero Motais: ¿A dónde se os conduce? A donde os ha conducido la Iglesia con sus novedades teológicas. El edificio del dogma católico no se ha levantado en un día: lo han construído la discusión y el tiempo. Ayer, anteayer, aun se colocaban en él nuevas piedras...» Y á parecida pregunta responde el Cardenal González: (1) «Con semejantes audacias exegéticas... vamos á parar á una exégesis idéntica á la de los antiguos Padres y Doctores de la Iglesia, en cuanto á su fondo, en cuanto á los principios, máximas y procedimientos esenciales, pero diferente en sus aplicaciones; á una exégesis más amplia y de horizontes más vastos que la de los antiguos, en relación con los datos y elementos nuevos de indagación suministrados por las ciencias.»

Finalmente, el Excmo. Sr. Obispo de Oviedo (2) escribe: «No despreciemos las ciencias naturales (y lo que el

(1) *Loc. cit.*
(2) *Loc. cit.*, p. 463.

P. Martínez Vigíl dice de éstas y de la exégesis bíblica, dígase de la Crítica histórica, de la Psicología experimental, de las ciencias sociales y políticas, respecto á *nuestra* interpretación de las enseñanzas de la Iglesia), no desconfiemos de sus conquistas. Repetidas veces han dado testimonio de la verdad de los Libros inspirados: en algunos casos *han modificado* la exégesis antigua aportando demostraciones ni previstas ni sospechadas, no ya en los primeros siglos del Cristianismo, pero ni aun en el siglo último, y todos hemos recibido alborozados, esas proyecciones de la verdad natural sobre los arcanos de la verdad divina. (1)»

En resumen: el apologista de la Religión católica debe acudir á las ciencias nuevas, sean éstas las que fuesen, en busca de datos para aclarar y fundamentar sus ideas católicas, no con ánimo de rechazar todo lo que

(1) Véase más adelante: *Los naturalistas católicos*.

con sus opiniones no esté conforme y esto aun cuando los nuevos datos vengan precisamente de nuestros enemigos. Mejor sería, ciertamente, que fueran aportados por los católicos, pero ya que no es así, que no se diga que no sólo no alumbra nuestra ciencia, sinó que huímos de la luz. Como quiera que sea, téngase presente que *fas est et ab hoste doceri.*

V

No basta, sin embargo, que el apologista se lance al combate pertrechado con las condiciones apuntadas, si no reune otras no menos esenciales, sin una sumisión incondicional á las decisiones de la Autoridad, cuyas enseñanzas intenta defender, sin un arraigado amor al estudio, y sin una caridad de apóstol. Nuestra inteligencia limitadísima, rodeada de tinieblas, tentada por el error, necesita todo eso para no claudicar y hacer traición á una misión casi divina.

Empezando por lo primero, por la sumisión *á la Autoridad, cuyas enseñanzas intenta defender*, esta condición parece á primera vista ridícula y sin objeto, y, sin embargo, no es así: no hace mucho tiempo que cierto *apologista* español trataba de traidores á los Obispos reunidos en Burgos (á los cuales se adhirieron todos los de España), porque no pedían ¡la implantación inmediata de la unidad católica en nuestra patria! Otro ponía de fatalista, de errónea y de otras cosas por el estilo, una afirmación de León XIII que hizo suya un gran Prelado español.

Hechos de esta naturaleza se pudieran citar á millares desgraciadamente. Son muchos los que se forman un catolicismo para su uso particular y lo defienden heróicamente, no ya contra los enemigos de la Iglesia, sinó contra los legítimos representantes de Cristo. No se ha pensado lo bastante sobre estos verdaderos *fenómenos*. Para los que miran estas cosas *de la parte de*

afuera, desde el verdadero punto de vista de un católico que pone sobre su cabeza las enseñanzas de la Iglesia (de hecho, no de palabra), lo que está pasando en España es un absurdo inconcebible. ¡Desobedecer, ridiculizar, combatir las predicaciones de los Papas y de los Obispos, y esto para defender la Iglesia, es una hipocresía que tiene ejemplos, pero que no tiene nombre! Hablemos claro, porque de lo contrario no habrá quien quiera entendernos. El liberalismo es pecado, es una gran herejía, es el racionalismo de la política: estamos conformes. Todo católico, y mucho más el que se halle revestido del honroso título de apologista de la Religión, debe declarar guerra sin cuartel á ese gran error de nuestro siglo... y de los siglos precedentes: también es cierto. Ni lo es menos que merecen bien de la Iglesia cuantos de algún modo consagran sus fuerzas á implantar un régimen católico allí donde impera un régimen liberal.

Todas éstas son verdades que nadie puede negar, evidentes, clarísimas. Pero ¿en qué consiste ese liberalismo vitando? ¿Dónde está? ¿De qué modo debe ser combatido? ¿Qué plan debe seguir el apologista para combatir esa herejía?—¿Quién puede contestar á estas preguntas, si no son los Pastores de esa Iglesia contra la cual lucha el liberalismo? ¿Qué diremos del apologista que las contesta por sí y ante sí, no sólo prescindiendo de las enseñanzas de esos Pastores, sinó en contra de ellas, á pesar de ser tan terminantes? El liberalismo es algo más que un error político, es un error religioso: ¿cuándo vieron los apologistas aludidos que en esa apologética tradicional que tanto admiran, acaso sin haberla estudiado lo bastante, se hayan combatido las herejías contradiciendo las direcciones papales? ¿Esto no tiene gran semejanza con la conducta infame de los judíos que llamaban Rey á Cristo y al mismo tiempo le daban bofetadas? El Catolicismo no es lo que

nosotros queremos que sea, sinó lo que enseña el Papa: las herejías no están donde á nosotros nos conviene que estén, sinó allí, *únicamente allí*, donde el Papa las señala y únicamente *del modo* por el Papa señaladas. Los soldados que en el fragor del combate ocupan la vanguardia no pueden sujetarse á la disciplina tan fácilmente como los que aun no entraron á combatir: nada de extraño tiene que ciertos apologistas, cegados por la lucha desigual en que batallan, hayan ido más allá de donde debieran, hayan aventurado proposiciones demasiado radicales y confundido lo absoluto con lo relativo, el dogma con los medios de defenderlo, opiniones humanas, aunque comunmente admitidas, pero reformables, falibles por consiguiente, con las verdades de la fe, que no pueden fallar.

Esto es muy natural, pues la pasión nos ciega fácilmente cuando no impera en nosotros la serenidad que falta en los momentos de lucha: lo extraño,

lo inconcebible, lo absurdo está en que esos apologistas den más fuerza á las opiniones formadas en esos momentos, que á las enseñanzas de la Iglesia que les llama al orden. Si deben estar dispuestos, como queda dicho, á reformar sus apreciaciones cuando la ciencia humana les demuestra que van por distinto camino, ¿no deben hacerlo con mucha más razón cuando quien les manifiesta su error es la misma Iglesia, por cuyo triunfo combaten?

¡Que es muy duro confesar sus yerros; que se necesita mucho heroísmo, abnegación muy grande para desechar ideas que son la vida del alma! Concedido; (1) pero ¿de qué se trata? ¿de defender *nuestras* doctrinas ó de defen-

(1) Aunque sobre si tan cacareados sacrificios son reales ó fantaseados por un amor propio no muy evangélico, hay mucho que hablar. A las levantadas ideas expuestas por el Sr. Lectoral de Valladolid en Burgos (véase más adelante: *El Congreso Católico*), contestó un jóven que, según el dicho vulgar, debía ser abogado, á juzgar por lo mucho que hablaba, con unas cuantas tonterias por este es-

der las doctrinas de la Iglesia? ¿de valernos de la Iglesia (contra su voluntad terminante) para vencer nosotros ó de poner todo nuestro ser, con todas sus energías, á la defensa de la Iglesia y de *sus* enseñanzas? Piénsese detenidamente en esto, haciendo abstracción de ideas preconcebidas, de preocupaciones sin fundamento, y se verá claro cómo no es inútil ni ridícula la condición apuntada de que el apologista católico debe empezar por someterse incondicionalmente á la Autoridad cuyas doctrinas intenta defender. Si así se hubiera hecho hasta ahora, otra

---

tilo: «yo no he cambiado, señores; yo soy el mismo de ayer, de anteayer, de siempre; yo no transijo con el liberalismo; yo antes daré mi sangre...» «Yo soy un vanidoso, lleno de soberbia,» debió haber añadido el tal jóven. El cual fué aplaudido, demostrando algunos congresistas que tenían más confianza en la *intransigencia* de éste que en la ortodoxia del Sr. Cuesta... Muy prostituída está la palabra «libertad,» pero no digamos nada de las palabras «sacrificio,» «abnegación,» «intransigencia...»

sería la suerte del Catolicismo en nuestra España!

En cuanto á la necesidad de un estudio tenaz, no interrumpido, general y hecho con acierto, bien claramente se deduce de lo dicho anteriormente. Para exponer nuestros dogmas y defenderlos de los ataques que se les dirige en nombre de la ciencia, se necesitan dos cosas: un conocimiento exacto, preciso, profundo, de los dogmas y un conocimiento no menos completo de las ciencias. (1) Es un error el creer que sabiendo el Catecismo estamos ya en disposición de defender nuestras doctrinas. Si aun los sacerdotes, después de tantos años de estudio pasados en el Seminario, salen de esos centros de enseñanza obligados á no dejar sus libros de la mano para completar dichos estudios y digerir y asimilar y comprender mejor

---

(1) *Vid.* P. Martínez Vigil, *op. cit.* p. 32 y sg. P. Fontaine: *La Chaise*, etc. Duilhé: *Apologie scientifique.*—Isoard: *Si vous...* etc.

lo allí aprendido ¿qué no pasará á los apologistas legos que ni siquiera saben latín, que no han estudiado el dogma, pero acerca del cual discurren como si fuera invención suya cuanto nos enseña la Iglesia? Pues les pasa lo que todo el mundo sabe: confunden dogmas con opiniones, verdades de fe con pasiones de escuela y acaso con la mejor intención, llevados de su ignorancia, comprometen la seriedad de nuestro credo. El poder viene de Dios, es indudable: pero ¿cuál es la doctrina de la Iglesia respecto á la explicación de esa verdad? ¿Qué incluye esa proposición de San Pablo? Se ignora, y luego, fundándose en ella, se combaten como solemnes herejías, afirmaciones que nada tienen de heterodoxas. ¿Quién pierde con ello? La Iglesia que aparece patrocinando doctrinas imposibles. Y la causa está en la ignorancia del apologista que se mete á defender lo que no ha estudiado. Las verdades católicas, los dogmas de nuestra Teología suponen en quien quiera

conocerlos, comprender su alcance, estudios prolongados y serios.

¿Y qué diremos de las ciencias? Es necesario conocerlas para aclarar con sus datos nuestras doctrinas, para harmonizar con éstas sus adelantos; para ello necesita el apologista estudiar mucho, si no quiere que le apliquen palabras semejantes á las de Schopenhauer respecto á los llamados sabios: «Es necesario—dice el filósofo alemán (1) —que los caballeros de la retorta se convenzan de una cosa, y es que si la Química por sí sola puede hacer un boticario, no basta para hacer un filósofo. Y es igualmente necesario hacer comprender á ciertos naturalistas afines, que se puede ser zoólogo consumado, tener exacto conocimiento de las sesenta especies de monos, y, sin embargo, si no se ha aprendido otra cosa, no ser más que un ignorante y un hombre vulgar, cosa que acontece con mucha frecuencia hoy día. Se ve

(1) *Cit.* por el P. Aristero. *Op. cit.* p. 54.

á muchos que pretenden pasar por lumbreras del mundo, que han estudiado y saben Química, Física, Mineralogía, Zoología, Fisiología, pero nada más: comparan con estas ciencias lo único que saben fuera de ellas, es decir, lo que les queda de las lecciones del Catecismo que aprendieron en su juventud, y si hallan algún desacuerdo, se ponen á mofarse de la Religión y se convierten en insulsos y vulgares materialistas.»

En efecto: á un hombre que sabe mucha Teología, mucho Derecho canónico, etc., pero que no pasa de ahí, le sucede lo que á los caballeros de la retorta de que nos hablaba Schopenhauer: al comparar sus conocimientos religiosos con lo poco que de las ciencias profanas conoce, halla fácilmente desacuerdos que él atribuye á la ciencia cuando proceden de su ignorancia, y se convierte en vulgar anatematizador de todo progreso científico, haciendo ver á los de afuera que, en efecto, la ciencia y la fé están en opo-

sición. Además si desconoce los adelantos de aquélla, ¿cómo se puede arreglar para harmonizarla con la fé, para esclarecer con ella nuestros dogmas, si en ella sólo descubre horizontes ilimitados de tinieblas? «La apología de nuestra fé—dice el Excelentísimo P. Martínez Vigíl (1)—no puede contentarse con las armas antiguas, propias para otro género de combates... Hay que apoderarse de los descubrimientos... y distinguiendo sagazmente en ese cúmulo de hechos, de noticias, de descubrimientos y de leyes, lo hipotético de lo científico, y lo fantástico de lo racional, purificar la ciencia y señalar sus límites para que resulte, cual no puede menos de suceder, la harmonía y la conciliación de la verdad científicamente adquirida con las verdades que nos revela la fe cristiana...»

Y todo esto ¿puede hacerlo quien no dedique largas vigilias á estudiar

(1) *Op.cit.* p.31-32.

esa urdimbre fabulosa, mezcla de verdades y errores, de realidad y de ſantasía, que se llama ciencia moderna? Hoy se habla (se habló más aún) de la evolución...¿en qué consiste esa teoría? ¿A qué cosas se extiende? Si no puede haber error que no tenga algo de verdad, ¿hasta dónde llega la que sirve de sostén á esa teoría? ¿Cuándo y contra qué dogmas choca? Mientras no se sepa contestar á estas preguntas con toda precisión, tan mal discurre quien en nombre de la evolución combate nuestras doctrinas, como quien en nombre de éstas anatematiza la evolución. Todo esto será muy cómodo, de ſácil ejecución, pero es irracional y de consecuencias á veces dignas de ser lloradas con lágrimas del alma. Por eso el apologista debe estudiar mucho los dogmas y las ciencias y no dar un paso sin conocer con claridad lo que en unos y otras se dice ó aparece terminante.

Cierto que, según esto, la vida del apologista católico tiene poco de agra-

dable, está llena de trabajos, no halla descanso apenas, pero la causa de la Religión le exige todo eso; no debe desanimarse, que luchando así el triunfo es suyo, y ¿quién mira á los sinsabores del combate ante el honor de tal victoria?

En fin, el apologista católico debe obrar movido por la caridad, no por pasiones indignas de un cristiano, sobre todo si está investido de tan honroso sacerdocio. El objeto del apologista no debe ser demostrar que él está en lo cierto, que no se deja llevar de coloridos brillantes, que tiene la cabeza muy segura, que sus adversarios son unos cualquier cosa, que no saben lo que es ciencia, ni que es Religión, ni donde tienen la mano derecha, nó; tiene un objeto más noble, un fin más levantado: hacer simpática la Religión, atraer almas descarriadas, hacerles fácil el camino de la Iglesia. Nuestros enemigos son hombres como nosotros; tienen un alma que vale más que todo el mundo, su vuelta

al redil es un hecho que llena de regocijo los cielos y la tierra: ese debe ser el objetivo único de sus aspiraciones. No vaya tras de la gloria; resérvela para Dios y conténtese por el momento con los sinsabores del combate, que ya llegará la hora de recibir el premio debido á sus trabajos. ¡Cuántas apologías pudieran citarse que no están inspiradas en el espíritu de caridad, que repelen en vez de atraer, que hacen más dificil el camino que conduce á la Iglesia, en lugar de hacerle más suave y llevadero!

Y esta elevación de miras ha de reflejarse con toda claridad en el lenguaje que debe tratar el error con la dureza que exige la justicia, pero sin dirigirse por regla general á la persona del que lo patrocina: que debe ser serio como lo exige la dignidad de las materias altísimas sobre que versa; que debe ser literario, pulido, sencillo y elegante en cuanto la materia lo permita.

Santo Tomás de Aquino es en

esto como en tódo, el maestro incomparable de los apologistas católicos.

Basta asomarse al campo donde se libran las grandes batallas de la inteligencia, para notar entre los combatientes una confusión anárquica procedente del poco sereno lenguaje, de la falta de caridad entre los que luchan. Cierto: todos conocemos los famosos equívocos de San Jerónimo, pero ni ese es el criterio que comunmente han seguido los Padres, antes bien es una excepción muy explicable en el austero solitario de Belén, ni ese es el camino más expedito para atraer á los descarriados.

León XIII, en sus profundas y sapientísimas Encíclicas sobre la unión de las sectas disidentes con la Iglesia, trata á los cismáticos orientales y á los anglicanos, con bastante más caridad que ciertos apologistas á *sus adversarios*, que tal vez sean más católicos que ellos.

Combátase el error con denuedo, pero no hagamos antipática la verdad

vistiéndola con un ropaje inconveniente, cerrando sus puertas á los que viven fuera de ella. Esto no quiere decir que la apología se fije siempre solo en las ideas, sin que convenga alguna vez tener presente la persona que las defiende. Pero aquí entra por mucho la prudencia del apologista que debe atender, no á satisfacer vanidades pueriles ensañándose en el vencido, sinó á ver de atraerle por medio de la persuasión. Tampoco conviene, por regla general, echar mano del ridículo para combatir ideas exóticas y extrañas. No pocas veces la sátira es de gran efecto, sobre todo en la que pudiéramos llamar apología popular, y en España tenemos un ejemplar notabilísimo en los escritos admirables del Sr. Mateos Gago; pero en la apología propiamente científica, allí donde se libran las grandes batallas entre la verdad y el error, un estilo sereno y respetuoso cuadra mejor que un lenguaje ligero y mordaz.

Condénense sus impías intenciones,

demuéstrese la inconsistencia de sus ataques, pero hágase justicia á las vigilias, á los trabajos colosales de nuestros adversarios; vigilias y trabajos que en más de una ocasión nos proporcionan armas bien templadas para la defensa del dogma. Se cree muchas veces que es peor dar importancia al enemigo; que basta despreciar sus falaces argumentos. Este es un doble error. Por mucho que nosotros los despreciemos, nuestros enemigos tienen entre el vulgo, siempre ignorante, una importancia que no depende de nuestro estudiado desdén; y en cuanto á la inconsistencia de sus sofismas, dice muy oportunamente la *Revista Católica* de Lovaina: (1) «Se cree generalmente entre los católicos optimistas, que la necedad y la futilidad de las objeciones las hacen inofensivas y que no hay motivo para preocuparse cuando son de esa naturaleza. Esta es una idea tan falsa como funes-

(1) *Cit.* por el P. Arintero, p. 16.

ta: las más ineptas son con frecuencia las más peligrosas.»

Fuerza es dar fin á estos ligeros apuntes. La materia es tan fecunda, que no sería difícil escribir un libro de no pequeñas dimensiones, exponiéndola más en detalle, pero quien esto escribe no se siente, por ahora, con fuerzas para ello. Acaso este trabajito tenga una continuación que, aunque pobremente escrita, no será tal vez completamente inútil. (1) ¡Quiera Dios

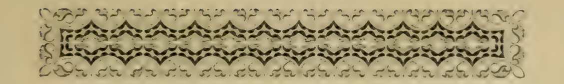
(1) ¿Cuál es la forma que debe adoptar la apología contemporánea? ¿Cómo debe exponer las enseñanzas de la Iglesia? ¿Cómo debe combatir á sus enemigos en los diversos campamentos en que se hallan atrincherados, las ciencias naturales, la Crítica histórica, la Filosofía positivista, la Política y la Sociología? Mis propósitos, al dar comienzo á este sencillo ensayo de vulgarización, como hoy se dice, llegaban hasta dar respuesta también á estas preguntas, pero no me es posible continuar por ahora, por no retardar indefinidamente la publicación de este librito. Procuraré, sin embargo, completar en cuanto me sea posible, este pequeño trabajo, exponiendo, según mis fuerzas me lo permitan, las *condiciones particulares de la apología*. Por

que plumas mejor templadas se adelanten y hagan inútil por completo un estudio que por la impericia del autor habría de ser necesariamente defectuoso!

Enero de 1900.

---

ahora básteme recomendar las obras tantas veces citadas del Excmo. P. Martínez Vigíl, del P. Fontaine, de M. Duilhé du Saint Projet de Fonsegrive, etc.



III

EL ANÓNIMO

Quejábase poco hace el crítico de *La España Moderna*, de los inconvenientes que al progreso de la prensa en España reporta el uso general de no firmar los artículos, y creo que le sobra razón al Sr. Baquero para sus lamentaciones. Aducía este señor, como ejemplo de lo que puede dar de sí la costumbre de firmar los artículos, el grado de esplendor á que llegó la prensa francesa gracias á esa medida tomada por el Gobierno con ánimo de sujetar la excesiva libertad

de aquélla. Y en verdad que si esa costumbre se introdujera en España se ganaría no poco: no se leerían cosas tan inconvenientes, ni el público se dejaría llevar sin protesta de lo que dicen los periódicos.

Si no recuerdo mal, era de Zola una conferencia que leí hace años y en la que se hacían grandes elogios del anónimo, porque de ese modo publicados los trabajos periodísticos, tienen mayor autoridad. Aquéllo no lo dice, ó al menos no parece que lo dice Juan ni Pedro, sinó tal periódico y esto atribuye á tales escritos toda la autoridad de lo misterioso. No es un hombre quien habla, es un periódico, y el vulgo halla aquí motivos de mayor respeto, más grande impulso á creer á piés juntos lo que está leyendo.

Esto es una verdad, pero ¿es una ventaja ó es un inconveniente? Si se tratara de dar autoridad á los periódicos, es indudable que esto sería una ventaja; pero precisamente la autoridad que éstos han llegado á tener es

un inconveniente para el público que, por regla general, no ve más que por al agujero de su periódico; y es claro que no todos defienden la verdad, ya que ésta es una y las opiniones de los periódicos muy opuestas, según el partido á que pertenezcan. De consiguiente, todo lo que tienda á disminuir la autoridad de los periódicos, cuando dogmatizan, traería la gran ventaja de *permitir* al lector discurrir algo más por cuenta propia y mataría en parte esa sumisión ciega á lo que se lee sin preguntar por los motivos de credibilidad. (1)

¿Cómo se puede conseguir esto?

---

(1) Todo cuanto se diga ponderando el hecho (inconcebible, absurdo sin duda, pero hecho al fin que no puede ser negado) á que se hace referencia en esas líneas, es poco y no refleja la realidad completa. No soy de los que creen que los periódicos son una calamidad por donde quiera que se les mire: creo con el Excmo. Sr. Obispo de Oviedo (en su preciosa Pastoral sobre *El Escándalo* que pueden ser una cosa buena. Los Papas por su parte, Pío IX y León XIII, por ejemplo, ponderan grandemente la necesidad de sos-

Yo creo que desterrando del periódico el anónimo, lo cual sería tambien de gran utilidad para el progreso del periódico mismo.

Sería útil para el público, que no se dejaría arrastrar tan facilmente por

---

tener periódicos católicos para combatir los males presentes, y para ponernos al corriente del vertiginoso rodar de los acontecimientos y del rapidísimo movimiento de las ideas. Recuerdo haber leído en la «Vida del P. Claret,» que como le echaran en cara su ignorancia de la sociedad en que vivía, contestó el gran misionero que leía todos los días un periódico para enterarse de cuanto le convenía saber y sólo en la prensa podía hallar. Ahora, que si no se sabe leer periódicos, si no se les mira desde el verdadero punto de vista, si no se les considera como lo que son en realidad, pueden ser para los lectores una calamidad muy grande. Y en general, esto pasa en España. Los periódicos tienen materialmente sorbido el seso á sus lectores y han llegado á ejercer una tiranía infamante sobre los espíritus, atrofiando las inteligencias é impidiendo que se discurra por cuenta propia, aun en aquellas cuestiones que están al alcance de todas las fortunas intelectuales. La ceguedad de tales lectores, su falta de criterio propio, la sumisión incondicional que prestan á su periódico, son tan estupendamente grandes que asustan las cosas que so-

artículos altisonantes que nada prueban en conclusión, y sería útil para el periódico (ó al menos para su progreso) que estaría mejor escrito y con artículos más razonables y de mayor sustancia ¡Cuántos de ellos se publi-

bre el particular se observan diariamente. Yo he tratado mil veces con personas, por otra parte muy inteligentes y muy capaces de razonar sus opiniones, pero que en las tratadas por su periódico se dejan arrastrar ciegamente por éste que los lleva por donde le place con una seguridad á toda prueba. En España *aun* siguen de actualidad entre los católicos las ridículas cuestiones (?) político-religiosas de las cuales todos hablan con mucho aplomo, si no con mucha serenidad. Pregúntese á esos táles, qué estudios han hecho sobre ese punto, y se verá que la inmensa mayoría no ha tenido otro maestro que su periódico. Si se leyeran las Encíclicas de los Papas y las Pastorales de los Obispos, en su original, no comentadas ni en fragmentos estudiosamente entresacados y se diese á esos documentos *siquiera* la importancia que se da á los periódicos, las supradichas cuestiones dejarían de serlo y nuestra seriedad iría ganando bastante. Pero se concede más autoridad para tratar cuestiones relacionadas con la Religión, á periódicos escritos por un cualquier cosa que al Papa y á los Obispos.

¿Necesito citar hechos?

can, por ejemplo, sobre la guerra, escritos por quien no sabe de tales achaques más que lo suficiente para declamar, sin tasa ni medida, disparates que el vulgo cree obra de un Consejo de generales, cuando el verdadero padre de la criatura es un distinguido

---

Y sin embargo, ¡cuántos periódicos y sobre todo, cuántos artículos por ellos publicados, son obra de la ignorancia, de la pasión que ciega y hasta de la mala fe! El insigne Balmes dedica á los periódicos un artículo muy instructivo en su incomparable libro *El Criterio*, En él demuestra el gran filósofo, que los periódicos no dicen la verdad ni en cuanto á las personas ni en cuanto á las cosas, y hace mención especial de la política. ¡Cuánto ganarían ciertos lectores si meditasen las palabras de Balmes! Pero ya se sabe: entre Balmes y *nuestro* periódico..... Porque es lo que dicen los tales lectores, por supuesto, sin saber lo que dicen ni porque lo dicen: nosotros estamos en posesión de la verdad; ésta aparece encarnada en nuestro periódico! Sólo faltaba eso para despedir satisfechos el gran siglo de los descubrimientos. ¡La verdad religiosa en un periódico, y sólo en él, escrito por seglares; en un periódico que se ríe de los Obispos, los pone en ridículo, tergiversando los hechos y arguye contra el Papa! Vamos, ¡que esto es el acabóse!

mequetrefe! Y sobre todo, ¡cuántas diatribas contra la Religión vomitadas por quien no sabe una palabra de las cuestiones que trata con inaudito atrevimiento!

Todos estos artículos, lanzados al público, así, sin firma, rodeados del misterioso anónimo, arrastran fácilmente al lector y le hacen maldecir de la guerra y de los generales que la dirigen y del Gobierno (con esto no quiero decir que le falta razón, *á pesar* de las declamaciones del oculto articulista), y llega, en fin, á tragar y hacer suyas las ideas anticatólicas que acaba de leer sin averiguar quién las dice, dando más razón á un simple anónimo, que al Cura de su parroquia ó al Obispo de la diócesis. Porque la naturaleza humana es así, y por esta parte no tiene fácil arreglo.

Además, en los periódicos abundan las vanidades, las diatribas, las inexactitudes y todo lo que es resultado de las más bajas pasiones.

¿Sucedería todo esto, si al pie de

cada artículo viniera la firma de su autor? Si las declamaciones que hoy extravían tan lastimosamente la opinión del público, vinieran diciendo de qué cabeza salieron, qué mano las escribió, ¿andaríamos tan á ciegas, veríamos vulgarizadas tantas necedades? Cierto que no, pues por regla general la firma del autor quita casi toda la autoridad á sus palabras.

Y las pruebas de esto abundan, y todos podemos dar testimonio de ello. Un periódico festivo que goza de gran popularidad, traía una sección anónima, en que se vapuleaba (con razón ó sin ella, no se trata ahora de eso) á casi todos nuestros escritores, y sus críticas eran leídas con entusiasmo. Uno de los vapuleados desenmascaró al crítico y esto bastó para que la tal sección desapareciese. El autor comprendió que, una vez descubierto, no iría á ninguna parte con sus críticas. Según tengo entendido, el distinguido escritor Sr. Troyano es el autor de casi todos los artículos de fondo de

El Imparcial. Pues bien: ese señor es el mismo que escribe la «Crónica política» de *Nuevo Mundo.* Firmados estos artículos y anónimos aquéllos, ¿quién no nota la diferencia de autoridad que todos conceden á los de *El Imparcial* sobre los de la revista citada? Y, sin embargo, no creo que en ésta se esmere el señor Troyano menos que en los del popular diario liberal. Es que el lector en unos ve á un hombre sin más autoridad que la de sus argumentos y en otros ve un periódico, algo más grande, más digno de veneración y de respeto. Allí discurre para ver si el autor razona bien lo que dice; aquí se deja llevar por los atractivos de lo misterioso.

Por otra parte, si se firmasen los artículos, ¿publicaríanse la mitad de los que hoy devoran los lectores de periódico, que vienen á ser casi los únicos lectores que nos quedan en España? Publicaríanse otros seguramente, pues los periódicos no habían de salir en blanco; pero es probable que en el

cambio ganase no poco el sentido común; los autores de muchas cosas que leemos, no se atreverían á salir responsables de ellas ante el público. Ya sé que hay periodistas de mucha frescura, pero afortunadamente el *pudor literario* no desapareció de la mayor parte de ellos.

Tampoco ignoro que las razones estampadas en sus artículos tienen más autoridad que la firma del autor, pero ¿dónde están esas razones? La razón no puede apoyar más que á la verdad, y ¿cuántas veces vemos en los periódicos defendidas con *iguales razones* cosas diametralmente opuestas? Es que no son tales razones, sinó palabrería sesquipedal y declamación hueca. Fírmense esos artículos, y verán ustedes cómo al saber que aquello lo dice Juan ó Pedro, disminuyen los fanáticos que lo creen como si fuera el Evangelio, y como de resultas, los dichos Juan y Pedro se *humanizan* un poco más y vuelven, para convencer al lector, á la olvidada dialéctica,

con gran provecho del periódico y del público.

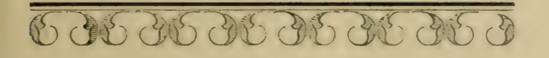
Y aplicando ahora esto al periodismo católico, dada su división absurda y vergonzosa, sería muy conveniente saber siempre quiénes son los autores de ciertos ataques, de ciertas insinuaciones maliciosas y de los groseros insultos que en el calor de la lucha (lucha inverosímil y perjudicial para la causa que quieren defender, pero lucha al fin), se deslizan, que generalmente producen en los piadosos lectores efectos tristísimos.

La primera condición del periodista es la buena fe, y ésta es mucho más necesaria en un periodista católico, y para imponerla, el camino más corto es dar la cara, no imitar á los sacerdotes del Paganismo que embaucaban al público escondidos tras el altar de los dioses, desde cuyo escondrijo hablaban al vulgo y le hacían creer que aquellas palabras eran de la divinidad, cuando en realidad no eran más que de un traficante con la buena fe del pueblo.

Y si álguien me adujera mis artículos firmados, en contra del progreso que yo supongo firmando todos los trabajos, básteme decirle que por de pronto yo no engaño á nadie.

Y esto es ya un progreso.

1897



IV

SANTO TOMÁS DE AQUINO

Y LA

APOLOGÍA CONTEMPORÁNEA

Un amigo mío ha llegado á decir en cierta revista, que quitada la *Summa*, la Iglesia de Cristo había de destruirse.

El autor de tamaña afirmación, tiene bastante talento para comprender que se le ha ido la pluma. Otros hay, aunque éstos afortunadamente no hacen gemir los tórculos para propagar sus ideas, los cuales defienden con

tanta seriedad como buena fe, que el apologista contemporáneo (y tal como se van poniendo las cosas todos estamos obligados á ser apologistas) no tiene necesidad de más estudios que los llevados á cabo sobre las obras de Santo Tomás. Otros, finalmente, manifiestan á quien quiera oirlos, su firme creencia de que hoy los defensores de la Religión debieran dejarse de libros en latín y hacer su carrera leyendo revistas y *brochures* de á tres pesetas. ¿Cuáles tienen razón? Ni unos ni otros están en el punto medio; todos exageran y por tanto todos ellos están equivocados. León XIII, el gran restaurador de la Filosofía del Angélico, habló con un poco más de parsimonia, recomendándonos el estudio de Santo Tomás y de las ciencias novísimas. Aprovechando la ocasión de celebrarse hoy la fiesta del Angel de las Escuelas, voy á exponer estas ideas con alguna extensión, pues aunque expuestas por torpe pluma, tengo para mí que no han de ser del todo inútiles.

I

Con solo pasar la vista por las regiones del pensamiento, se puede notar que nuestra época está caracterizada por una confusión anárquica en el orden de las ideas. En los libros, en los periódicos, en las conversaciones... en todas partes la anarquía, el no entenderse. Sin ir más lejos ahí está la lucha titánica entre el siglo y la Iglesia: ¿en qué se funda? ¿Qué motivos tiene el siglo para combatirnos tan rudamente? Yo no lo sé: sólo sé que un gran Obispo ha dicho que los católicos y el siglo sólo necesitan entenderse. ¡Ah! Si el siglo XIX nos hubiera conocido, si hubiera conocido las aspiraciones nobilísimas de nuestra Religión, seguramente no hubiera apostatado. Confusión como la presente no se ha visto nunca. ¿Cuáles son sus causas? Basta fijarse un poco en los combatientes para conocer algunas muy principales que se reducen á falta de estudio de

las obras de Santo Tomás. En efecto, una de las causas de esta algarabía que produce vértigo, está en la falta de principios fijos: discútense las consecuencias más remotas entre quienes no convienen en las premisas fundamentales ó las desconocen por completo. Si imitando á Santo Tomás empezáramos por donde debiéramos empezar, por el principio; si al intentar construir un edificio atendiéramos á sentar los cimientos antes de todo; si al defender ó atacar una proposición nos remontáramos como el Santo Doctor, á las verdades fundamentales, seguramente que convendríamos en muchas cosas, los que pasamos el día en la ocupación, bien poco laudable, de tratarnos de cualquier manera.

Como no estudiamos á Santo Tomás, ni imitamos su método, damos á las proposiciones más alcance del que tienen, ó les quitamos importancia, cuando la tienen muy grande, y empezamos por no entendernos y concluimos por armar un lío que no es

fácil desenredar. Muchos se ríen de los milagros; pero estad seguros de que ignoran la doctrina del milagro: otros se escandalizan del liberalismo del Papa; es que no saben lo que es liberalismo, ni donde tienen la mano derecha. Y todo porque falta en nuestro cerebro esa síntesis admirable, esa trabazón soberana, que las verdades forman en las obras de Santo Tomás.

Y como si esa falta de principios no fnera bastante para convertir esto en una Babel, carecemos también de la precisión extraordinaria que caracteriza los artículos del Doctor Angélico. Aquello de coger una frase y analizarla y desmenuzarla y exponer con toda claridad su significado, ó los varios que pueda tener, señalando en cuál de ellos se toma en aquel caso particular, es uno de los trabajos que hoy se echan más de menos. ¡Cuántas veces en las conversaciones, leyendo un libro, un periódico, se nos escapa de la boca esta frase: «¡no es eso!» Y todo por falta de precisión, por falta de esa

precisión de la que Santo Tomás fué esclavo. ¡Cuánto iríamos ganando si antes de tratar una cuestión cualquiera la estudiáramos en Santo Tomás, al menos en sus principios generales! Siquiera se nos pegaría algo de la luz que él derramó donde quiera que puso su pluma y hablaríamos con más conocimiento de causa y con bastante mayor claridad.

Pero si en cuanto á la trabazón de las ideas y á la precisión en exponerlas debemos imitar al gran Doctor, no digo nada de la necesidad de imitar su estilo sencillo, nada ciceroniano, sin ser tan bárbaro como decían los Quijotes del Renacimiento, pero en el cual no sobra una palabra. En sus monumentales obras didácticas se tratan los problemas más transcendentales y siempre con la misma frialdad, sin una exclamación, sin una interrogación de esas que tanto suplen donde faltan ideas y razones. Comparemos una página de la *Summa* con un capítulo de Sabatier, por ejemplo, y, ó carecemos

de todo criterio, ó sólo esa comparación nos basta para conocer de parte de quién está la *razón*. Hoy todo lo echa á perder la palabrería: pasó, es cierto, la hinchazón de losperíodos, el miriñaque de la oratoria de los tiempos de Castelar, pero se nos viene encima otro miriñaque por el estilo, el miriñaque de las ideas. De ahí proviene, en gran parte también, la confusión presente. ¿Qué quedaría de ciertas *Filosofías* de ahora si alguien las tradujera al estilo de Santo Tomás? ¡Si hasta en sus versos enseña como teólogo y tiene allí más ideas y más profundas que todos los tratados de Filosofía novísima que empieza por no ser tal Filosofía y acaba por no tener nada de nuevo!

La última causa dela confusión contemporánea que pienso enumerar es la falta de caridad para con el prójimo cuyas ideas combatimos. Mejor pudiéramos decir que pocas veces se combaten las ideas, sinó al prójimo. Una discusión sobre el mérito de un poema

concluye á sablazos; una polémica sobre cuestiones religiosas ó científicas, llega á convertirse en riña de verduleras. Ejemplos tristísimos de tales cosas pudieran citarse á docenas. ¡Cuán otro Santo Tomás! Los errores más groseros, las más grandes impiedades, los absurdos más transcendentales, fueron por su pluma combatidos con todo el empuje de un gigante.

Pero ese empuje irresistible salía de la razón, no de la lengua. Inexorable con el error, jamás hiere al descarriado y ni aun le cita muchas veces. Si alguien se ve desbaratado por la lógica de Santo Tomás, nunca pudo decir que su persona sufrió la menor cosa. Si estudiando sus obras, siempre de actualidad, imitáramos su gran corazón, seguramente no sería tan infructuoso (ya que no contraproducente) el trabajo de ciertos apóstoles!

Nó, no debemos prescindir del estudio asíduo de las obras de Santo Tomás: en ellas hallamos los grandes remedios para disipar la confusión que

en el orden de las ideas nos hace andar á ciegas, y por otra parte allí encontramos resueltas las grandes cuestiones que hoy interesan los espíritus de los que no quieren mirar atrás y estudiar la ciencia de los siglos que pasaron, para no ver lo ridículo de sus *dudas pavorosas.* Estudiando á Santo Tomás, esa nueva Filosofía que nos viene (por variar) de allende los Pirineos, sería para nosotros motivo de risa, si no llevara consigo la perdición de muchas almas.

II

No puede, pues, admitirse la opinión de los que quieren arrinconar al Doctor Angélico, y es preciso reconocer la gran prudencia de León XIII, al decirnos que será muy conveniente en nuestra época estudiar las colosales producciones del Sol de Aquino. ¿Pero basta ese estudio para ponernos en actitud de defender hoy nuestra ſe de los ataques de la impiedad? Tal vez

alguien se escandalice de la respuesta que voy á dar, pero si se fija un poco en el estado actual de la controversia religiosa, seguramente confiesa que no hay en ella ninguna falta de respeto al incomparable autor de las *Summas:* yo creo que salir hoy á defender nuestros dogmas sin más estudios que los realizados en las obras de Santo Tomás, es sacar al combate las famosas *arundines longas* de que hablaba Melchor Cano. Si tuviéramos que habérnoslas con metafísicos, con filósofos de verdad, á quienes se les puede meter unos cuantos silogismos y con ellos la luz en el cerebro, es claro que no hay armas como las que Santo Tomás nos presenta.

Pero váyanse ustedes con lógicas y silogismos á quien les niega un hecho histórico ó levanta una calumnia de esas que no pueden pasar. A quienes hayan hecho estudios relativamente detenidos sobre estas materias, les parece absurdo que, probadas y admitidas las premisas, se pongan dificulta-

des á la consecuencia; que no baste probar que el Papa es infalible, sinó que sea preciso defenderlo en mil casos concretos; ni que Cristo es Dios y los Evangelios divinamente inspirados, sinó que sea preciso responder reposadamente á innumerables observaciones fundadas en casos particulares. Pero es así, y para estos casos la dialéctica invencible del Santo no vale más que un cañón Ordoñez para matar moscas.

Venían en cierto tren dos sacerdotes de los cuales uno era teólogo, quiero decir, que había estudiado Teología bastante para exponer cualquier verdad de fe, y el otro músico... y nada más. Mozzart y Eslava le llaman bastante más que San Agustín y Santo Tomás, y como no todos hemos de ser una enciclopedia, se dedica él á dar gloria á Dios con su hermosa voz, contando con que otros se la den en el terreno de la ciencia.

En el mismo departamento venía un sargento de la Guardia civil, el cual

les dijo de buenas á primeras que no había historia alguna anterior á Jesucristo.

—¿Y el Antiguo Testamento?—preguntó el teólogo.

—Es una invención posterior, pues antes de Jesucristo no había libros: éstos se inventaron después, y entonces se escribieron las historias que ahora creen ustedes anteriores á Jesucristo.

Ante tal razonamiento, el músico calló porque comprendía que no era él el llamado á responder, sinó su compañero.

Éste, que es un excelente Párroco, (me lo contó después con encantadora humildad), lo reconoció así también y entró en materia; pero todos sus contundentes argumentos se estrellaban contra la roca que llevaba sobre sus hombros el sargento. Demostróle la divinidad de Jesucristo y se valió de su autoridad infalible para defender la autenticidad del Viejo Testamento, acudió á los Evangelios para

demostrar la existencia de los libros de Moisés, etc., etc., pero el sargento se aferraba á que la ciencia había averiguado que antes de Jesucristo no había libros, y mi hombre, que nunca se había fijado en estas cosas, no tenía á mano más que silogismos de que se reía el sargento como de sutilezas de prestidigitador intelectual.

La cosa iba mal y los demás viajeros casi veían en el sargento á un gigante.

El músico que oía y callaba, comprendió desde luego que por el camino de los razonamientos contundentes no se iba á ninguna parte, y como es hombre de talento natural muy despejado, la emprendió con el sargento, y hablándole de los antiguos pergaminos, de los ladrillos con caracteres encontrados en las ruinas de ciudades antiquísimas, etc.,etc., le metió la osadía en el cuerpo. ¿Qué dice la crítica sobre las historias anteriores á Jesucristo? ¿En qué razones se funda para negarlas? En una palabra, ¿qué es Historia?

Aquí la descomposición del sargento rayó á la altura á que había rayado su audacia, y acabó por disculparse diciendo que él no había estudiado en los Seminarios.

Y si el triunfo estuvo por parte de la verdad, no la alcanzaron ciertamente los raciocinios del teólogo, sinó las *erudiciones* del músico, de las cuales se reía él después, pero que valen más que todos los silogismos. Será absurdo, pero es real.

En todo el camino no volvió á desplegar los labios el sargento. ¿Qué se desprende de esta anécdota? A mi ver, lo siguiente: que para defender hoy nuestra fe contra los sargentos con que tropezamos por esos mundos, se necesita á más del conocimiento de la Teología, un conocimiento de la sociedad, de nuestros enemigos, de sus estudios y de sus *alcances*. Para tapar la boca á nuestros contradictores de hoy, no basta argumentarles en abstracto; hay que acudir al punto concreto adonde ellos nos lleven, hablar

el lenguaje que ellos hablen, combatirlos con las mismas armas que ellos esgriman.

¿Y es posible encontrar estas cosas en Santo Tomás? Los que aun creen que el estudio de la Teología basta para un sacerdote de hoy, dan pruebas de no fijarse en que los sacerdotes no nos hallamos siempre en academias de Seminarios. Hoy se van vulgarizando conocimientos que Santo Tomás no pudo soñar: de esos conocimientos se quiere valer la impiedad para combatirnos: ¿cómo hemos de hallar en las obras del Doctor Angélico respuestas á estas objeciones? Habrá respuestas generales, indirectas; pero es preciso convencerse de que hoy tales respuestas no bastan, pues suponen un nivel intelectual superior mil veces al presente.

Dificultades tan ridículas como la del sargento y cabezas tan duras abundan más de lo que se cree y pertenecen unas y otras á hombres que pasan por sabios, y á estos sabios es

preciso hablarles, *servatis servandis*, como el músico al sargento, con palabras vulgares, con hechos, con erudición barata, si se quiere, pero que aumentada por la Teología lleva el triunfo seguro.

Por otra parte, el error, aunque en sustancia sea siempre el mismo, toma distintas formas, y hoy no se presenta como en tiempos de Santo Tomás, ni en el terreno de la Teología: precisamente la controversia religiosa al presente se halla extendida por cuatro nuevos campamentos: la Psicología experimental, la Crítica histórica, las ciencias naturales y la Política. ¿No se comprende bien pronto que si un conocimiento profundo de las obras de Santo Tomás sirve aquí para mucho, es esencial, no basta, sin embargo?

III

Por eso León XIII nos manda esrudiar á Santo Tomás de Aquino y á los sabios de nuestros días. La cien-

cia de un sacerdote que no esté fundada en la Teología y en la Filosofía, será algo así como un cuerpo humano sin esqueleto: por el contrario, si esa ciencia sólo se reduce á la escolástica, aparecerá ante nuestros contemporáneos como un esqueleto descarnado. En el primer caso, no se tendría en pie, y en el segundo, sería repulsiva. Unamos las dos cosas, revistamos el esqueleto firmísimo de nuestras ciencias especulativas con los conocimientos del día; vistamos nuestra ciencia á la moderna y hagámosla hablar el leguaje de nuestros enemigos, para que así nos entiendan mejor. Será tal vez un lenguaje exótico, desconocido en los libros de Filosofía y Teología: pero ¿hemos de pararnos en la mayor ó menor propiedad con que se emplean por el siglo ciertas palabras, cuando se trata de ganar almas para Cristo?

Marzo de 1899.



V

LOS NATURALISTAS CATÓLICOS

A propósito de un libro reciente (1)

Decia el Conde de Maistre que hay muchas mentiras que á fuerza de ser repetidas llegan á pasar por verdades inconcusas. Cuantos se dejen de repetir frases hechas y paren mientes en la realidad de las cosas, convendrán seguramente en que no exageraba el ilustre autor de las *Veladas de San Petersburgo* al sentar esa afirmación que tan poco favor hace á seres dotados de libertad é inteligencia. ¡Cuántas afir-

(1) *La Evolución y la Filosofía Cristiana*, por el P. Juan G. Arintero.

maciones pasan como verdades por boca de todo el mundo, porque no hay quien recobre la verdadera libertad del pensamiento y pese el alcance y el fundamento de lo que consigue pasar por cierto, cuando solo tiene en su favor el ser repetido de contínuo! Si se asegura que no es cierta la afirmación de que los sacerdotes sean unos ignorantes, no será posible hallar una persona capaz de Sacramentos que no convenga en que ya resulta ridículo y trasnochado hablar á estas alturas de la ignorancia del Clero. Pero si se afirma que el Clero no solo cultiva con ahinco digno de toda alabanza las disciplinas eclesiásticas, sino que en las ciencias profanas, en esas ciencias que muchos majaderos creen aún armas terribles contra nuestros dogmas, van á la cabeza del movimiento contemporáneo, seguramente que muchos, no ya racionalistas, pero hasta católicos fervientes, harán un ademán de estrañeza, dudando de la veracidad de tal aserto. Es indudable—dicen—que en los Seminarios se estu-

dia mejor que en las Universidades y que por lo tanto los sacerdotes, generalmente hablando, están más versados en Filosofía y Teología que los abogados en las cada vez más lóbregas (gracias á ciertos profesores) regiones del Derecho: pero decir que en los Seminarios se forman los más aventajados representantes de las ciencias profanas es apartarse uno de la realidad.

Y sin embargo, no ya de los Seminarios donde se educan los sacerdotes para vivir en contínuo trato con el mundo, sino de un convento de religiosos dedicados á la oración y al apostolado, salieron los naturalistas que en España no encuentran semejantes entre el elemento seglar, y mucho menos entre los que siguen defendiendo muy serios, que los dogmas de nuestra fe matan la vida del espíritu: de un convento salieron el tan llorado Cardenal González, el actual Obispo de Oviedo, P. Martínez Vigil y el joven P. Arintero, profesor de Apologética

en el Colegio de Salamanca. ¿Qué autores, qué sabios, auque sean inéditos, encuentran Vds. por España que puedan compararse con esos tres frailes, ni en conocimiento de las ciencias naturales é históricas, ni en amplitud de criterio, ni en brillantez y firmeza de argumentación? Después de leidas atentamente las obras de esos tres dignos discípulos de Alberto el Grande y del Doctor de Aquino, ¿á qué quedan reducidas las vocinglerías de un Odon de Buen (y Vds. perdonen la cita después de la de los gloriosos nombres mentados), sinó á los clamores hueros y despreciables de la impotencia y de la ignorancia y de la soberbia confundidas? Los que nos vienen repitiendo las modernas tonterías de los espiritualistas sobre si el «férreo yugo» de los dogmas agosta toda la actividad intelectual, harían una obra más racional y más española, dejándose de repeticiones que degradan y estudiando la realidad de las cosas.

Como los eternos importadores de las

teorías descabelladas á que me refiero no son capaces de estudiar, como Dios manda, una obra seria, por librarse de aceptar el reto, concédennos que indudablemente los católicos hemos despertado, nos hemos dejado de luchas intestinas, ridículas y hasta absurdas, y seguimos el movimiento científico y ya no es cosa de amedrentarnos con la ciencia, como se amedrenta á los niños con el coco: pero los sacerdotes, los católicos todos, especialmente aquéllos, acuden al terreno científico con una estrechez de criterio, con una intransigencia, que hacen imposible toda avenencia entre ellos y los *sabios*.

Ya se sabe que los tales *sabios* se llaman tales por contraposición á los católicos, pobres ignorantes, sin perjuicio de que esos sabios sean entre nosotros un Odon, descubridor del famoso fósil, un Dicenta, descubridor de que Campoamor es darwinista (cuando andan en manos de todos sus diatribas graciosísimas contra el darwinismo) ó un Pí, autor de otro descubri-

miento no menos notable, el de que la razón humana no puede demostrar la existencia de Dios.

Bueno; pues permítasenos suponer que esa afirmación, sobre la clásica intransigencia de los apologistas católicos, tiene también por fundamento el hablar de lo que no se conoce. Quien haya leido las obras de los tres autores citados, (y no quiero meter en lista más escritores, pues me bastan esos tres frailes para probar estas observaciones, inspiradas por la obra de uno de ellos) quien conozca sus ideas sobre el criterio que debe seguir el apologista católico en sus relaciones con la ciencia, no puede hablar de ninguna clase de estrecheces, sin demostrar que se llama racionalista por el mismo motivo por que se llama rabón á un perro que no tiene rabo.

No he de negar yo que algunos católicos se dejaron llevar, en más de una ocasión, de alguna intransigencia, y el P. Arintero habla de ellos muchas veces y los combate con denuedo; pero

su intransigencia, en lo más rudo de la pelea, tiene explicación satisfactoria en la intransigencia de los adversarios que empezaron por negarles el agua y el fuego. ¿Quién no recuerda la violencia de la acometida, el furor con que los *sabios* se lanzaron sobre nosotros, no respetando nada, negando las verdades mejor demostradas, no dejándonos en pie una de cuantas constituían nuestro tesoro más preciado? Empecemos por confesar que nuestros adversarios se adelantaron á nosotros en el descubrimiento de algunos hechos: ¿no se les ha visto deducir de un hecho particular consecuencias aterradoras, en contra de todas las leyes del raciocinio? ¿Qué tiene de particular el que ofuscados por la polvareda levantada, nuestros escritores fuesen en sus negaciones más allá de lo justo, cuando los enemigos llegaban mucho más lejos, en sentido opuesto, con sus afirmaciones gratuitas y con sus llamadas consecuencias, que no lo eran, sinó fantasmagorías de cerebros calentu-

rientos y deseosos de novedades? Circunscribiéndonos á la cuestión que trata el P. Arintero en su última obra, ¿no se ha visto á muchos escritores deducir de la transformación de las *especies orgánicas*, la transformación de las *especies metafísicas*, y del escarabajo en hombre formal? Pues entonces ¿qué tiene de extraño el que los apologistas católicos, privados por la violencia del ataque, de la serenidad necesaria para medir el alcance de las cosas, fundados en la inmutabilidad de las especies ontológicas, llevaran su intransigencia á negar á nuestros *sabios* la evolución de las especies orgánicas? Para juzgar un hecho histórico la prudencia más elemental aconseja fijarse en las circunstancias que le acompañaron.

¿No merece disculpa la intransigencia de nuestros publicistas negándose á recibir una *ciencia* que tan detestable uso hacía de las leyes de la lógica? Al notar que se quería introducir tanto contrabando, nuestros apologistas

cerraron todas las puertas y llegaron á negar la entrada á verdades legítimas.

Pero cambiaron los tiempos, en nuestro campo se estudiaron esas ciencias con tanta y aun mayor profundidad y extensión que en el campo enemigo, la polvareda de los primeros momentos se fué disipando y hoy no solo hemos hecho nuestras todas las conquistas científicas, sino que nuestros publicistas han desbaratado á los anticatólicos, haciéndoles ver que era ilusión engañosa y diabólica aquello de la incompatibilidad de la Religión y de la ciencia.

No todos los apologistas están conformes en el alcance que se debe dar á la evolución de las especies, pero los más intransigentes son intransigentes en nombre de la ciencia, no en nombre de la Religión.

El P. Arintero, partidario decidido de la evolución, admite la que en su opinión está plenamente domostrada, y la intransigencia estará en hacerle defender una evolución no demostrada por

la ciencia: los dogmas de nuestra fe y los principios de la Filosofía cristiana se harmonizan admirablemente con esas evoluciones de las especies orgánicas, que están muy lejos de suponer que evolucionen y se transformen las especies ontológicas que son irreductibles, inmutables. ¿De parte de quien está la intransigencia y la estrechez de criterio; de parte de los católicos que sin ceder un ápice de su credo, admiten y hacen suyas y bendicen las legítimas conquistas científicas, ó de parte de quienes fundados en estas y pisoteando la lógica más elemental, rechazan las verdades religiosas?

Tal es el amplísimo criterio del sabio dominico, admirablemente expuesto en la preciosa *Introducción*, é idéntico al expuesto, con no menos lucidez, por el Cardenal González en la *Biblia y la Ciencia* y por el actual Obispo de Oviedo en *La Creación, La Redención y la Iglesia:* criterio amplísimo y racional, tan común en la apología contemporánea, pero que nada tiene

de nuevo, pues está fundado en los profundísimos consejos de los grandes maestros San Agustín y Santo Tomás, tan oportunamente recordados por León XIII en su Encíclica *Providentissimus.* Conceder á la ciencia todos sus adelantos, dar á Dios gracias por ellos y demostrar que la Religión nada tiene que temer de tales progresos, esa debe ser la nobilísima tarea del apologista contemporáneo, y esa es la que, respecto á la evolución, se impuso el P. Arintero ¡Bendiga Dios sus esfuerzos para que llegue á término feliz en sus trabajos colosales!

Pero como no es dado á ningún mortal dar gusto á todo el mundo, mientras con la táctica, tan conforme con la razón, de no asustarse de los adelantos de la ciencia, tapamos la boca á nuestros enemigos, de nuestro mismo campo se levantan voces de alarma que parten de los que creen que con eso vamos cediendo terreno al adversario. Esas condescendencias —dicen—nos hacen dar la razón á los

que más duramente nos combaten; esto es poner en peligro el depósito de nuestras creencias sacrosantas. No me sorprende ese modo de razonar: proviene de hombres formados en lo más fragoroso del combate, y en sus almas nobilísimas arraigaron ideas de intransigencia cuya explicación queda hecha más arriba, y nadie ignora cuán difícil es cambiar opiniones *incrustadas* por la tenacidad de la lucha, en ciertos espíritus. Pero en cuanto á lo demás, su observación carece en este caso de fundamento.

Esos llamados adelantos, esos progresos científicos debidos á nuestros adversarios, una de dos: ó se sabe que son verdaderos, legítimos, ó no. En este último caso, ó se demuestra que son posibles ó que no lo son. Si son verdaderos, si han pasado á la categoría de cosa juzgada, ¿es posible que se crea razonable que por venir de nuestros enemigos deban ser rechazados? Si los creemos posibles, aunque carezcan de demostración, bueno que no

se admitan aún; pero, siendo *posibles*, no pueden oponerse á nuestros dogmas, ¿por qué, pues, hemos de rechazarlos de plano solo por no ser nosotros sus autores? Donde quiera que hallemos una verdad debemos abrazarla con entusiasmo como hija que es de Dios.—Pero es que de esos descubrimientos deducen sus autores consecuencias anticatólicas...

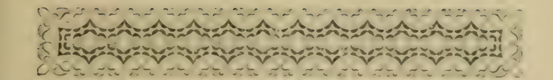
Entendámonos: esas consecuencias ¿se deducen ó no, de tales descubrimientos? Indudablemente que no, pues una verdad podrá esclarecer otra, pero nunca contradecirla. Pues si tales consecuencias no se deducen de esos descubrimientos, admitiendo éstos no se admiten las tales consecuencias. ¿Acaso no estamos cansados de ver cómo el defensor de una proposición, contra la cual se arguye, concede alguna premisa ó parte de ella, sin perjuicio de negar la consecuencia? ¿Y se le ocurrió á nadie decir que el defensor, en ese caso, debe cerrarse á la banda y negar todas las proposiciones de las que se va-

len para combatir la suya, para que no se diga que cede terreno al adversario? Pues el caso es el mismo: mejor sería, ciertamente, que fuéramos nosotros, los católicos, quienes hubiéramos arrancado á la naturaleza tantos secretos, pero si nos hemos dormido por algún tiempo sobre los laureles.... de nuestros antepasados, lo que nos toca es admitir lealmente la verdad, descúbrala quien la descubra, y lanzarnos nosotros, en adelante, por las regiones de la ciencia, hoy tan prósperas, y, como dice el Sr. Obispo de Oviedo en la obra citada, «tomar posiciones anticipadas para que el día del triunfo no haya más que vencedores.» (1)

Marzo de 1899.

---

(1) Tomo I, pág. 463.



VI

LA UNIÓN DE LOS CATÓLICOS (1)

Después que plumas de autoridad indiscutible han dilucidado el tema que sirve de argumento á este trabajo, parecerá inaudito el atrevimiento de un desconocido que se atreve á insistir sobre el mismo punto. Muéveme sin embargo á ello el creer, con un notable escritor contemporáneo, (2) que

(1) Memoria enviada al Congreso Católico de Burgos, sobre el punto «Medios y forma de realizar la unión sincera de los católicos españoles.» Sección segunda. Asuntos de Propaganda.—1.°

(2) Fonsegrive, *Cathol. et Democrat.*, p. 129.

«por insignificante que sea, nadie tiene derecho á negar su concurso. Quien tenga un pensamiento debe decirlo y quien acaricie un plan debe exponerlo.» Por estéril y pobre que sea mi pensamiento, yo me creo en la obligación de decirlo con toda claridad, aunque esto solo sirva para hacer ver mi decidido deseo de coadyuvar, en la medida de mis fuerzas, á la obra, en otras partes tan fecunda, de los Congresos Católicos. Como aquí no se trata de vagar por las regiones abstractas de la Metafísica, sino de buscar el modo de unir á los católicos españoles, atendiendo á las circunstancias en que viven y al ambiente en que se mueven, procuraré ceñirme y concretarme lo más posible, pues creo que la suspirada unión no encuentra dificultad alguna consideradas las cosas en abstracto.

I

Empezando por los medios conducentes al fin que todos apetecemos, yo

creo que los más importantes y que pudiéramos llamar *negativos*, consisten en desembarazar á los católicos de los obstáculos que hasta la fecha les han impedido unirse en el terreno político-religioso.- ¿Qué obstáculos son esos? A mi modo de ver, los siguientes.

1.º *Los fracasados é incompatibles.* Ya se comprende que me refiero á los que desde hace muchos años vienen dirigiendo las fuerzas católicas en nuestra patria. El fracaso es por demás evidente. Porque buscaban unos más su propio triunfo que el de la causa que afirmaban defender, porque otros eran ineptos para el caso, el hecho es que mientras en todas partes las huestes católicas, dirigidas por caudillos desinteresados y expertos, van caminando de triunfo en triunfo, aquí vemos que nuestros jefes solo saben llevarnos á la división, á reñir luchas intestinas, absurdas, criminales....

Al frente de los católicos españoles hemos visto hombres de talento y de dotes envidiables...; pero ¿hemos visto

algún O'Connell, algún Windthorst, algún Lueger....? En España somos católicos casi todos; jefes políticos no nos faltan: ¿qué vamos consiguiendo? Que la impiedad prospere, que una minoría miserable y audaz nos tiranice, mientras los que de contínuo nos están prometiendo la tierra de promisión, dejan cobardemente el campo al enemigo, á quien pudieran vencer, y se pasan el tiempo burlándose de nosotros y entreteniendo á las muchedumbres con las discusiones bizantinas que esos prohombres sostienen entre sí. Los políticos católicos han fracasado en toda la extensión de la palabra, han demostrado hasta la evidencia que no sirven más que para dejar al enemigo á sus anchas y para dividirnos á nosotros en discusiones que serían ridículas si no desgarraran el alma. Esos tales, esos caudillos fracasados, llámense como se llamen y sean cuales fueren su historia, sus ideas, su intransigencia, son un obstáculo muy grande, tienen monopolizada in-

justamente la dirección de los católicos, quienes está demostrado que con esos jefes no van á ninguna parte, si no es á la derrota absoluta, definitiva.

Y no es solo por su evidente fracaso por lo que son un obstáculo constante para realizar la unión tan deseada, pues además de eso son entre sí perfectamente *incompatibles* y la unión entre ellos es completamente irrealizable.

Por cuestiones personales y baladís, porque todos quieren llevar la dirección suprema, porque cada uno desea ser tenido por el único doctor infalible, por rivalidades y diferencias de carácter, ello es que mantienen unos con otros una guerra infame que hace la unión de todo punto imposible. Entre nosotros es fácil precisamente porque no somos enemigos personales: estaremos equivocados al dejarnos llevar por los citados jefes á la creencia, bien poco cristiana y racional, de que solamente nosotros estamos en posesión de toda la verdad, pero una sin-

cera explicación nos bastará para deponer divergencias que no tienen razón de ser; mas entre ellos... traed á la memoria dos de sus nombres y decid, puesta la mano sobre el corazón, si pueden vivir unidos, aun cuando puedan llegar á convencerse de que piensan idénticamente, y que tienen los mismos ideales... Si, pues, nosotros no nos unimos mientras no se unan nuestros jefes, la union será imposible. Ellos están divididos por cuestiones que bien examinadas no nos importan nada y sólo sirven para engañarnos y conseguirles secuaces. Para hacer, pues, lo que el Papa nos manda, para cumplir como buenos católicos, para unirnos, en una palabra, es preciso quitar los estorbos, prescindir de esos que hasta hoy fueron nuestros jefes, porque han fracasado é imposibilitan la unión por incompatibles.

Además, como luego veremos, el Papa quiere que la unión se haga en el terreno legal y bajo la dirección de los Obispos. De los llamados jefes de los

católicos, unos no están dispuestos á transigir, ni aun provisionalmente, con la legalidad que han combatido siempre, y no discuto su conducta; mas por eso mismo debieran retirarse, para no servir de obstáculo á la unión: otros, todos mejor dicho, tampoco admiten de buen grado la suprema dirección de los Obispos, pues están acostumbrados á dogmatizar por sí y ante sí en materia de ortodoxia, y todo el mundo sabe como suelen ser los menos sumisos á las autoridades legítimas, desde los Obispos hasta el Papa. Luego por conveniencia de ellos y nuestra, en aras de la causa que dicen defender, deben retirarse, cedernos, en bien de la Religión, la influencia de que no pueden hacer uso y dejarnos en paz á los que no participamos de los mismos inconvenientes: y si no quieren retirarse, si piensan seguir como hasta aquí, siendo un obstáculo á la unión.... para un buen católico la elección no es dudosa, aun cuando suponga algún sacrificio. ¡Vayamos con los Obispos

y con el Papa, que son los únicos jefes que conocen el camino de la victoria que Cristo les señala, y dejemos á solas con su presunción á los que para nada nos sirven si no es de estorbo! ¡Y ya se verá entonces con cuanto desembarazo caminamos!

2.º *Las confusiones.*—Para quien, como el autor de estas líneas, no tomó parte jamás en las luchas de los católicos y presenció desde fuera las guerras intestinas que los dividen, no puede ocultarse que estas divisiones infames están fundadas en confusiones nacidas más de la incompatibilidad de los directores, que de la oposición de las ideas. No se conoce la doctrina del tenido por *adversario* y se le combate porque se le considera á través de un cristal coloreado á su gusto por quien tiene interés en que las cosas aparezcan de cierta manera. Los católicos españoles son soldados de un mismo ejército que, por culpa de sus jefes, se combaten encarnizadamente, creyendo por una y otra parte que se combate

al enemigo. Ahonden un poco en la razón de tales luchas los que en ellas toman parte y no tardarán en convencerse de que es cuestión de palabras, de accidentes sin importancia, lo que los divide, no diferencias sustanciales. Todos somos católicos, todos ponemos sobre nuestra cabeza las Encíclicas de los Papas y las Instrucciones de los Obispos, pero no nos decidimos á unirnos bajo la bandera que el Papa nos presenta y bajo la dirección de los Prelados. ¿Por qué? Porque al rededor de esas enseñanzas y por quienes tienen interés en que nuestra desunión continúe, se ha formado una atmósfera artificial que nos confunde, nos impide conocer la voluntad del Papa y nos hace creer que se nos pide la apostasía de nuestras ideas particulares y la unión con nuestros adversarios precisamente en las cosas en que discrepamos, cuando sólo se nos pide que nos unamos en aquello en que todos estamos conformes, en lo sustancial, sin que para ello sean obstáculo nuestras

divergencias accidentales. Debido sin duda á nuestro carácter impresionable y poco investigador, á causa de lo poco desarrollada que está entre nosotros la iniciativa intelectual, discurrimos generalmente con la cabeza de otros y así son nuestras ideas las que á éstos plugo introducirnos en el cerebro. Y de ese modo hemos llegado á creer que no cabe unión de ningún género con quien discrepe en lo más insignificante de nuestro modo de pensar: hemos llegado á creer que la unión en el terreno político con quienes no se hallan absolutamente identificados con nosotros en todas nuestras opiniones, sería un contubernio infame. ¡Si tal hubiera sido el modo de discurrir de los católicos en otras partes, ni el Centro alemán sería hoy lo que todo el mundo sabe, ni Lueger hubiera podido derrotar al liberalismo en Austria!

A causa de esa confusión de lo sustancial con lo accidental, se ha extendido por nuestra patria otra no menos

absurda y perjudicial que tiene muchos prosélitos, siquiera sean inconscientes: la de creer que lo que importa llevar á la victoria incondicionalmente es nuestro propio pensamiento, cuando éste no debiera ser más que un medio para hacer que triunfe la Religión católica. Esta confusión importantísima, el tomar por fin lo que es medio y por dogma lo que es una táctica, es la causa de que no se desee precisamente el triunfo de la Religión, sinó el de su propio partido, y éste no es un fin, no puede ni debe ser más que un medio, una táctica para llegar al triunfo de la buena causa.

Otra confusión no menos lamentable se nota respecto á las relaciones de los medios con el fin y á la autoridad que debe regular esas naturales relaciones. Quiérese que los medios, los llamados partidos político-católicos, triunfen valiéndose para ello de la Religión cuando al triunfo de ésta debieran exclusivamente estar dedica-

dos y con arreglo á sus necesidades regularse. Y esta regulación debe ser marcada, no por quienes tienen la obligación de ponerlos en práctica, sinó por quien tiene el deber de conseguir el fin al cual se encaminan: por el Papa en una palabra.

Todas esas confusiones son un obstáculo para realizar la unión de los católicos, pues nos trastornan y obligan á muchos á derrochar sus facultades combatiendo molinos de viento, cuando debieran emplearlas en defender los derechos de la Iglesia.

3.° *Las preocupaciones.*—Otro de los mayores obstáculos está, á mi ver, en las ridículas preocupaciones creadas por las confusiones mencionadas. Confundidos los medios con el fin, lo sustancial con lo accidental y lanzado á los cuatro vientos el programa *cerrado*, con el consabido «quien no está en todo con nosotros es en todo nuestro adversario» y con la coletilla temeraria de que sólo ellos defienden la doctrina católica, sucedió que la intransigencia

de unos engendró la intransigencia de los que por cualquier motivo quisieron vivir independientes de los otros, y todos se creyeron en el derecho de publicar programas semejantes y con idénticos comentarios. Y exagerando y excomulgando unos por una parte y otros por otra, sin detenerse á explicar el alcance de sus palabras, han llegado á convencerse unos de que el partido A desea traer la Inquisición tal como la describen las novelas espeluznantes y otros de que el partido B quiere poner á la Iglesia á los pies de los encargados de mantener el orden público. Todos tienen la cabeza llena de preocupaciones respecto á los partidos que no son el suyo y eso más que por falta de estudio, por culpa de los individuos de cada grupo, quienes con sus exclusivismos son causa de la intransigencia de los demás. ¿Quién no tiene amigos en los diversos grupos político-católicos y quién no los ha oído pintarse como verdaderos mónstruos, y quién, oyendo semejantes co-

sas, no sintió desgarrarse el alma y partirse el corazón al pensar que unos y otros son verdaderos católicos, tan lejos de intransigencias absurdas como de demagogias ridículas? Trátese de unir á esos en el campo de la política y uno dirá que el otro es un impío impenitente con el cual teme contaminarse, y éste afirmará que aquél es un fanático y que unido á él haría más daño á la Religión que militando en las falanges más avanzadas.

Y esa preocupación tan general de creer cada cual que su partido es *el partido* católico, y su programa el único conforme con las enseñanzas de la Iglesia, y que todos los demás, porque no son idénticos al suyo, son partidos liberales por uno ú otro extremo, ha llegado á identificar caprichosamente la doctrina cristiana con fórmulas nada dogmáticas, haciendo creer á muchos que no caben dentro de la Religión católica los que sienten simpatía por ciertas aspiraciones que, aun cuando valiéndose de ellas se nos ha

hecho una guerra infame, son aspiraciones cristianas y nobilísimas. Los derechos del hombre, la libertad, la democracia, la ciencia, el progreso, caben perfectamente dentro de la Iglesia; en ella encuentran el apoyo más decidido. Pero pasó lo siguiente: los sectarios, para hacer repugnante á nuestra Religión sacrosanta, la han pintado como el enemigo nato de esas tendencias saludables, y para conseguir su objeto llevaron más allá de lo justo el alcance de aquéllas.

Los católicos cayeron en la red que sus enemigos les tendieran; tomaron los derechos del hombre, la libertad, etc., en el sentido que aquellos les daban, y al ver que así comprendidas esas aspiraciones chocaban con la doctrina católica, las condenaron en absoluto, declarándolas perfectamente incompatibles con las enseñanzas de la Iglesia. Así las cosas, cuantos se atrevan á nombrar, entre el número de sus ideales, los derechos del hombre, la ciencia, la democracia, etc., se les

hace pasar á causa de eso, por anticatólicos, y muchos, encariñados con esas ideas eminentemente cristianas, y poco enterados de las doctrinas de la Iglesia y de su constitución, convienen en alejarse de aquélla antes que de sus ideales predilectos. Las preocupaciones, pues, no sólo dividen á los católicos entre sí inutilizándolos para todo lo bueno, sinó que hacen que quien lo es deje de serlo. El Papa, sin embargo, quiere que todos nos unamos, dando de mano á esas preocupaciones y para ello es necesario tener confianza absoluta en las direcciones que el Papa nos inspire, son precisas mútuas y sinceras explicaciones, mostrarse todos tal como son, matar esa convinción ridícula de creer que sólo su partido es el partido católico, inspirarse en la caridad y no arrogarse autoridades que no se tiene para investir á otros de sambenitos tan repugnantes como injustos.

4.º *La ignorancia en materias político-religiosas.*—Las citadas confusio-

nes y preocupaciones tienen por causa á los fracasados directores de los diferentes grupos ó partidos católicos, pero esos tales no podrían imponernos despóticamente su voluntad y sus caprichos si hubiera entre nosotros ideas claras, definidas, sobre las relaciones que deben mediar entre la Iglesia y el Estado, si por todos fueran conocidos los derechos del Estado y los de la Iglesia y las enseñanzas de ésta sobre unos y otros. Ese estudio importantísimo se hace en el periódico que hallamos en casa ó al que por cualquier motivo nos suscribimos; sus doctrinas no encuentran en nosotros el espíritu de análisis que fuera de desear y al cabo de algún tiempo esas doctrinas, con todos sus exclusivismos y todas sus intransigencias y todas sus preocupaciones, serán nuestras doctrinas, y lo que ese periódico diga será nuestra única norma de fe para todo lo que en materias político-religiosas debemos creer, su criterio será el nuestro hasta para interpretar las enseñan-

zas de la Iglesia, por un extremo ó por otro. Esa fatal ignorancia es de todo espíritu observador bien conocida, y tan grande que únicamente oyendo hablar á personas que pasan por muy instruídas puede uno formarse idea de su extensión. ¡Si al menos fueran conocidos los documentos pontificios que derraman luz del cielo sobre tales cuestiones! Pero si algo se sabe de ellos, ese conocimiento es generalmente inexacto como adquirido á travès de las columnas de un periódico que tal vez carezca de buena fe, y positivamente carece de competencia para interpretar las enseñanzas del Papa.

Ya que no es fácil, hoy por hoy, remediar este mal en nuestras Universidades ¿por qué no se procura en los Seminarios estimular en los jóvenes seminaristas el espíritu de análisis y de independencia intelectual en estas materias, fundando una cátedra de ciencias sociales y donde esto no pueda hacerse, exponiendo esas cuestiones en la clase donde quepan mejor y en-

cargándose de esa enseñanza un espíritu abierto, conocedor de la doctrina de la Iglesia, que viva en la realidad, que vaya hasta donde van las enseñanzas del Papa, pero que de ahí no pase? ¿Es que no se puede explicar en un Seminario lo que el Romano Pontífice enseña en sus Encíclicas? El Clero así educado estará en disposición de acudir á todas partes, al periódico, á la revista, á la hoja de propaganda, á discursos y conferencias hasta conseguir que el pueblo se nutra de esas ideas, claras, definidas, levantadas, intransigentes, si se qniere, pero con una intransigencia que empiece donde debe empezar. Y con esto se habrá dado un gran paso en el camino de la emancipación de autoridades intrusas, á la que es preciso llegar para que la Religión y la patria puedan contar con nosotros. Esa emancipación es necesaria á todos, como queda dicho al hablar del primer *obstáculo*, pero lo es de una manera muy especial á los sacerdotes. Es preciso acabar con ese

espectáculo tristísimo que estamos dandoal pueblo, proclamándonos unos seguidores de Apolo y otros de Pablo. Que éstos nos sigan á nosotros en todos los asuntos relacionados con la Religión, es muy natural; pero que nosotros abdiquemos de nuestra santa independencia sometiéndonos á jefaturas que aniquilan nuestra dignidad, es cosa contra la cual debemos levantarnos cuantos tenemos idea de lo que nuestra misión divina significa. ¿Cómo podremos conseguir que tenga confianza en nosotros el pueblo que nos ve sometidos á personajes que le son poco simpáticos, ó tal vez repugnantes y en los cuales echa de menos la sumisión y respeto incondicionales al Papa y á los Obispos, que estamos contínuamente predicando?

Con que los sacerdotes salgan del Seminario con esos estudios, siquiera sean elementales, pero que ordinariamente (y debemos fijarnos en la regla general) no pueden hacer después por falta de medios, por exceso de ocupa-

ciones y escasez de recursos pecuniarios, y con que nuestro Clero, tan injustamente despreciado por el retraimiento en que vive, acuda al pueblo y ponga las cosas en su punto, se verá como la luz acorta las distancias y como en torno suyo se aglomeran las muchedumbres.

5.º *La apatía.*—Otro obstáculo, no menos grande que los citados, para llegar á la unión de los católicos, está en la inacción fatal que nos tiene metidos en nuestras casas, contentos con hallarnos nosotros en posesión de la verdad y sin importarnos un ardite que los demás piensen como les venga en gana, si no es para tenerlos, con la mayor caridad del mundo, por impenitentes empedernidos y vitandos. He dicho que para llegar á la unión apetecida sería conveniente, y no tengo reparo en decir necesario, que los católicos militantes, de historia, con compromisos contraídos, á los que no quieren faltar, se queden en sus casas, licencien sus huestes y dejen el campo

á los que nada han comprometido, en una palabra, y hablando en general, á los jóvenes sin antecedentes políticos, sin historia, en cuyas promesas y en cuya independencia todos podemos fiar. Pero esa apatía, esa inacción, ese encogerse de hombros y dejar las cosas ir por donde van, que se notan en los viejos, ó que á lo menos han dejado de ser jóvenes, se hallan multiplicados en la juventud contemporánea, que mira con escepticismo nuestras infructuosas divisiones y se ríe de ellas y va caminando lentamente por los senderos de la vida, sin ideales, sin entusiasmo por nada, sin amor á cosa alguna.

Urge, pues, empezar por matar esa inacción criminal, sobre todo en nuestra juventud, en cuyas manos está el triunfo de mañana, ya que hoy, por nuestra culpa, no se puede pensar en él: es necesario inspirar á los jóvenes amor y entusiasmo por la causa altísima que todos estamos obligados á defender para conseguir que con ellos tenga mejor suerte que con losque, has-

ta lo presente, han fracasado. Para ello nada mejor que la formación de academias, círculos, como quieran llamarse, donde nuestra juventud encuentre dirección adecuada y estímulos que la lleven á la lucha. Unidos en una Sociedad científico-literaria los alumnos del Seminario y de la Universidad y dirigidos por personas competentes, activas, entusiastas, llegarán fácilmente á unirse en sus aspiraciones, á estimularse, á sacudir ese letargo infamante que á todos domina. El autor de estas líneas, cuando era estudiante, fué testigo del saludable cambio operado en las relaciones de los seminaristas con los alumnos de la Universidad, con la fundación de una Sociedad de ese género y recuerda con cariño cómo á poco de tratarse y conocerse, se despertaron en todos los socios idénticas aspiraciones de que no se habían dado cuenta, actividades nobilísimas que dormían en el fondo de su alma como dormían las notas en el arpa del poeta... ¡Unión y conocimiento mu-

tuos de todos los jóvenes católicos, dirección acertada, ahí está el principio de la unión que se desea entre todos los católicos españoles de mañana!

Porque ¡no nos forjemos ilusiones! pensar que los católicos españoles del día pueden unirse en las cuestiones político-religiosas para algo bueno, es acariciar esperanzas tan halagüeñas como imposibles! ¡Hay tanta confusión, tanta apatía, y ¿por qué no decirlo? tantas pasiones y tanto egoísmo por medio...!

II

Expuestos, con mi natural torpeza, los medios *negativos* de que en primer lugar hay que echar mano, enumerados los principales obstáculos que impiden la unión y de los cuales es preciso desembarazarse, cueste lo que cueste, paso á tratar de otros medios que pudiéramos llamar *positivos*, y de la *forma* en que la deseada unión debe

hacerse, uniéndolo todo en esta segunda parte de mi trabajo para mayor claridad y para evitar repeticiones enfadosas.

1.º Empezando por la *forma* en que debemos unirnos los católicos españoles, el Papa quiere que se realice aquí como se ha realizado en todas partes, como únicamente puede realizarse: en el terreno legal y bajo la suprema dirección de los Obispos. Para mí esto no admite duda de ningún género; en varios documentos emananos de la Cátedra de Pedro, se halla expresado con toda claridad y toda la energía apetecibles, y quien haya leído esos luminosos documentos en su original, sin comentarios de gentes apasionadas, pensará seguramente del mismo modo. Pero como quiera que los interesados en ello han embrollado de una manera indecible esta cuestión, principalmente en cuanto á la primera parte, sería muy conveniente que por todos los Obispos españoles se expusiera esto con toda claridad, impe-

trando del bondadosísimo León XIII nuevas luces si éstas son posibles y se creen necesarias. El famoso reconocimiento de los Poderes constituídos (que nada tiene de nuevo, después de todo) no consiste simplemente en pagar la contribución y tomar la cédula, así como no significa tampoco que nadie deba hacer traición á su conciencia teniendo por bueno y declarando inmejorable un régimen que tal vez no llegue á mediano. No es este el lugar de precisar esta cuestión, sobre todo faltándome competencia para ello, pero sí el de notar que conviene ponerla en claro, plantearla tal como es.

También convendría explicar lo que valen las palabras «bajo la dirección de los Obispos» tratándose de la fundación de un partido político, ó mejor, de una agrupación de católicos en el campo de la política. La idea del Papa dista igualmente de las exageraciones que por una y otra parte se oyen en España. En otras naciones,

por ejemplo en Italia, el programa de León XIII se cumple á la letra y está dando resultados asombrosos sin que los Obispos sean caciques, ni los seglares se vean absorbidos por la autoridad episcopal.

Nosotros, los españoles, somos generalmente enemigos del término medio y casi siempre andamos por los extremos. Ante todo, pues, se necesita exponer lo que significa la forma en que el Papa quiere que nos unamos, iniciando una campaña enérgica y constante, hablando con toda claridad y evitando así que espíritus traviesos ofusquen las inteligencias, despierten las pasiones y hagan que la verdad no aparezca por ninguna parte.

2.º Para llevar á la práctica este programa, se empezará por formar centros de dirección, pues las ideas solas no bastan para mover con uniformidad las masas.

De lo dicho anteriormente se deduce que no entra en mi pensamiento agrupar las fuerzas católicas bajo la

dirección de ninguno de los políticos conocidos: es preciso prescindir de ellos si ellos no quieren retirarse y dejarnos en paz. Esto supuesto, procede constituir en Madrid una Junta permanente formada por personas que cuenten, más que con méritos políticos, con talento, actividad, ideas sanas y entusiasmo verdadero por el triunfo de nuestra causa.

Como es necesario que los individuos que formen esa Junta suprema puedan dedicar todo el tiempo y todas sus energías á la propaganda y á la dirección de las fuerzas católicas en el campo de la política, y como por otra parte no han de ser todos precisamente capitalistas, ni aunque lo fueran sería justo exigirles tanto trabajo sin retribución alguna, se les asignarán los honorarios que se crean equitativos.

Para cubrir estos y otros gastos de que luego haré mención, se abrirán suscripciones permanentes en todas partes haciendo que á todas partes

llegue la propaganda en favor de esta empresa colosal. Esa Junta estará formada por sacerdotes y seglares, escogiendo entre ellos á los que tengan costumbre de hablar en público y de escribir en periódicos y revistas.

En cada capital de Diócesis se constituirá otra Junta dependiente de la de Madrid y en las mismas circunstancias, y otra, dependiente de la diocesana, en cada villa, por poca que sea su importancia.

3.º Todas estas Juntas estarán en comunicación contínua y serán contínuos centros de propaganda: tendrán perfectamente deslindados y concretados los puntos del programa que defenderán y vulgarizarán contínuamente y con uniformidad, sin que obste el que fuera de esos puntos y fuera de la Junta cada cual discrepe de su compañero en materias opinables. Ese programa común estará redactado y firmado por todos los señores Obispos y todos los miembros de las Juntas lo harán suyo en su to-

talidad, aun cuando para ello tengan que hacer el pequeño sacrificio de prescindir, momentáneamente á lo menos, de algunas de sus ideas, no renunciar á ellas ó hacerlas traición, en la seguridad de que la causa de la verdad así lo exige y de que no se puede pedir todo de una vez.

4.° Antes de pasar más adelante, yo cuento por mucho con la eficacísima cooperación de los jóvenes salidos de las Academias mencionadas donde se hayan acostumbrado á hablar en público y á desenvolver sus ideas escribiendo en los periódicos. Estos jóvenes, patrocinados por las Juntas locales, saldrán por los pueblos á dar conferencias que puedan ser de utilidad práctica para el público que tengan, dedicando especial cuidado en exponer el programa político-católico en todas sus partes y haciendo ver cómo una política francamente católica tiene que ser eminentemente democrática y amiga y protectora de las clases menos favorecidas por la fortu-

na. En este género de propaganda, así como en la que se haga por medio de la prensa, es preciso no ser avaros, antes acudir á todas las necesidades.

5.º Bajo la inspección de la Junta de Madrid y patrocinado por ella, se fundará en la corte un gran diario dotado de todo lo necesario para llegar á ser un periódico popular. Las condiciones que debe reunir, así como todos los demás pormenores que en mi opinión deberán tenerse en cuenta, serán objeto de otro trabajo que, con la ayuda de Dios, pienso escribir y presentar al Congreso. (1) En las principales ciudades, muy especialmente en las capitales de Diócesis, se

---

(1) De todos los trabajos de la Diócesis de Oviedo que pasaron por manos de la Junta diocesana (unos 26) hicimos sendos resúmenes para mayor comodidad de los ponentes.

Hé aquí el del trabajo aludido en el texto:

Después de una breve introducción donde demuestra el autor la necesidad de que los católicos españoles tengamos un diario como los franceses tienen *La Croix* y los italianos *La Voce*, pasa á estudiar cómo podremos lle-

publicará otro diario por el estilo del de Madrid, identificado con él y también dotado de todas las exigencias de la época. Gente jóven, sin compromisos de partido, se encargará de redactarlos, teniendo al frente á quien con su experiencia pueda temperar la explicable y excesiva fogosidad de jóvenes entusiastas.

---

gar á conseguirlo, y propone los medios siguientes, someramente razonados:

I. El periódico tendrá que competir con otros muy arraigados y por tanto deberá salir desde el principio dotado de todas las condiciones que hicieron á aquéllos populares. Para ello se necesita en primer lugar mucho dinero que no será difícil conseguir, porque no será dinero perdido y la obra es de suma trascendencia.

II. Una vez hallado éste en abundancia, es preciso atender á todas las condiciones del periódico, aun á las más insignificantes al parecer. Y empezando por la parte *material*, para satisfacer todas las exigencias y dar gusto, en cuanto sea posible, á todas las aficiones, su tamaño será grande. El papel será bueno y la impresión clara. No basta superar á los demás en buenas ideas, sinó en todo.

III. Viniendo á la parte *formal*, conviene que el diario católico esté inspirado en un

6.° De entre éstos se escogen los que más se hayan distinguido en la tribuna y en el periódico, especialmente por su talento, laboriosidad y elocuencia, para presentarlos candidatos á la Diputación á Córtes, principalmente. Por las Juntas respectivas les serán facilitados todos los medios para que ellos mismos puedan presen-

criterio intransigente en las verdades definitivamente adquiridas, que expondrá con toda claridad; pero muy abierto en las cuestiones discutibles. Que ningún católico vea en él combatidas sus ideas particulares.

IV. El estilo de todos sus escritos sea cristiano, sin mogigatería; firme y claro sin imposiciones ni tratamientos depresivos.

V. Las secciones serán tan variadas como lo exija el interés público: un artículo de fondo breve y nutrido; una sección de «polémica al día,» donde se rectifiquen noticias, se aclaren ideas, etc.; algunos trabajitos cortos exponiendo los orígenes y desarrollo de las cosas de actualidad; una información completa, extranjera, nacional, política, social, científica, literaria, religiosa, etc., teniendo para ello corresponsales especiales en todas las partes del mundo; y, por fin, crónica de espectáculos, curiosidades y todo cuanto se crea que puede ser de algún interés para lectores españoles. Por eso no debe olvidarse el

tarse al pueblo en demanda del sufragio, debiendo procurarse que cuando llegue este caso ya sean conocidos en el distrito por sus conferencias como capaces de defender los derechos de sus electores y como dignos de que éstos depositen en ellos su confianza.

7.º Elegidos varios diputados católicos, no sin haber prometido ajus-

---

folletín: novelas escogidas, interesantes, del gusto del día, en cuanto sea posible.

VI. En cuanto á documentos oficiales, Encíclicas, Pastorales, etc., téngase presente el gusto del público y que un periódico como el proyectado no es un «Boletín eclesiástico.»

VII. El título no debe ir más allá que el periódico, sobre todo atendidas las mil preocupaciones que todos conocemos.

VIII. No discuta jamás con periódicos católicos, y si se ve atacado, cumpla las Reglas prácticas del Congreso de Zaragoza.

IX. Cada semana publique una hoja literaria donde colaboren los escritores más distinguidos y se den á conocer los jóvenes, pero sin admitir de todo, antes escogiendo con escrupulosidad.

X. La administración, tan descuidada por casi todas las publicaciones católicas, se montará con arreglo á todos los adelantos. En todos los pueblos habrá un corresponsal distinto del de la redacción, y á todas partes

tarse en todo al programa de los Obispos y haber obtenido de éstos su bendición, irán al Congreso, teniendo las reuniones previas que pidan las circunstancias, para proceder de acuerdo y ver quién ha de hablar y en qué sentido, para todo lo cual se entenderán con la Junta residente en Madrid. No es necesario ni conveniente nom-

se mandarán ejemplares en abundancia, aun cuando al principio se pierdan.

XI. Recomiéndenle los Obispos en sus Boletines, los Párrocos en sus Iglesias, los demás periódicos católicos en sus columnas. Sobre todo conviene que los sacerdotes se aficionen á él desde estudiantes, para lo cual en cada Seminario habrá algunos ejemplares que puedan ser leídos en horas de recreo. Así saldrán de las aulas con ideas claras, con amor al periódico y serán la palanca principal para llegar á la suspirada unión de los católicos.

XII. La redacción estará formada por gente jóven, independiente, que no haya figurado en ningún partido, para que el periódico inspire confianza á todos y nadie tema hallar en él exclusivismos incompatibles con sus particulares ideas. Algunas personas de experiencia y también independientes, dirigirán á los jóvenes redactores con sus consejos y sus observaciones.

brar jefe desde luego; reúnanse como amigos y compañeros al principio, que el que deba ser jefe ya se impondrá inconscientemente, sin que sea preciso extender ningún título oficial que pueda lastimar sentimientos, después de todo muy naturales.

8.º Para todo lo que se refiera al movimiento católico-político que se trata de iniciar (porque yo aun no lo tengo por iniciado) las Juntas, los diputados, todos, en una palabra, se servirán de los órganos de la agrupación á fin de dar así mayor interés y más grande impulso á la prensa propiamente católica. Y esto no sólo para publicar noticias sinó que conviene acudir á ella con trabajos más serios,

---

XIII. En cuanto al programa y los ideales del periódico, escritos están en los documentos pontificios y en las decisiones de los Congresos católicos. Permaneciendo fiel á ellos nadie podrá tacharle de peligroso.

El trabajo extractado fué el elegido por el ponente Sr. Berrueta, para deducir las conclusiones sobre este punto aprobadas por el Congreso.

de mayor transcendencia. Los diputados del Centro alemán no se desdeñan de ser corresponsales de los periódicos católicos en los que exponen las impresiones que reciben en la vida política: ¿por qué nuestros diputados no han de hacer lo mismo en nuestros periódicos? De ese modo se estrecharía más y más la unión, se daría gran empuje á nuestros diarios, se iría educando el pueblo y se multiplicarían nuestras victorias como se están multiplicando por medios semejantes en otras naciones donde la impiedad fanática tiene más hondas raíces que en España.

9.º Como no es mi ánimo proponer soluciones imposibles y demasiado radicales, creo que los periódicos católicos existentes (aunque harían una buena obra sacrificándose en aras de la causa altísima que defienden) pueden seguir sus tareas, pero con una condición que se cumplirá rigurosamente: no atacarán por ningún concepto, ni directa ni indirectamente,

nada de cuanto de algún modo se relacione con la agrupación de los católicos unidos. Si esa condición no se cumple en todas sus partes, antes de volver á las luchas infames que hoy nos dividen, los señores Obispos usarán con esos periódicos de las medidas más enérgicas. Un periódico que se apellide católico y pase por tal, sin decir ninguna herejía, sin estampar siquiera una proposición mal sonante para un oído ortodoxo, puede hacer (y la experiencia cuotidiana lo dice á todos) más daño á la unión deseada que un libelo declaradamente anticatólico. Y cuando el bien común peligra, la caridad se reviste con el ropaje austero de la intransigencia.

10.º Una vez unidas y organizadas de este modo nuestras fuerzas, con Juntas en todos los pueblos, con periódicos en Madrid y en las demás Diócesis, con numerosos Círculos ó Academias para la formación de futuros campeones, con repetidas conferencias de propaganda por todos los

pueblos, y con diputados (en mayor ó menor número, el caso es empezar) en el Parlamento, todos, pero en especial los diputados y los miembros de las Juntas, acudirán á los Congresos católicos á dar cuenta de sus trabajos y del resultado obtenido, á recibir la *orden del día*, á cambiar impresiones y á recobrar nuevas fuerzas para entablar de nuevo la lucha hasta llegar al triunfo apetecido, que seguramente no se hará esperar muchos años.

11.° Pero sobre todo y antes que nada dejémonos todos llevar de la mano por el único que tiene derecho á ello por ser el Representante de Cristo; ahoguemos las ambiciones y lancémonos todos al gran combate dispuestos á que la victoria sea para gloria de Dios, bien de la patria y felicidad temporal de nuestros hermanos. (1)

(4) Invitados los Obispos por el Congreso (véase el artículo siguiente), para formar la Unión, y aceptado el compromiso, después

Detenerme ahora á sacar conclusiones prácticas como fuera de desear, sería hacer este trabajo interminable, repitiendo casi todo lo dicho y casi en

---

de afirmar el repetido deseo del Papa, de que nos unamos al fin, y después de hacer constar que «los católicos han de unirse precisamente para la defensa de los intereses religiosos, *uniformando su acción bajo la dirección de sus Obispos*» y que «obedeciendo en esto como en todo al pensamiento expreso de Su Santidad, creen un deber de su ministerio docente el de afirmar que la Unión de los católicos, que los miembros del Congreso les han pedido que realicen, ha de efectuarse *dentro de la legalidad constituída y esgrimiendo cuantas armas lícitas* pone la misma en nuestras manos,» declaran:

«1.º Que los Obispos españoles, aceptando el ruego y voto de confianza del Congreso Católico, exhortamos á todos los católicos españoles á que, de conformidad con los deseos y consejos del Sumo Pontífice Romano, sacrifiquen por el momento en aras de la Religión y de la patria sus opiniones privadas y sus divisiones, para consagrarse principalmente á la defensa de los derechos de la Iglesia y de la sociedad, sumamente comprometidos en nuestros aciagos días, y realizar así la deseada Unión de los Católicos.

2.º No se trata de unión exclusivamente religiosa en la fe y en la doctrina, donde to-

la misma forma. Como la cuestión es eminentemente práctica, y yo me propuse resolverla de la manera más práctica que me fuera posible, todas las

---

dos estamos perfectamente unidos; sinó de la unión en el terreno político-religioso, donde se moderan las relaciones entre la Iglesia y el Estado, poderes harmónicos y respectivamente soberanos, hijos de la potestad de Dios.

3.° Tampoco es obligatoria esta unión en el campo meramente político, en el cual puede haber diferentes pareceres, tanto respecto del orígen inmediato del poder público civil, como del ejercicio del mismo, y de las diferentes formas externas de que se revista. Deben, sin embargo, subordinarse los ideales puramente políticos á la defensa de los intereses religiosos.

4.° Objeto y fin de la Unión de los Católicos es la reinvindicación de los derechos de la Religión y de la Iglesia, reclamados inútilmente hasta la fecha por los Obispos, y de cuantos reclamen en lo sucesivo de común acuerdo. De estas reclamaciones se formará un catálogo ó programa para dirección de los miembros de la Unión.

5.° Medios para conseguir este fin y destruír los errores político-religiosos que todos lamentamos serán los que la legalidad existente pone en nuestras manos, especialmente las elecciones para todos los mandatos y

conclusiones que yo pudiera deducir, expuestas quedan, y pienso que con bastante claridad y sencillez, en los diferentes números marginales. Lo

---

cargos públicos, la prensa periódica, el derecho de asociación, y el tomar parte activa en todos los actos, oficios y empleos de la vida pública, bajo la dirección del Episcopado.

6.º Los asociados se obligan: 1.º A apoyar eficazmente á los candidatos de la Unión en todas las elecciones. 2.º A defender los intereses de la Religión según el programa aprobado por el Episcopado. 3.º A no prestar apoyo directo ni indirecto á ningún candidato ni hombre político que no se comprometa solemnemente á la defensa de ese programa. 4.º A apartarse de la temeridad de quienes no solamente otorgan y niegan patentes de catolicismo, sinó que llegan en su osadía á estableeer límites á la potestad del Romano Pontífice y de los Obispos en las cuestiones político-religiosas, olvidando que están puestos por el Espíritu Santo no solamente para enseñar la verdad revelada, sinó también para gobernar y regir á los fieles en todo lo que concierne á su salvación eterna, á los intereses de la Iglesia y á sus relaciones con la sociedad civil. Sólo aceptando esta autoridad, que es base y forma de toda asociación, será la Unión de los Católicos fuerte y fecunda. El error capital del liberalismo consiste en sustituír el juicio privado

único que aquí me atrevo á deducir del anterior estudio, hecho sobre la realidad, es que las actuales fuerzas católicas de nuestra patria se parecen á un gran edificio que se cuartea y des-

---

á la autoridad de Dios y de la Iglesia docente.

7.º Los candidatos á las elecciones municipales, provinciales y de Cortes; los directores de la prensa, de círculos y de cualquiera otra manifestación pública de la vida política, que deseen pertenecer á esta Unión, deberán ponerlo en conocimiento de su Prelado, el que de acuerdo con sus hermanos les manifestará de quién han de recibir la dirección inmediata para unificar su acción en el Senado, en el Congreso, en la Diputación, en el Ayuntamiento, en el periódico y en cualquiera otro acto que interese directamente al fin de esta Unión.

8.º La Unión de los Católicos no se propone erigir, cambiar ni destruír instituciones ó gobiernos, sinó únicamente defender á la Iglesia, y purificar las leyes de los errores que las vicien.

9.º Esta unión se organizará por medio de una Junta Central y de Juntas provinciales ó diocesanas y locales, y con la fundación de uno ó más periódicos que sean eco de la misma.»

He copiado aquí estas Bases, no porque

morona: y para que un edificio así sea útil es preciso echarle al suelo, remover sus cimientos y levantarle otra vez sin que esto quiera decir que los materiales existentes no puedan ser parte importantísima de la fábrica que de nuevo se levanta.

Julio de 1899.

---

llegue mi vanidad hasta suponer que los Obispos hayan leído siquiera mi Memoria, sinó porque para un buen católico siempre es una gran satisfacción el ver que sus ideas son las ideas del Episcopado español.

VII

EL CONGRESO CATÓLICO DE BURGOS [1]

La atenta invitación que me han hecho los redactores de este periódico para que exponga á sus lectores las impresiones que traigo de Burgos sobre los resultados prácticos del Congreso, es para mí doblemente agradable: por venir de personas tan estimadas como los escritores de *El Carbayón* y por presentarme ocasión propicia para empezar á cumplir una promesa que ante los Obispos hicimos los

(1) Publicóse este trabajo en el periódico de Oviedo *El Carbayón*.

que habíamos presentado Memorias sobre el modo de realizar la unión sincera de los católicos españoles: la promesa formal de trabajar con todas nuestras fuerzas por defender y propagar esa unión tal y como los Prelados nos la aconsejasen. Y convencido yo, después de las nebulosidades tendidas sobre lo que pasó en este Congreso, de que la mejor apología que pudiera hacerse de esa unión consiste en relatar sencillamente como se fué desarrollando en Burgos, al cumplir con lo que se me pide, según lo permitan mis pocas fuerzas, cumplo la promesa empeñada tan solemnemente y en ocasión que jamás se borrará de mi memoria.

I

La circunstancia de haber sido este el primer Congreso Católico á que asistí no me permite apreciar si fué ó no más concurrido que los anteriormente celebrados en España, pero á juzgar por los amplios locales dispues-

tos al efecto y á lo llenos que estaban en todos los actos, creo poder afirmar que los congresistas asistieron en mayor número aun del que se esperaba. Y esto nada tiene de extraño, pues el Congreso iba á resolver de una vez para siempre la unión sincera de los católicos y el convencimiento de que eso iba á pasar, llevó á la gran ciudad castellana, no á todos los que de eso se interesan grandemente, que serían casi todos los españoles, sinó á cuantos pudieron tomarse tal molestia. No se anunció oficialmente y con ese único objeto el Congreso, pero en la conciencia de todos estaba, porque todos estamos ya cansados de vernos rodar de precipicio en precipicio guiados por gobernantes ineptos, mientras nosotros pasamos vergonzosamente el tiempo enredados en discusiones ridículas y perjudiciales.

Así es que aun cuando eran muchos, y por cierto muy interesantes, los puntos de estudio presentados por la Junta organizadora y que en Burgos

deberían ser dilucidados en las secciones respectivas por los congresistas que quisieran hablar con ese objeto, bien puede decirse que la atención de todo el mundo estaba fija en el punto primero de la sección segunda, donde se pedían medios y forma para resolver lo que á fuerza de sutilezas y de embrollos, debidos más á la ignorancia que á la mala fe, ha llegado á constituir la gran cuestión de la unión de los católicos españoles. No cabía duda: el objeto principal de este Congreso consistía en resolver esa cuestión, en desenmarañar la colosal urdimbre de preocupaciones en torno suyo tegidas, en hacer que todos nos entendiéramos en cosas que á todos nos interesan y en las que puede asegurarse que todos estamos conformes á pesar de que hacemos esfuerzos titánicos por que aparezca lo contrario (y desgraciadamente hemos llegado á conseguirlo á fuerza de trabajos incontables.)

El hecho de no reservar ese punto para un discurso simplemente donde

sólo aparecieran teorías, siquiera fueran más luminosas que el sol, pero que nada conseguirían, colocándole en cambio entre los de estudio de las secciones á donde todos podían acudir á prestar su apoyo y á esclarecer el problema, hacía ver á cuantos no desconocen su importancia, que los Obispos abrigaban los mismos deseos que nosotros, que estaban dispuestos á tratar con los fieles amigablemente esa cuestión vitalísima, á ponernos de acuerdo, y conseguir que en adelante nos mirásemos como hermanos los católicos españoles que por tantos años y con notoria injusticia nos hemos mirado como enemigos: no, nadie ponía en duda que la lucha fratricida, tan anticristiana como poco patriótica que todos lamentamos, debía recibir el golpe de muerte en esa sección segunda sobre cuyos trabajos tanto se ha fantaseado por los que ven con gusto y con provecho la división infame que aniquila para todo lo bueno nuestras fuerzas.

Y no era sólo aquí en España donde se abrigaban tan laudables deseos y donde se acariciaban tan halagüeñas esperanzas. En Roma, en la Sede de Pedro, donde debemos tener siempre la vista fija para impedir que nos arrastre al abismo la vorágine inmensa de las pasiones desatadas, existían idénticos deseos é iguales esperanzas. Nuestro Santísimo Padre, el bondadoso é infatigable León XIII, por medio del Emmo. Cardenal Rampolla, manifestó á nuestro Prelado en Agosto de 1897 su deseo de que en Burgos se redactaran las bases y programa que aseguraran la aceptación de la fórmula de unión que todos deseamos, y en una carta dirigida por una persona respetabilísima de la Ciudad Eterna á un distinguido miembro del Congreso Católico que tuvo la bondad de manifestarme su contenido, se decía lo siguiente: «Por aquí (por Roma) se tienen grandes esperanzas en los resultados prácticos del futuro Congreso, y creemos que en adelante se le

conocerá, con más razón que al de La Haya, con el nombre de Congreso de la Paz.»

Los resultados infructuosos de nuestras luchas, el incesante clamor del Episcopado, las consecuencias que de nuestro absurdo proceder se dedujeron y que todos estamos padeciendo, la anarquía doctrinal en materias político-religiosas que nos va envolviendo en tinieblas más oscuras que las de un abismo sin luz, y por fin, aunque esto debió haber sido lo primero, los paternales deseos del Santo Padre, tantas veces y con tanto amor manifestados en mil documentos inmortales, despertaron á los católicos y del fondo de sus almas siempre religiosas, aunque no siempre exentas de las preocupaciones en que todos hemos caído y que ya nadie niega, brotan gritos de ansiedad pidiendo la tregua de Dios en esta lucha imposible y para satisfacer esa ansiedad común acudieron á Burgos en número incontable y los que eso no pudieron, quedáronse en

sus casas pendientes de lo que allí se decidiera. En esas circunstancias y palpitando en todos el mismo deseo, el mismo anhelo por el triunfo de la Religión y de la justicia, los que no se pagan de la superficie, los que se fijan, más que en los encontrados pareceres, en la causa que los producía, vislumbraban el apetecido resultado que en efecto vino á llenar de consuelo al Papa y á los Obispos. Porque la unión de los católicos es ya un hecho y quien á ella *se oponga* podrá llamarse católico, pero no será de los católicos unidos bajo la dirección de los Prelados, según los deseos del Vicario de Cristo (1).

II

Por lo dicho se comprende fácil-

(1) Esa unión propuesta por los Obispos á petición de todos los socios, fué ridiculizada y combatida por los que más la pedían, oponiendo á ella *la verdadera unión*. Para ellos el honor que de ahí se deduce.

mente á donde acudirían en mayor número los congresistas, pues que de todos los puntos puestos á discusión uno principalmente robaba el interés general y era el fundamento de todo lo demás que el Congreso decidiera. —Para mayor claridad y en gracia á los lectores que no han presenciado ninguna de estas asambleas, bueno será hacer antes algunas aclaraciones.

El trabajo de los Congresos católicos en España se divide en tres partes principales: en sesiones públicas, en privadas generales y en privadas particulares.—En las primeras, que suelen ser presididas por el Prelado de mayor dignidad y más antiguo y á las que asisten todos los Obispos y todos los congresistas, se leen ó pronuncian varios discursos doctrinales y alocuciones, por los oradores que señala á su debido tiempo la Junta organizadora y se leen las adhesiones remitidas al Congreso.—En las sesiones privadas generales, á las que también asisten todos los inscritos, se aprueban

definitivamente las conclusiones votadas por cada sección y se toman los acuerdos que la Presidencia crea conveniente someter á la votación del Congreso.—Pero la parte más importante, más práctica y que más fecunda puede ser en resultados, está en las sesiones privadas particulares que son las celebradas por las secciones encargadas de discutir y votar las conclusiones que deben proponerse á la aprobación definitiva del Congreso. A las secciones pueden asistir todos los socios con el derecho de pedir la palabra cuando creyeran oportuno «modificar ó ampliar» los términos en que esté redactada una conclusión presentada por la Ponencia.

Cada una de estas secciones está presidida por un Prelado que tendrá á su lado los que designe el Presidente del Congreso. Para presidir la sección segunda, donde se discutirían *Asuntos de Propaganda*, fué designado nuestro Sr. Obispo quien tenía á derecha é izquierda otros seis Prelados.

Y como entre los *Asuntos de Propaganda* era el primero el que trataba de la unión de los católicos, á esta sección acudieron los socios en número tal, que siendo pequeño para contener tanta gente el salón de actos del Seminario, fué preciso habilitar la amplia Capilla que también resultaba bastante incapaz.

Abierta la sesión, el Sr. Presidente concedió la palabra al Sr. Fajarnés, que era el ponente del primer punto, el de la unión consabida.—El ponente tiene el encargo de estudiar todas las Memorias presentadas sobre el punto que la Junta organizadora le asignara y de extractar sus conclusiones para ponerlas á discusión, pudiendo leer la Memoria que crea más completa, como antecedente y explicación de las conclusiones que van á ser discutidas.

El sabio Rector de la Universidad de Zaragoza, dando una prueba más del acierto que había tenido la Junta al confiarle misión tan escabrosa y difícil, dijo sencillamente que eran

muchas las Memorias sobre ese punto importantísimo presentadas, que todas convenían en las líneas generales, y que por lo mismo no era imposible deducir sus conclusiones fundamentales. Pero con el objeto de que apareciese mayor sinceridad en la Ponencia y nadie creyese obra suya, sinó de los que sobre ese punto habían escrito, las conclusiones que presentara, el distinguido publicista pidió á la Presidencia permiso para reunirse con los autores de Memorias sobre aquel tema, que estuvieran en Burgos, con el objeto de formular de acuerdo con ellos las conclusiones que con tal ansia todo el mundo deseaba.

Accedió con gusto el Sr. Presidente y todos empezamos á vislumbrar excelentes resultados, pues el Sr. Fajarnés con ese acto de delicadeza acabó por hacerse simpático á todo el mundo.—Salió el ilustrado ponente y poco después, en una dependencia del Seminario, los autores de Memorias que se hallaban en el Congreso, entre los

cuales tuve la suerte de contarme, oíamosle hacernos un resúmen de cada una de las diez y siete Memorias presentadas.—De la veracidad de estos resúmenes que suponían un estudio detenidísimo de todos los trabajos, nos cercioramos muy pronto al notar nosotros cuán admirablemente interpretaba nuestros pensamientos. Además teníamos al lado todas las Memorias para aclarar, en caso de duda, los apuntes que nuestro ponente nos leía.

Por lo que pude observar, mis compañeros eran todos personas en toda España conocidas por su saber: recuerdo á los señores Arcipreste de la Catedral de Sigüenza; Lectorales de Valladolid y de Astorga; Rodríguez de Cepeda, Profesor de la Universidad de Valencia; Donadieu, de la de Barcelona; Rojas, Abogado de Madrid; Berrueta, director de *El Lábaro* de Salamanca y otros varios. Los ausentes eran también personas distinguidas y discretos escritores. El nú-

mero de Memorias y la calidad de los autores (exceptuando siempre al autor de estas líneas que estaba anonadado ante nombres de tanta ſama) hacían desde luego augurar que ſaltarían en los trabajos que se iban á examinar, lo mismo que en la conſerencia que comenzaba, esas vaguedades, esas medias tintas que nos separan en vez de unirnos.

Hecho el examen detenido de todas las Memorias y convencidos todos de que en eſecto todos conveníamos en los puntos fundamentales, siquiera en ciertos matices hubiera diversos pareceres, éstos ſueron desapareciendo, porque todos ansiaban poner en práctica un principio fundamental que todos deſendíamos en nuestros respectivos trabajos: la necesidad urgente, apremiante en que nos hallamos de sacar á flote lo sustancial en que todos convenimos, dejando la deſensa de lo accidental para cuando las probabilidades del triunſo se nos presenten más propicias.

El Sr. Lectoral de Valladolid, por ejemplo, se portó muy cristianamente, porque era quien más discrepaba en un punto siquiera fuese secundario, y, sin embargo, al ver que los demás no opinaban así, cedió, es decir, prometió firmarlo con nosotros y no combatirlo jamás, aun cuando seguiría con su opinión siempre respetable.

Tratábase de la fundación de un gran periódico independiente que él no creía necesario, contra la opinión de todos los que á ella se referían en sus trabajos: el venerable Capitular hizo más tarde público este sacrificio porque comprendía que era preciso predicar con el ejemplo; y porque cuantos conocen al Sr. Cuesta comprenderán que ese sacrificio, por venir de sacerdote tan ejemplar, es digno de imitación, por eso lo cito en estas columnas. La unión de los católicos ha empezado admirablemente—nos dijo el Sr. Fajarnés al despedirnos después de la última reunión que celebramos.

III

Estando, como estábamos los autores de Memorias, reunidos casi en familia y siendo como éramos españoles, es claro que no faltaron discusiones, pero ¡qué discusiones! Dignas, ciertamente, de personas tan respetables. Sosegada y pacíficamente se iban aquilatando las conclusiones, palabra por palabra; cada uno hacía las observaciones que tenía por conveniente y todas ellas concluían, juntamente con las respuestas que se daban, por aclarar y precisar más y más unos puntos que nosotros esperábamos ver disecados y examinados por todas sus partes en la sección. Por fin lo dimos á nuestros trabajos, conviniendo todos en que el dignísimo ponente leyera los puntos tal como están redactados en las conclusiones definitivamente aprobadas por el Congreso y alguna de ellas, la más fundamental, recibida con grandes aplausos: la que pedía que los Obispos hablasen.

No tengo á mano copia de esos puntos, pero en resúmen son los siguientes: 1.° Necesidad urgente de que los católicos españoles se unan para bien de la Religión y de la patria. 2.° Fervorosísima súplica al Episcopado español para que defina categóricamente la forma, medios, fines y modo de funcionar de esa unión que todos desean. 3.° Fundación de un gran periódico diario en Madrid y de otros en provincias, como órganos de la unión de los católicos. 4.° Formación de Juntas central, diocesanas y locales con programa definido y con facultades para dirigir las huestes unidas. 5.° Formación de Círculos de obreros, propagación de la catequesis y fundación de cátedras de Sociología en los Seminarios. 6.° Propaganda activa y constante, valiéndose del medio ordinario y legal de las elecciones para diputados y concejales (1).

(1) Estas conclusiones, debido al voto de

La sección segunda se veía cada vez más concurrida y el día en que se leyeron esas conclusiones el público llenaba por completo la capilla y se desparramaba por los claustros inmediatos. Abierta la sesión, el Sr. Presidente empezó ponderando la importancia del punto que se iba á discutir y de cuya solución dependía por completo el que el Congreso fuera un éxito feliz ó un fracaso lamentable. Recomendó á todos mucha calma, mucha serenidad y suplicó á los que tomaran la palabra que se ciñeran todo lo posible á las conclusiones que se iban á leer, procurando que hablara la razón y que no se tocaran las cuerdas del sentimiento.

Aun continuaban los aplausos á nuestro Sr. Obispo cuando se adelantó la venerable figura del sabio publicista

---

confianza dado á los Obispos, quedaron últimamente reducidas á pedir que hablara el Episcopado.

Están, sin embargo, comprendidas en las *Bases de la Unión*.

de Zaragoza. Leídas las conclusiones de que queda hecha mención, empezaron los discursos encaminados á «*combatirlas ó modificarlas.*» Para mayor precisión y claridad suplicó el señor Presidente que los oradores concretaran la conclusión ó conclusiones sobre las cuales iban á disertar, pero á pesar de todo los tales discursos no precisaban nada; consideraciones hermosas, anatemas muy justos, protestas muy laudables, cosas muy buenas, pero práctico, concreto, al caso... nada, menos que nada, pues sólo conseguían embrollar más y más lo que tan necesitado estaba de explicaciones sencillas y luz meridiana... Así es que la Presidencia, sin apurar todo el poder que le concedía el reglamento, antes dejando desahogarse á los oradores, pero con oportuna energía, retiró á varios la palabra porque «no bastaba decir cosas tan buenas y tan bien dichas como las que acabábamos de oir, sinó que era precisa la oportunidad,» decisiones que eran recibidas con grandes aplau-

sos por aquel público que llegara á Burgos hastiado de peroraciones estériles.

No todos los oradores estuvieron igualmente felices, pero es indudable que en todos se vislumbraba una buena fe á toda prueba y un verdadero deseo de que se enmendaran los desaguisados que llevamos perpetrados. Prejuicios, desconfianzas, intransigencia mal entendida, esas cosas sí se notaban á primera vista, pero en el fondo de todo ese estado morboso, latía algo más grande que por mala dirección lo producía: un anhelo vehementísimo de ver á la Religión triunfante, inspirando con su hálito vivificante nuestras leyes y nuestras costumbres.

Al escuchar á esos oradores, del alma del espectador se apoderaba una tristeza infinita considerando hasta donde podríamos haber llegado con tales energías, con tanto entusiasmo, con vitalidad tan grande, si una buena dirección hubiera aunado tantas voluntades y tantas fuerzas. Porque no

cabe dudarlo: aquel grupo de católicos era la representación exacta de los católicos españoles: nuestra fe, nuestro entusiasmo por el bien, juntamente con nuestras confusiones lamentables, estaban allí representados al vivo.

Cuando ya habían desfilado muchos oradores que contra su buena voluntad sólo conseguían hacer más densas las tinieblas, un rayo de luz vivísima hizo revivir en todos la esperanza de que al fin llegaríamos á entendernos. En el lugar de los que hablaban se destacó la figura seca y majestuosa del Sr. Cuesta, Lectoral de Valladolid. Empezó confesando que era autor de una de las Memorias sobre la Unión, que había asistido á las reuniones mencionadas y que hacía suyas las conclusiones que se discutían, aun cuando para ello hubiera tenido que sacrificar ideas particulares; porque hemos llegado al caso en que los sacrificios, siquiera sean temporales, se imponen. Esta noble manifestación fué recibida con desagrado por los que hacen de la

santa intransigencia lo que los liberales con la libertad, el Sr. Presidente agitó la campanilla y un joven sacerdote, que sentí no conocer, exclamó lleno de indignación:—«Ese que habla es el venerable Lectoral de Valladolid, hombre lleno de méritos y de años, y recibir de ese modo sus hermosas palabras es una infamia.»—El señor Presidente dijo que no permiritía que nadie interrumpiera al Sr. Cuesta que tan dignamente estaba hablando.—El elocuente Capitular, que con los brazos cruzados había presenciado la escena, impávido como los hombres grandes, como los verdaderos caracteres que saben el terreno que pisan y van en pos de la verdad, no del entusiasmo de las pasiones halagadas, continuó su discurso pausado, elocuente y sincero.

La hora de sacrificar lo pequeño—decía con voz persuasiva y majestuosa—para sacar á flote lo grande, ha llegado, y yo quiero hacer constar que estoy dispuesto á ese sacrificio, pe-

queño para los que tenemos fija principalmente la vista en el triunfo de la Cruz: cuantos me conocen saben cuáles son mis ideales, donde tengo puestas yo mis esperanzas, (el Sr. Cuesta se distinguió siempre por sus simpatías á un gran partido católico español): pues bien, desde hoy me siento otro hombre, sin abdicar de mis ideas anteriores que encerraré hasta que llegue la hora de sacarlas, aquí, en lo más hondo de mi corazón, y desde hoy no veré en los individuos de otros partidos no liberales, más que católicos, como quiero que todos sólo al católico vean en mí en adelante. Prometo trabajar como católico por el triunfo de nuestra Iglesia, unido á todos los que tengan iguales aspiraciones, pertenezcan al partido que quieran, y autorizo á todos los presentes para que si me ven obrar, mientras sigamos en las mismas circunstancias, de modo distinto del que aquí prometo, me llamen en todas partes traidor, calificativo que más odia mi alma después del de

pecador.»—Una prolongada y numerosa salva de aplausos demostró el gusto con que por fin se había oído la sincera voz de una razón católica, haciéndonos escuchar los conceptos aquí tan pobremente relatados como expuestos allí con elocuencia sencilla á la par que arrebatadora.

¡Gracias á Dios—decían todos—que apareció el intransigente que deseábamos, intransigente con la racional intransigencia que nos aconseja el único que en esta materia puede darnos lecciones: el Papa!

IV

Los discursos más ó menos fogosos, pero siempre aéreos y nada circunscriptos á los puntos que debían discutirse, continuaron, y continuó la Presidencia manifestando sus deseos de que los oradores se ciñeran y concretaran y quitando la palabra, entre grandes aplausos del numeroso público, á los divagadores que, con la me-

jor buena fe y con un entusiasmo admirable, nos hacían perder un tiempo hermoso. En vista de esto, pidió la pa labra nuestro ilustre paisano el señor Obispo de Jaén, y con gran energía increpó á los oradores que iban allí á contarnos sus ideas sobre puntos que no interesaban en el momento y sin que *hubiera aparecido el primero que se ciñera á combatir ó modificar ó ampliar* las conclusiones de la Ponencia: á pesar de su claridad y sencillez ¡cualquiera diría que nadie las había entendido! Fueron muy aplaudidas las enérgicas palabras del jóven Obispo, lo mismo que las de nuestro Lectoral que poco después habló con el mismo fin; pero ¡ay! los discursos incoherentes y entusiastas, pero inofensivos para nuestras conclusiones, continuaron en las mismas circunstancias. Allí no se notaba disparidad doctrinal ninguna, sólo se veían entusiasmos, confusiones.... desconfianzas sembradas por la pasión y la ignorancia... En vista de esto, y con una oportunidad nunca bien ala-

bada, se levantó á hablar el Sr. Castellote, Obispo de Menorca. Su discurso, á pesar de ser muy breve, fué sin duda el más notable de cuantos durante el Congreso se pronunciaron. Cuando se asiste á reuniones de este género—empezó diciendo con serenidad de apóstol y elocuencia de tribuno—no es preciso estar dotado de oído muy delicado para percibir rumores de desconfianza y de recelo... Creeis tal vez que los Obispos quieren mandaros que hagais traición á vuestras convinciones y que maldigais en adelante lo que hasta ahora fué para vosotros objeto de religioso culto y no es así, y os engaña quien os haga creer tamaño absurdo.

Recuerdo, á este propósito, un episodio notable de la brillante historia del Centro alemán. Tratábase de implantar el septenado militar, en lo cual tenía Bismarck grande empeño, negándose los diputados católicos á dar su voto favorable y decisivo.—El Papa, como está más alto y descubre por

ello mayores horizontes, creyó que el Centro debía ceder y con ese objeto envió instrucciones á su representante. Poco después el invicto é infatigable caudillo de los católicos alemanes presidía en Colonia una reunión celebrada por los diputados que le seguían. —El incomparable Windthorst habló de esta manera: «Vosotros sois los grandes defensores de la causa santísima de Cristo por quien sufrísteis mil veces, con resignación heróica, en martirios incruentos luchando por la independencia de su Iglesia santa.—El Jefe de esa misma Iglesia en cuyo favor combatimos; el Representante de Cristo en defensa de cuyo honor luchamos, nos habla y nos pide que hagamos un sacrificio más, seguros de que no será infructuoso.—*No se os pide, no, que arrieis vuestra bandera, sinó que la pleguemos momentáneamente en bien de la causa altísima que defendemos.* Vosotros que estais dispuestos á derramar vuestra sangre generosa por el Papa, ¿os negareis á concederle

el sacrificio que en favor de nuestra sacrosanta Religión se os pide?» La voz y los deseos del Papa fueron escuchados y poco después aquellos grandes caracteres presenciaron la conclusión del Kulturkampf y el paso del Canciller de hierro por Canosa. ¡Que no en vano se obedece al Vicario de Cristo! —Algo semejante se os pide á vosotros, católicos españoles: NO PIDE, NO, EL PAPA, QUE ARRIEIS VUESTRA BANDERA, *que no se arrían las banderas clavadas por Hernán Cortés y por Churruca en el palo mayor de nuestros barcos*, SÓLO *se os pide* QUE PLEGUEIS MOMENTÁNEAMENTE *esa bandera para que sólo se descubra la Cruz que la corona, cuyo triunfo, en primer lugar, debemos buscar todos, y conseguido ese triunfo, ya llegará el tiempo de desplegar al viento nuestros estandartes...!*

La inmensa ovación tributada á estas ideas (1) demostró una vez más

(1) Como me veo precisado á hacer uso de mi flaca memoria para estos apuntes, sólo

que vivimos en tinieblas y que ansiamos la luz, el entendernos.

Pero, á pesar de todo, los oradores siguientes no nos hacían adelantar un paso: el tiempo pasaba y ni el ponente ni ninguno de los que con él redactáramos las conclusiones, tuvo que defenderlas del ataque más insignificante.—Allí no se combatían esas conclusiones, ni se combatía nada concreto: la costumbre de mirar á todo el mundo con recelo y desconfianza, por temor «al contagio,» hacía que aquellos pobres entusiastas manotearan á diestro y siniestro para no verse abrazados al liberalismo que ven en todas partes... Y ya se sabe lo que es defenderse á ciegas y á manotada limpia, y cuán fácil es entonces que la mano vaya á dar á donde menos falta hacía...

En fin: aquello era un Parlamento

---

respondo de las ideas, no de la fidelidad de las palabras.

Si hay alguna expresión menos propia la culpa es mía, no del insigne orador.

español, gracias á los que más abominan del parlamentarismo; el tiempo reglamentario había concluído y la paciencia de la inmensa mayoría de los presentes también: entonces el Presidente da por terminada la discusión (?) y hace un pequeño resúmen explicando en qué consiste la zarandeada unión que los Prelados desean, cómo *no piden á nadie que haga traición á sus ideas, sinó que prescinda de ciertas divisiones para unirse con los verdaderamente católicos y luchar unidos en defensa de la Iglesia.*—Expuso á grandes rasgos lo que luego se dijo en las *Bases de la Unión* y aludió á la hermosa alegoría del Sr. Castellote respecto á *plegar la bandera simplemente, sin necesidad de arriarla...* Entonces se vió claro y el asombro se dibujaba en muchas caras cuando vieron muchos que estaban embaucados miserablemente.

Aplausos estrepitosos coronaban todos los párrafos, y voces de «eso es, eso es: eso ya es otra cosa,» salían de

todos los lados del amplio recinto. El velo que cubría los manejos de la ignorancia ó de la mala fe y no dejaba ver las concupiscencias inspiradoras de embrollos lamentables, se había corrido á la vista de los católicos y éstos no acababan de salir de su asombro.

Y hechas tan luminosas explicaciones que á los ojos atónitos de los espectadores abrieron horizontes nuevos y dilatados, el orador preguntó si se tenía confianza en el Episcopado español para dirigir á los católicos por el verdadero camino, á lo que se contestó con grandes voces: «*Sí, sí: ¡viva el Episcopado español!*» Nuestro señor Obispo continuó: ¿Teneis confianza absoluta, no en mí, que nada valgo, que nada significo, sinó en mis compañeros todos que de común acuerdo os hablen? (Nuevos aplausos y voces incontables que decían: «*Sí, sí: confianza absoluta.*») ¿Creeis que el Episcopado español en masa os pueda engañar; creeis posible que Dios aban-

done de tal modo á los Obispos españoles que os conduzcan, si de ellos os dejais llevar, por caminos extraviados? *(No, no: ¡viva el Episcopado español!* —Grandes aplausos.)

Hoy podemos dar una alegría inmensa al Episcopado, podemos llevar un rayo de consuelo á nuestro Padre común que, prisionero en el Vaticano, vive con su corazón desgarrado al presenciar nuestras discordias: ¿quereis que pongamos al gran León XIII un telegrama haciéndole saber que los católicos reunidos en esta gran ciudad se ponen en manos del Episcopado para que los lleve por los senderos que Él les traza? *(Sí, sí, ahora mismo. ¡Viva el Papa Rey! ¡Viva el Episcopado español! ¡Viva nuestro Presidente!)* Pues si es así, y no podía yo esperar otra cosa, haced más patentes vuestros votos: los que estén conformes con lo que os propongo, que se pongan en pié.—La inmensa muchedumbre se levantó como un solo hombre y durante mucho tiempo los aplausos ape-

nas dejaban percibir los *¡vivas!* al Papa, al Episcopado, al P. Vigil y á la unión de los católicos.

Renacida la calma, uno de los oradores que más se había distinguido por sus vaguedades, de pié en la Presidencia, dió un triple *¡bravo!* que hizo volver á los *¡vivas!* y á los aplausos atronadores.—Nuestro Sr. Obispo dió las gracias á todos en nombre del Episcopado y concluyó con un *¡viva!* á la unión de los católicos que fué repetido y contestado con otros al Presidente, y, finalmente, pidió perdón á todos, protestando que su impericia, no una mala voluntad que no existía, pudo ser causa de las faltas que al cumplir su difícil cargo hubiera cometido. A lo cual contestaron todos con grandes voces: *No, no. ¡Viva el P. Vigil! ¡Viva nuestro Presidente!* (1)

(1) Para que se comprenda mejor el entusiasmo que describo á grandes rasgos, bueno será advertir que los oradores cuando más estrepitosamente eran aplaudidos, lo mismo en las sesiones públicas que en las secciones

V

Concluída, del modo que queda dicho, la famosa sesión, salimos todos con el corazón abierto á la esperanza y de todos los labios brotaban frases que indicaban la satisfacción inmensa con que se veía algo práctico, allí donde los pesimistas voluntarios sólo habían vislumbrado perspectivas de confusión y de tinieblas. Inmediatamente, y á petición de mis distinguidos compañeros, los demás autores de Memorias, nos presentó el señor

era cuando pedían que los Obispos «deslindaran los campos,» que hablaran claro, en una palabra.—Bien puede decirse que todos, todos los congresistas deseaban oir la voz de los Prelados.—Eso pidió Brañas en párrafos por cierto muy brillantes, y como esa petición siempre era aplaudida, á ella se agarraban, para concluir tal cual, los muchos oradores que nos aburrieron. Por eso fué tan aplaudido el compromiso que echaba sobre sí nuestro Sr. Obispo: por eso fué recibida con tal entusiasmo la promesa de que el Episcopado hablaría.—Los restantes católicos españoles que aun tenían dudas, manifestaban, á quien quisiera oirles, iguales

Fajarnés á los Obispos que asistían á la sección segunda y ante ellos afirmamos que obra común de todos eran las conclusiones presentadas (como había dicho nuestro ponente) y que desde luego acatábamos la forma que los Prelados dieran á la Unión, comprometiéndonos á defenderla con todas nuestras fuerzas. De labios de aquellos venerables Obispos oímos frases de esas que levantan el alma y multiplican las energías, así como la afirmación de que en nuestras reuniones para redactar las conclusiones estaba el germen de la Unión apetecida. Minutos después me dirigía al telégrafo con el siguiente telegrama que habrá sonado en la augusta morada

---

deseos: de todas partes se pedía que hablaran los Pastores: hablaron por fin. Aparte de otras razones, sólo por ese deseo tan claramente manifestado, todos estamos en el deber de acatar la respuesta que nos dieron. —No podía ésta darnos gusto á todos; pero ¿acaso preguntábamos sólo para que nos dieran gusto? Como quiera que sea, y á petición nuestra, *causa finita est*.

del prisionero del Vaticano como nota dulcísima y agradable arrancada por las brisas mensajeras de la paz:

«Roma. — Cardenal Rampolla.— Sección segunda del Congreso de Burgos, que es numerosísima, aclamó unánime la Unión de los católicos con la forma dada por los Obispos y bajo su dirección.—Acordó además telegrafiar y pedir bendición Apostólica. —*Obispo de Oviedo*, *Presidente.*»

En la sesión de clausura, cuando se leyeron las conclusiones todas, después de la que pide al Episcopado que hable, añadió el Secretario que tenía encargo de advertir que los señores Obispos, accediendo gustosos á los deseos del Congreso, estaban redactando las *Bases de la Unión* que se publicarían muy pronto; advertencia que fué recibida con grandes aplausos.

Y en efecto, las *Bases* prometidas ya se han publicado, y yo no creo que haya ningún católico, pertenezca al partido que quiera y tenga las ideas que más le plazca, que no pueda fir-

marlas sin que aparezcan por ninguna parte esas traiciones, esas apostasías que tanto llenan la boca.

Aparte de que las «traiciones y apostasías» que se cometan por seguir á los Obispos y obedecer al Papa, serán tales para quienes, por encima de la obediencia á los Representantes de Cristo, quieran hacer valer otra obediencia; no para quienes, á Dios gracias, no admitimos, en cuanto con la Religión se relacione, más Jefes que á los Obispos y más Director que al Papa.

Tal vez se tache de largo este trabajo mío, pero yo creí conveniente darle esa extensión porque simplemente mis impresiones no serían de ninguna utilidad al lector y en cambio creo que el relato, un poco detallado, de lo que pasó en Burgos le será (aunque tan pobremente hecho) más útil y agradable.

Ahora, si álguien tiene interés en conocer mis impresiones y cree que al no decirlas es que quiero marcharme

por la tangente, le diré que en mi opinión los Prelados españoles han dado una prueba más de su prudencia y sabiduría, demostrando un conocimiento admirable de nuestro modo de ser y de nuestras necesidades, así como de las *verdaderas* necesidades de la Iglesia.—Los individuos de una sociedad tienen obligación de coadyuvar al conseguimiento de los fines de esa sociedad: los tales fines deben ser concretados por los superiores, así como los medios de que es preciso valerse para conseguirlos: los católicos estamos obligados á trabajar por el conseguimiento de los fines á que la Iglesia tiende: esos fines y los medios para llegar á ellos han sido detallados por los únicos que en esa materia tienen autoridad; todo lo que sea venir ahora con sutilezas, entre líneas, distinciones y escapes, está calificado por los Prelados en el Mensaje que han dirigido al Papa. (1)

(1) Dicen en ese documento «que el Ro-

¿Pero se conseguirá algo? Estamos, como dicen las *Bases*, en un período de reconquista religiosa y ya sabemos que reconquistar es más difícil que conservar. Yo abrigo esperanzas muy grandes, más para realizarlas se necesitan dos cosas: constancia arriba y abnegación, obediencia abajo. No dudo de lo primero: el Episcopado español ha dado un paso que no le permite, no ya volver atrás, que eso no lo hacen nuestros Obispos, pero ni detenerse en la marcha emprendida.— Es preciso hacer que no caigan en el vacío las conclusiones aprobadas, las *Bases de la Unión* dictadas á los ca-

---

mano Pontífice y los Obispos no solamente han recibido el poder de enseñar, *sinó también el de regir con Autoridad:* que todos los que resistan á esa Autoridad, *resisten á las órdenes de Dios y* NO MERECEN SER CONTADOS ENTRE LOS DEFENSORES DE LA IGLESIA, *ya que con su desobediencia hacen causa común con los enemigos de ella.*»—Digno comentario á estas palabras serían los artículos publicados en ciertos periódicos *católicos*, respecto al Congreso de Burgos.

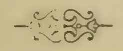
tólicos, los proyectos que, pese á todos los pesimismos, dejan entrever victorias importantes en días no remotos; pero nuestros Obispos, como siempre, cumplirán con su deber, agruparán sus huestes, constituirán Juntas, obrarán con energía, no cejarán en la empresa iniciada.

La fundación de un gran periódico católico *independiente* en Madrid, cuya aparición tanto deseamos, es ya un gran principio de la colosal empresa; un periódico dotado de todos los adelantos, que aune voluntades católicas en vez de separarlas, que aproxime almas nobilísimas que viven separadas cuando nacieron para vivir unidas, es una necesidad evidente que los Obispos no podían descuidar. No se trata de un periódico más, sinó de un periódico católico á secas, sin apellidos ni motes.—Tampoco pongo en duda la disciplina de los católicos españoles: hace mucho tiempo que íbamos trampeando tal cual por aquello de que las voces que se oían eran voces, sí,

del Episcopado, pero aisladas; y todos deseábamos que hablasen todos los Obispos á la vez, y así se les pidió en Burgos: y los Obispos hablaron acordemente y con claridad meridiana.

La confusión continuará aún por algún tiempo, pero al fin las nieblas se irán disipando, las únicas ideas salvadoras irán tomando cuerpo, desaparecerán las penumbras que nos confunden y como consecuencia de todo eso se despejará el horizonte y los hijos de la Cruz se hallarán en campo abierto con los hijos de rebelión y el Congreso de Burgos pasará á la historia como autor glorioso de la *Unión sincera de los católicos españoles.*

19-22 Septiembre 1899.





VIII

LOS CÍRCULOS CATÓLICOS DE OBREROS

La tendencia de la Iglesia católica á explotar la sencillez de los hijos del trabajo, es uno de tantos absurdos que, á ſuerza de ser repetidos, son tenidos por muchos como verdades inconcusas; y sin embargo, pocas afirmaciones habrá tan destituídas de ſundamento.

No es necesario acudir á la Historia eclesiástica para convencerse de que la Iglesia luchó siempre con tena-

cidad invencible por la emancipación del obrero, por defender la igualdad de derechos entre todos los hombres como tales, por cobijar bajo su manto protector á los desheredados de la fortuna.

Basta fijarse en sus trabajos actuales en bien de los obreros, para convencerse de que éstos no hallan en el mundo protector más decidido que nuestra Iglesia, fundada por un Dios obrero y regida generalmente por hijos de obreros.

Basta conocer lo que son esos Círculos católicos, hoy afortunadamente tan extendidos, para ver las tendencias de nuestra Iglesia.

El infatigable León XIII no cesa en su empeño de que esas Sociedades obreras se multipliquen y los sacerdotes y los patronos católicos demuestran con los hechos lo identificados que se hallan con los levantados deseos del glorioso Pontífice; y si los pobres obreros reflexionaran un poco sobre las grandes ventajas que esas Ins-

tituciones pueden proporcionarles y en los trabajos que por ellos se toman sus patronos y sus Párrocos, seguramente no se dejarían arrastrar tan fácilmente por esa nube de farsantes que los engañan y viven á sus expensas.

Los Círculos católicos son utilísimos para los obreros que hallan allí gratuítamente una instrucción acomodada á su posición y se educan con el roce de personas cuyo trato nos eleva; aprenden sus deberes como ciudadanos y como cristianos y se convencen de que el trabajo es necesario, de que no envilece, de que es preciso conformarse con el papel que á Dios plugo señalarnos en el mundo, para ser felices aquí y después de la muerte. No hallareis entre los socios de un Círculo católico esas fieras, que no hombres, reñidas con la sociedad, entregadas á la desesperación, de cuya boca sólo brotan imprecaciones groseras, cuyas obras degradan la noble investidura del obrero.

El orden social y la Religión tienen su mayor enemigo en la ignorancia; de ella se valen los embaucadores para echar por tierra la Religión y la sociedad. Por eso en los Círculos de obreros católicos hallareis individuos que tienen que realizar trabajos colosales para atender á sus necesidades y á las de sus ſamilias, pero veréislos resignados con su suerte, sin ser elementos de desorden y de anarquía. ¿Sabeis por qué? Pues porque conocen sus deberes y las enseñanzas de la Iglesia, y son ſelices en medio de sus ſaenas incesantes.

Esos Círculos son también de innegable utilidad para la sociedad que tiene su mayor peligro en la desesperación de sus individuos, en su falta de conformidad con el papel que les toca desempeñar. Si imaginamos obreros sin Religión, olvidados de que tenemos un alma que salvar, convencidos de que, como las bestias, no tenemos derecho á más ſelicidad que á la de esta vida, no es posible

que podais imaginar una sociedad formada por esos individuos.

El mundo sería una guarida de fieras, no un conjunto de seres dotados de razón y de conciencia. En esos Círculos los obreros aprenden lo que es preciso saber para ser buen ciudadano, aprenden á respetar á sus semejantes, sean quienes fueren, á vivir honradamente, á no frecuentar esas sentinas del vicio, semillero de crímenes, que se llaman tabernas, á no despreciar á los ricos, á no blasfemar el nombre santo de Dios.

Con eso la sociedad es lo que debe ser, sin ello la sociedad humana es imposible. La sociedad no es más que un conjunto de familias, y según sean éstas, así será la sociedad: para demostrar, pues, las ventajas que á ésta reportan los Círculos de obreros, basta fijarse en la diferencia que hay entre la familia de un socio de esos Círculos y la de quien pasa el tiempo que le deja libre el trabajo, en una taberna ó con malos compañeros.

Otra ventaja tienen estos Centros, y es la de preparar á los obreros con cierta instrucción que allí reciben á no dejarse llevar del primero que llega.

Hay muchos holgazanes que, sin estudios de ningún género, se dedican á predicar entre los obreros doctrinas disolventes, por serles más cómodo vivir así, que sacando carbón de una mina, ó fundiendo hierro en una fábrica.

Etos falsos apóstoles arrastran con sus arengas altisonantes y hueras á los pobres obreros y los conducen á las más grandes aberraciones cuando tropiezan con infelices que carecen de suficiente instrucción para conocer sus sofismas. Pero es seguro que no pasa lo mismo con los que en los Círculos católicos aprenden sus deberes y sus derechos. Si todos los obreros estuviesen afiliados á esos Centros, seguramente que la cuestión social no existiría.

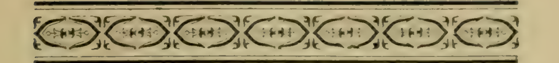
Los lectores pueden por sí mismos

convencerse de las utilidades que esos Círculos reportan.

¡Ojalá se convenzan todos de la verdad de estas afirmaciones y se multipliquen esas Instituciones de las que tanto puede esperar la sociedad!

¡Ojalá se decidan de una vez á sacudir el letargo que los enerva cuantos con su iniciativa y autoridad pueden hacer que en cada pueblo se forme un Círculo «donde los jóvenes de buena voluntad—como me decía en una carta preciosa un ilustre Prelado español—fuesen creando núcleos de asociación católica, que fueran como el campo de ensayo para más amplias agrupaciones destinadas á servir de base á la unión de los católicos españoles!»

Cuantos ansían que comience entre nosotros una verdadera acción católica, por ahí deben comenzar dando ejemplo á los demás.



IX

LAS SOCIEDADES CATÓLICAS DE JÓVENES [1]

PREOCUPACIÓN constante de cuantos piensan algo en las cuestiones que atañen al bien social es, sin duda, el problema del porvenir

---

(1) Muchas de las ideas aquí expuestas están tomadas á la letra de un discursito que leí hace pocos años en la inauguración de una de estas Sociedades y que se imprimió en un folleto por acuerdo unánime de la Junta directiva.

No lo publico tal como fué leído y después

de nuestros semejantes. De todos los ámbitos del mundo sabio, de los gabinetes de cuantos hombres discurren con serenidad, brota una pregunta llena de amargura y pesimismo: ¿cómo serán las generaciones que nos sucedan en el gobierno del mundo? ¡La generación del porvenir! Es esta una cuestión interesante como pocas para cuantos tengan en algo el bienestar de sus hijos y la civilización gloriosa que nos trajo el Cristianismo. Leibnitz nos ha dejado la clave para resolver esta cuestión: lo presente—dice el gran filósofo—es hijo de lo pasado y padre de lo porvenir; y es una gran verdad. La decadencia en la Religión, en la Ciencia, en las costumbres, que notamos en muchas épocas á través de los siglos, no debe ser atribuída solamente á la sociedad decaída, sinó en gran parte á la que la precediera,

impreso, porque en él me acredité de profeta detestable; aunque mi fracaso es una razón más de la verdad de cuanto digo en este librejo...

á sus padres. Del mismo modo, las glorias de un siglo no son debidas exclusivamente al siglo en que aparecen, sinó también á las generaciones precedentes. La grande España del siglo XVI reconoce como autores de s u grandeza á los gloriosos gigantes del siglo XV; y la pobre, la empequeñecida España del siglo XIX, al explicar su decadencia, vuelve con tristeza los ojos á las ruindades y pequeñeces del siglo pasado, siglo grande únicamente en presunción é inmoralidad. ¿Queremos saber cómo será nuestra sociedad mañana? Veamos cómo educamos hoy á nuestra juventud.

Hagamos de nuestros jóvenes, caracteres estrechos, criterios cerrados, pedantuelos sin Religión y sin Ciencia, y al tender la vista por ese siglo XX, que debe ser el siglo de nuestras esperanzas, sólo descubriremos horizontes ennegrecidos, presagio de inminente tempestad. Pero si hacemos de nuestros jóvenes cristianos completos, cristianos en el verdadero sentido de

la palabra, no como la entiende el vulgo, que esto sería muy poco, sinó como la conciben los hombres pensadores; cristianos que crean en Cristo y en sus propias energías, que oren y que trabajen, que apliquen las sublimes enseñanzas del Evangelio á los actos todos de la vida, ¡ah! entonces aun podremos acariciar la esperanza de que se levantará como Lázaro esta sociedad decrépita, decadente, paganizada, por cuyas venas no corre sangre, cuyos instintos nada tienen de noble y levantado.

Nuestra juventud está enferma, no cabe dudarlo. Julio Lemaitre, presidiendo un acto público de la Asociación de estudiantes de París, les decía que hoy se toma el pulso á menudo á los jóvenes, y Saint Aulaire nos presenta los padecimientos actuales de la parte más hermosa del género humano, en una página brillante que podemos leer con tristeza, pero cuya exactitud no podemos poner en duda. «Los jóvenes del día—dice el ilustre escri-

tor (1)—no aman nada, no creen nada, no respetan nada, no sienten gusto por nada, ni entusiasmo por cosa alguna, ni aun por el placer...! Viven insensibles á los amores, á los odios, á las admiraciones, á los entusiasmos que nos hacían palpitar y enloquecer en otros tiempos... Sin ideal de ningún género, sin fin determinado, sin orientación, reconciliados con todo, indiferentes á todo, allá van bostezando su vida lánguida...!»

El cuadro, como veis, es de un pesimismo desesperante, pero tiene mucho de exacto, sobre todo aplicado á nuestra España: no lo podemos negar. Y siendo esto así, de nuestros labios brota una pregunta llena de ansiedad: ¿Y estos jóvenes sin ideal, sin orientación, sin entusiasmos, sin amor á las cosas grandes, regirán mañana los destinos de nuestra patria? ¿No es una obra altamente humanitaria, esencial-

(1) *Lettres de vieillards.*—Véase *La Quinzaine.* Tomo XIX, pág. 419.

mente patriótica, ver de cambiar el rumbo de nuestra juventud, dirigirla por el camino de los grandes ideales? —Sí, la juventud está enferma y es necesario sanarla á todo trance, si no queremos que en nuestros oídos zumben los nombres fatídicos de Babilonia y de Nínive, de Roma y de Bizancio. Pero ante todo es necesario hacer el diagnóstico de esa enfermedad y yo no dudo en afirmar que la enfermedad de nuestra juventud consiste en su falta de ideas religiosas.—En nuestro sistema de enseñanza se están cometiendo errores gravísimos que la Historia maldecirá á su tiempo. La educación del hombre debe ser completa, debe abarcar todos los extremos de que el hombre ha de usar para vivir. Es un error creer que al joven le basta conocer aquellas cosas que inmediatamente están relacionadas con la carrera á que piensa dedicarse. Un abogado debe conocer el Derecho, un médico la Medicina, un sacerdote la Teología; pero ni el sacerdote ha de

estar siempre predicando la Doctrina Cristiana, ni el abogado defendiendo pleitos, ni el médico curando enfermos; todos ellos tienen otros deberes, para el cumplimiento de los cuales ni el sacerdote podrá echar mano de su Teología, ni el abogado de sus Leyes, ni el médico de su Medicina. De consiguiente, no puede ser perfecta la educación de un joven si ésta se reduce solamente á un aspecto de su vida.

Un abogado, un médico, un ingeniero, además de ser eso, son hombres y, por tanto, deben conocer las cosas que al hombre como tal son necesarias, y entre esas cosas que todo hombre debe conocer, ocupan el primer lugar sus deberes para con Dios. Es ridículo, é indica más fanatismo que talento, admitir los principios y negar las consecuencias. Ó se niega á Dios, y entonces no tienen significación las palabras ideal, grandeza, moralidad, ó se abren los ojos á la evidencia y se reconoce que existe un Ser Supremo, y

por tanto una Religión con arreglo á cuyas doctrinas debemos vivir todos, todos los hombres, puesto que todos somos iguales delante de Dios. Decir que los abogados, que los ingenieros, no necesitan conocer la Religión, es excluirlos de la categoría de hombres. Y sin embargo, eso se hizo.

Lanzóse la Religión de los centros de enseñanza, desterróse de sus aulas, casi por completo, el estudio de una filosofía sin preocupaciones, y nuestros jóvenes, dedicados al estudio de cosas bien humanas, abandonados á sí mismos, aguijoneados por los malos ejemplos, sienten helarse sus almas, apagarse su fe como la luz de una lámpara sin combustible; y desde entonces salen de nuestras Universidades con cuantos conocimientos se quieran, en las materias que estudiaron; pero bien sabemos que el estudio de los Códigos, de la Medicina, etc., será lo bastante para ganar el sustento, pero no hace al hombre completo.

Precisamente ahí está el punto de

partida: nuestros jóvenes estudian lo preciso para tener una carrera, para ganarse el pan honradamente. El blanco de todas sus aspiraciones es el pan de cada día, el título académico: no hay otro fin más allá. ¡Patria, Religión, Ciencia... son para ellos figuras retóricas! ¡Son incompatibles el egoísmo y los grandes ideales; por eso carece de ideales una juventud educada á medias, sin el espíritu religioso, manantial siempre fecundo de soberanas energías...! Inoculad en el alma de esa juventud envejecida, la savia vivificante de la Religión y vereis cómo se despierta, recobra vigor y rebosa entusiasmo por todo lo grande. Siempre ha sido así y no había de suceder ahora de otra manera. Donde la Religión es despreciada, la sociedad decae, la inmoralidad triunfa y como última consecuencia no nos queda más que la barbarie, y la peor de las barbaries: una barbarie *civilizada.*

Pues para avivar el espíritu religioso de nuestra juventud, nada más opor-

tuno que la fundación de Sociedades católicas para jóvenes, á semejanza de las que aun en nuestra patria, pero sobre todo en Francia y en Italia, están dando resultados excelentes. — Los hombres de buena voluntad hallarán aquí un campo vastísimo donde desarrollar sus energías, lejos de enterrarlas, aunque sea para vivir entregados á una piedad, por otra parte, infecunda.

Ya que preocupaciones, á primera vista incompatibles con la grandeza de nuestro siglo, han lanzado de nuestras Universidades los estudios religiosos, ¡que tengan nuestros jóvenes donde tomar aliento para no desmayar y verse comprendidos entre esos espectros sin ideal, sin amor y sin entusiasmos, de que con tanta elocuencia nos habla Saint Aulaire...!

Y no son solos los estudiantes los que necesitan medios para sostener su espíritu religioso, no. Fuera de los centros de enseñanza viven infinidad de jóvenes no menos dignos y necesi-

tados de atención. Para todos deben estar abiertas las puertas de esas Sociedades: ¡que todos puedan acudir á ellas en busca de facilidades para vivir como cristianos..!

Y como estas Sociedades deben fundarse allí donde existen centros de enseñanza, he de hacer mención especial de los seminaristas, quienes acudirían con gusto á engrosar las filas de los jóvenes asociados y no creo que esas Instituciones carezcan para ellos de grandes ventajas á fin de completar su educación científica y social, como ya queda apuntado.

Es claro que no entra en mis planes formar allí á esos jóvenes ni en lo que se refiere al espíritu religioso que en ellos debe campear de una manera especial, ni en cuanto á los estudios propios de su carrera, pues para eso tienen el Seminario. Pero á los sacerdotes del día no les basta el conocimiento profundo de las ciencias eclesiásticas y profanas que se enseñan en la cátedra, siquiera esos conoci-

mientos vayan acompañados de una gran piedad, tan necesaria en el sacerdote y cuya existencia reconozco desde luego.

Hoy su educación debe ser muy amplia, debe abarcar todos los extremos de la vida contemporánea, á fin de que por todas partes pueda atajar á los descarriados. La misión social del Clero, sobre todo en nuestros tiempos, no está reducida al lugar cerrado por las paredes de la Iglesia: imitando al Buen Pastor, no debemos contentarnos con las ovejas que vienen al redil; es necesario ir en busca de la extraviada y conducirla por el camino más fácil al aprisco, y para eso debemos conocer bien el terreno.

Es, pues, necesario que el sacerdote se acostumbre á vivir en medio de la sociedad, á conocerla, á hablarla el lenguaje que ella habla. Convengo en que no será un lenguaje del todo *ortodoxo*, pero el caso es cumplir con nuestro deber, debiendo importarnos muy poco la propiedad de las palabras.

Para ello hace falta á los seminaristas un conocimiento perfecto de nuestra época, de sus necesidades, de sus tendencias, de sus aficiones y hasta de sus *debilidades:* así sabrán mañana cómo deben conducirse para devolver á Cristo las almas que preocupaciones sin fundamento le han arrebatado. (1) —El trato asíduo con otros jóvenes

(1) Creo que merecen ser meditadas estas palabras de un especialista en estos asuntos, el ilustre escritor Max Turmann, hablando del apostolado de la juventud: «Los apóstoles gruñidores, que trinan contra su siglo y contra su patria, esos tales jamás consiguen nada: la simpatía va á quien la sabe inspirar.

Los lúgubres, los ásperos, los pesimistas, los *laudatores temporis acti*, todos estos Juan que llora, todos estos Juan que gruñe, quedan aislados, y la doctrina que patrocinan viene á ser predicada en el desierto.

Para obrar eficazmente sobre su tiempo es necesario empezar por amarle. Hé ahí, en nuestra opinión, una regla esencial.—Hay una segunda, no menos importante: No basta amarle, es preciso conocerle, saber dónde está su lado fuerte y su lado débil, su parte buena y su parte mala. —*Revue du Clergé français*.—Tom. XXI, pág. 174.

que no siguen la carrera eclesiástica, *que son del mundo*, pero que perteneciendo á una Sociedad de esas, ya se supone que no serán jóvenes corrompidos, la lectura de revistas científicas y literarias y las conferencias que oigan ó den por sí mismos, serán otros tantos medios de completar la educación necesaria, en todo aquello que no es posible hacer en la cátedra.

Tal es el fin que en esos trabajos se debe perseguir: hacer á los jóvenes que no estudian en los Seminarios más *seminaristas*, y á los seminaristas más *universitarios*. Y esto sin estrecheces de ningún género, sin más programa que los Preceptos del Decálogo, los de la Iglesia y los Artículos de la Fe, dejando á la puerta toda esa balumba de divisiones absurdas que apagan nuestras energías y alejan lastimosamente almas que nacieron para vivir unidas, para ayudarse y comprenderse...

Ni se me oculta que dada la apatía que nos aletarga y conocida la in-

diferencia enervante de nuestra juventud, es cosa difícil hacer que prosperen rápidamente estas Sociedades y vean enseguida sus fundadores los resultados apetecidos; pero quien al tropezar con tales dificultades, quien, al ver que en pocos meses y hasta semanas no llega á ser la cabeza de nuestros jóvenes, se reconoce impotente y abandona la obra, demuestra por una parte que no nació para soldado, que no está formado para el combate sinó para la vida sencilla y sosegada de la paz, y por otra que no sirve para apóstol, que no busca ante todo y sobre todo el reinado social de Jesucristo. No basta poner las manos á la obra, ni siquiera trabajar con entusiasmo; es necesario hacer uno y otro por razones levantadas y nobles, por la gloria de Dios. El trabajo siempre es bueno, pero no debemos esperar que se nos proporcione el salario aquí, sinó en el cielo. Si estamos convencidos de que la obra es buena, si conocemos las repetidas instancias del Papa y de

los Obispos, si tenemos noticia de los resultados obtenidos en otras partes, si sabemos que dedicándole nuestras energías todas, trabajamos por Cristo y por su gloria, ¿qué más queremos? Nosotros no veremos los resultados, pero ¿dejaremos de percibir la recompensa debida á nuestros afanes? Los soldados que al trabarse el combate ocupan la vanguardia, no esperan gran cosa de los resultados del triunfo porque piensan morir antes, y luchan, sin embargo, con igual bravura; luchan por la gloria, por la patria, por sus compañeros, por los que vienen detrás...





X

LOS FRACASOS DEL SIGLO XIX

No falta quien se ríe muy donosamente del afán que tienen muchos publicistas de hablar de cada siglo como si los cien años que le componen fueran totalmente distintos de los que les preceden ó les siguen, y como si al llegar un siglo nuevo, la humanidad cambiara repentinamente de postura y tomara una actitud por completo diferente. Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que, si no todos, muchos siglos tienen fisonomía propia, inconfundible, lo cual, después

de todo, nada tiene de particular, pues un centenar de años constituye un espacio de tiempo no despreciable y más que suficiente para que la humanidad tome una actitud y se canse de ella. Así, por ejemplo, nuestro siglo, el tan traído y llevado siglo XIX, está dotado de caracteres propios que le distinguirán siempre de todos los demás siglos.—Su obra colosal es de todos conocida; sus aspiraciones, nobilísimas unas veces, degradantes é ignominiosas otras, no son un secreto para nadie, sus promesas ándan en boca de todos: su fin está cercano y es preciso hacer el balance de su azarosa existencia. ¿Ha visto cumplidas sus aspiraciones, realizadas sus promesas?—Soy poco partidario de las grandes síntesis históricas, que, como decía Campoamor discutiendo con Castelar, dan la razón á todos, y tengo poca fe en las consideraciones generales cuando se trata de hechos concretos, pues muy raras veces expresan toda y sola la verdad. Por eso quiero ceñirme lo

más posible, y para conseguirlo mejor voy á fijarme en una nación.—Porque nos toca más de cerca, la escogida debiera ser esta pobre España, en cuyas espaldas deja marcados el siglo XIX signos de vergüenza y de ignominia: pero he de concretarme á Francia para poder hablar con más libertad y porque esta nación es la que, en mi sentir, encarna más al vivo las aspiraciones de nuestro siglo.

Pero antes de pasar más adelante, debemos distinguir allí entre los publicistas anticatólicos y los creyentes, entre el gobierno liberal y el pueblo cristiano, entre las masas corrompidas por predicaciones degradantes y el pueblo fiel á las enseñanzas de la Iglesia: ¡que en Francia hay algo más que satíricos blasfemos, políticos fanáticos, escritores sectarios y turbas demagógicas!—El siglo XIX presenció desde su infancia la lucha titánica de la Francia católica con la Francia que engendraron Voltaire y Diderot: por una y otra parte combatieron hom-

bres decididos y tenaces: ¿cuál fué el resultado de esa lucha encarnizada? Eso es lo que yo quisiera poner en claro, basándome en los hechos y desligándome de toda preocupación para con unos y otros.

I

Empiezo por hacer una nueva distinción entre el progreso material y el intelectual. Por cierto que de la confusión de estos extremos y de la falta de precisión en lo que con la palabra «progreso» se quiere significar, proceden las incongruencias que de contínuo se oyen sobre la incompatibilidad de la Iglesia con el progreso moderno. (1) El siglo XIX en cuanto á su progreso material, en cuanto al desarrollo de las ciencias naturales y

(1) Fundándose en la proposición del *Syllabus* donde se habla de la incompatibilidad de la Iglesia con el progreso moderno, católicos y no católicos dicen cosas capaces de tumbar á uno de espaldas. Unos ven allí con-

á sus múltiples aplicaciones, ¿qué puede merecer sinó alabanzas y bendiciones? Sus adelantos prodigiosos son bien conocidos: todos ellos tienden á hacernos más hermosa la vida, á facilitarnos mil comodidades, y todo esto, proceda de donde proceda, débase á Pasteur ó á Berthelot, sólo merece aplausos entusiastas: por esta parte el siglo XIX concluye muy bien. Cerrarase con una Exposición que, á juzgar por los preparativos, será el pasmo del mundo y una verdadera apoteósis del genio y de la laboriosidad de este siglo.—En ese gran torneo internacional, nuestros vecinos harán alarde justísimo de sus adelantos materiales, pero no podrán presentar una estadís-

---

denados el ferrocarril, el teléfono y hasta la luz de acetileno y en nombre *del bien común* combaten á la Iglesia. Otros echan mano de esa proposición para demostrarnos que es cosa vitanda todo lo que no sea vivir petrificados en tiempos que ellos creen inmejorables, sin duda porque no los conocen. Ni unos ni otros saben lo que es progreso ni qué *progreso* es el condenado.

tica que demuestre sus adelantos morales, no podrán exponer, después de cien años de producción febril, vertiginosa, un libro que responda á las tendencias depravadas del siglo XIX y que pueda resistir, no ya lo que las obras de nuestros escolásticos, pero ni la crítica más superficial durante algunos años. Ni se crea que exagero. Si alguna obra de esas se sostiene algo, no será ciertamente por lo que tenga de anticatólico, aun cuando por serlo fuera muy celebrada durante algunos meses. Y sin ir más lejos, ahí está Renán: ¿quién hace caso ya de su crítica que de todo tenía menos de tal, de su deismo vago, de su espiritualismo sin sustancia y de su odio á Cristo á quien vendió como Judas? Se leerá aún mucho tiempo por sus dotes de estilista, pero por lo que tiene de filósofo, de crítico, etc., no sé yo quien pueda leerlo, y eso que Renán es de ayer como quien dice...

Pues lo mismo sucede con todos los demás escritores anticatólicos cuyas

teorías pasan como nubes de estío por el cielo purísimo de la Iglesia. Dentro de algunos lustros, ¿qué habrá sido de las teorías anárquicas de Berthelot y de las filosofías de Sabatier? Y empiezo á indicar los *fracasos* de este siglo que tanto despreció la ciencia de los pasados: después de tanto producir, no nos deja un libro que llame nuestra atención si no es por el lujo del papel, de la encuadernación ó de la tipografía...

El siglo XIX (con lo cual y para acomodarme al lenguaje vulgar, aunque impropio, quiero decir la parte del siglo que significa oposición á la Iglesia) «nació con una honda en la mano y una piedra en la honda: la pedantesca, helada y dura filosofía del enciclopedismo. Volteó con furia su honda y disparó la piedra contra la Iglesia de Cristo... Tras de una piedra arrojó otra y rebuscó en la tierra muchas más, enlodadas, erizosas: el materialismo, el criticismo...» (1)

(1) José Zahonero en su precioso artículo

El siglo pasado profetizó que el nuestro acabaría con la Religión y en especialidad con la Iglesia, y dispuesto á no dejar en mal lugar á su antecesor, nuestro siglo empleó años y años en batir violentamente la roca del Vaticano y para acabar con cuanto se relacionara con nuestras creencias, lo renovó todo; y al magisterio de la Iglesia opuso la razón autónoma; á la filosofía católica, una filosofía que no tomara de aquélla ni aun la sutil y expresiva nomenclatura; á nuestra política, una política liberal; á la caridad evangélica, la fraternidad universal; á la moral católica, una moral independiente, sin sanción divina; al Dios de los cristianos, la materia evolucionando y desenvolviéndose...—El plan del siglo XIX ha sido ese: acabar con la Iglesia para libertar á la humanidad, para implantar derechos y libertades de que se nos desposeyera. Aunque ese

---

El Corazón de Jesús, publicado en *La Información* de 22 de Agosto de 1899.

procedimiento, el de perseguir á la Iglesia porque se opone á las legítimas tendencias de nuestros tiempos, es muy semejante al del lobo que reprendía al cordero porque le enturbiaba el agua, los fanáticos consiguieron sobreponerse; los católicos, aturdidos por el clamoreo de aquéllos, perdieron la serenidad en la defensa, las muchedumbres se emborracharon y Francia, ciega en el vértigo de la impiedad, cantó himnos de triunfo, y se creyó la salvadora de la humanidad oprimida, redentora de las conciencias aherrojadas y libertadora de la ciencia humana.

Pero *nihil violentum durabile!* El coloso tenía los pies de barro, carecía de consistencia, y se desmorona como edificio levantado sobre arena que mueven las aguas... las aguas de la razón y de la verdadera libertad de la conciencia. Y Francia, la Francia revolucionaria y atea, se ve hoy en un estado de postración mortal, agitada por una fiebre intensísima, decadente, dividida, de-

bilitada, agitada por pasiones insensatas, buscando nuevos horizontes, clamando por la llegada del famoso *sprit nouveau*...

El siglo XIX quiso fundar una Francia nueva sobre las ruinas de la Francia católica y el fracaso está á la vista de todos: muere maldiciendo su obra y renegando de sus ideales, mientras la libertad tiene que refugiarse en el regazo de la Iglesia para no morir á manos de los mismos que la convirtieron en dama de sus pensamientos. (1) Y eso que decían que para llegar á la libertad era preciso pasar

(1) En efecto: los católicos franceses se ven hoy obligados á luchar en nombre de la libertad contra el gobierno llamado *liberal*, y ni aun así consiguen que la libertad común les ampare como ciudadanos libres. ¡Cómo se prostituyen ciertas palabras!—Véanse *La Franc-Maçonerie contre la liberté*, por Francisco Veuillot: *Lettres adresées á M. Waldeck-Rousseau*, por el insigne orador Conde de Mun, publicadas primeramente en *Le Correspondant* y últimamente en un tomito: el estudio *Pour la liberté* publicado por el P. A. Belanger en la interesante revista *Etudes*, 5 de Junio de 1899, etc., etc.

por encima del cadáver de la Iglesia! En vez de una nación feliz, democrática, regida por la libertad, resultó una nación enferma, llena de injustas desigualdades, fundada en la tiranía. (1)

Pero este fracaso colosal aparece aún más grande si se atiende á las consecuencias morales y político-sociales que de tales procedimientos se han deducido; consecuencias que alcanzan por una parte á la visible despoblación de Francia y á la criminalidad siempre creciente, y por otra á la inconsistencia de la autoridad, al socialismo y á la anarquía. Y esto es muy lógico. Proclamado el ateísmo, los pecados

---

(1) Escrito este trabajito, leí el libro valiosísimo de Brunetière, *Discours de Combat*, donde puede el lector ver, con bastante mayor brillantez desenvueltas, todas las ideas que rápidamente expongo en esta primera parte.—Véase especialmente la preciosa conferencia *Les ennemis de l'âme française*.—Si en España hubiera interés por conocer el movimiento de las ideas, este libro ya estaría traducido al castellano.

dejan de serlo, dominar las pasiones es una lucha sin honor y sin gloria; quitado el cielo, era muy justo que los pobres pidieran la tierra; ridiculizada y desconocida la autoridad de Dios, no podía ser respetada la autoridad humana; predicada la igualdad absoluta, no queda más solución que la anarquía. ¡Cuán lejos estamos de la civilización soñada por nuestro siglo, una vez emancipado de la Iglesia (1)

Más aun: el siglo XIX muere entonando un sincero *yo pecador* que

---

(1) Respecto á la criminalidad que aumenta debido á ese deseo de emanciparse de la Iglesia, sólo citaré el artículo IX de la obra de Fonsegrive *Les livres et les idées*. En cuanto á la inconsistencia de la autoridad, léanse los curiosos artículos publicados por Emilio Faguet en *La Quinzaine* (16 de Octubre y 1.º de Noviembre de 1899) sobre el régimen parlamentario.—Sobre el mismo tema véanse los artículos publicados por autor anónimo en la misma importante revista de 1.º y 16 de Mayo del mismo año.—Debemos, sin embargo, reconocer una cosa; y es que en ese trabajo de demolición tuvieron gran parte ciertos católicos ocupados mucho tiempo en la poco envidiable labor de criticar y poner en ri-

abarca todos los ramos del saber. Quiso prescindir de la revelación para resolver los problemas de la vida, y Brunetière, en la revista que más fielmente representa el movimiento de nuestros enemigos, proclama, sin que nadie le pruebe lo contrario, las quiebras de esa ciencia atea, incapaz de dar solución á los problemas de nuestro orígen y de nuestro fin. (1) Opuso á la política católica una política libe-

---

dículo lo que no era obra suya y esto sólo con el objeto de hacer antipáticas instituciones en que ellos no tomaron parte.—La destrucción es siempre más revolucionaria que evangélica.—Por lo que hace á la deducción del socialismo y del anarquismo de esas doctrinas del liberalismo burgués, véanse *Civiltá Cattólica*, serie XVII, vol. V, pág. 586, y vol. III, pág. 5.—Mons. D' Hulst; *Careme de 1894.*, pág. 31.—Fonsegrive, *Lettres d' un curé de Cantón*, pág. 123.—*Catholicisme et Democratie*, pág. 59.—P. Maumus, *La Iglesia* y *La Democracia*, cap. VII, VIII, etc.

(1) *Revue des deux mondes.*—1.° de Enero de 1895.—El artículo aludido que tanto ha dado que hablar y que valió á Brunetière tantas contestaciones estúpidas, no se titulaba «la bancarrota de la ciencia.» sinó simplemente *Apres une visite au Vatican*, ni el insig-

ral y Fonsegrive nos hace ver cómo en esa escuela sólo va quedando en pié lo que la Iglesia no condena, y cómo los mismos defensores del liberalismo

---

ne publicista defiende tal bancarrota sinó quiebras parciales, en cuanto que la ciencia atea prometió más de lo que pudo dar.

Por lo demás hacía ya algunos años que otros escritores—Tolstoi, Beranger, Wizewa—habían proclamado la bancarrota de la ciencia y exagerado más de lo justo la pobreza de nuestra razón que sirve para mucho, aun cuando no sirva para todo.—Respecto á las discusiones debidas á ese artículo famoso, véase el capítulo IV de la obra de Fonsegrive *Les livres et les idées*.—En la primera conferencia de *Discours de combat* insiste Brunetière sobre las mismas afirmaciones, explica una vez más su alcance y responde á ciertas observaciones. En todo este libro se nota lo arraigadas que están esas ideas en el alma del insigne crítico quien avanza un paso más hacia el Catolicismo en cada página que escribe.

Ultimamente, en dos conferencias dadas en Roma y en Benzançón sobre Bossuet, el ilustre pensador se declaró por completo identificado con el Catolicismo. En esta última ciudad se proclamó católico convencido. ¡Quiso Dios conceder ese consuelo á su Iglesia para desquitarla de tantas apostasías vergonzosas y cobardes!

confiesan que se han equivocado. (1) Intentó fundar una filosofía materialista, y quien conozca someramente las corrientes novísimas de la filosofía francesa puede notar que es cada día más espiritualista y que se inspira más

(1) *La Crise du liberalisme.*—Véase Brunetière en el lugar citado, pág. 42 y sigs.—No puedo resistir á la tentación de traducir esta hermosa página... «La escena política y nuestras mismas Cámaras, están aún, están siempre, desde hace veinticinco años, atiborradas de hombres viejos de los cuales se puede decir que desde hace veinticinco años nada han olvidado ni aprendido nada. Contemporáneos de Homais, el inmortal farmacéutico de *Madame Bovary*, el cual era á su vez, en 1858, contemporáneo de otra edad: firmes y como inmovilizados en su intolerancia; satisfechos de sí mismos y llevando siempre consigo cierto aire de suficiencia y de superioridad, no se dan la menor cuenta de que en estos veinticinco años todo ha cambiado en derredor suyo y de que vienen á ser entre nosotros los representantes de una especie que vivió poco tiempo y desapareció para no volver, los fósiles del anticlericalismo, el cuerpo muerto de la república y el verdadero obstáculo que dificulta el progreso social.» Inmediatamente pasa Brunetière á demostrar cómo todo eso se acaba.

en Sabatier que en Comte. (1) Acudió á la Literatura y la convirtió en vehículo de sus ideas irreligiosas, y la Literatura fué materialista, determinista y pornográfica; pero la nueva generación de literatos ya se halla inspirad en un espíritu más levantado que Lemaitre (2) llama evangélico, y hasta el mismo Zola se mete á idealista en su última etapa... sin dejar, no obstante, de ser tan sucio como siempre. Echó mano de la erudición y de las ciencias naturales para confundir nuestros dogmas, y una y otras han concluído por demostrarlos con datos nuevos. (3) Quiso, en una palabra, fundar lo que se llamó *tercera civili-*

(1) Básteme citar la mencionada y afiligranada conferencia de Brunetière.—¡Qué admirable está ridiculizando el fracaso de la ciencia del *hecho!* Pág. 15 y sigs.

(2) Véanse: Félix Klein. *Nouvelles tendances,* pág. 6, Fonsegrive. *Les livres et les idées,* art. V.—Brunetiere, obra citada, pág. 26 y sigs.—Como siempre, la Literatura sigue las corrientes de la Filosofía.

(3) Véanse: Cardenal González: *La Biblia y La Ciencia.*—P. Martínez Vigil: *La Creación,*

zación, para oponerla á la cristiana y á la pagana, y sólo ha conseguido fundar la inmoralidad y la barbarie más refinadas, pues son inmoralidad y barbarie *razonadas*.—El siglo XIX, en lo que tiene de anticatólico, ha fracasado por completo, viniendo á demostrar la afirmación de un notable escritor contemporáneo cuando dice: «Nos vemos en todo conducidos á la misma conclusión: nada verdaderamente eficaz, nada sólido y duradero hallan nuestras sociedades democráticas fuera del espíritu del Cristianismo, fuera de la fraternidad cristiana.» (1)

II

Pero al lado de ese siglo XIX, apóstata, irreligioso y áteo, he dicho que es preciso ver en Francia otro

---

la Redención y la Iglesia.—Moigno: *Les splendeurs de la foi*.—Vigouroux: *Manuel Biblique*. Brunetiere, obra y artículo citados, etc., etc.

(1) Leroy Beaulieu.—Vid. *Nouvelles tendances*, pág. 11.

siglo creyente, católico, profundamente religioso. Refiriéndome, no al pueblo fiel que calla, sufre y no figura, sinó á la parte directiva, á los que se agitan y luchan contra la impiedad, ¿cómo concluyen el siglo? ¡Ah! sin dificultad alguna se me creerá si digo que al llegar á este punto solo quisiera entonar alabanzas entusiastas; pero la justicia me obliga á reconocer que culpa de muchos de esos mismos católicos es el que el fracaso del siglo anticatólico no sea más estrepitoso.

Colocados en posiciones falsas, exagerando las cosas ni más ni menos que los adversarios las exageraban, aunque por distinto camino; identificando sistemas decadentes con la vitalidad siempre nueva de la Iglesia, confundiendo aspiraciones particulares é imposibles con las aspiraciones vivificadoras del Evangelio, han creído defender á Cristo cuando en realidad defendían causas que ya no tienen defensa, y derrocharon fuerzas poderosas combatiendo molinos de viento y

se pasaron muchos años—como dice un gran orador (1)—«sentados á las puertas de los cementerios, llorando sobre tumbas para siempre cerradas, olvidados del mundo viviente que los empuja...»—La Iglesia se vió combatida en nombre de la Ciencia y ellos combatieron esa Ciencia como si en realidad fuera enemiga de nuestros dogmas; en nombre de la libertad, y ellos maldijeron la libertad sin ver hasta qué punto debían hacerlo; en

(1) Mons. Ireland. *L' Eglise et le siecle*, pág. 96.—Tal vez no falte algún lector inocente que al ver citados con elogio, en estos trabajitos, los nombres de ciertos escritores, frunza el entrecejo y me crea todo un *americanista*, mote que se ha puesto muy de moda entre no pocos ilustres publicistas que empiezan por ignorar qué es eso del Americanismo.—Pierda cuidado el escrupuloso lector, que ni se va tan mal con los que ante las palabras del Papa ó de los Obispos bajan la cabeza sin disculparse siquiera, ni todo lo que esos autores han escrito es Americanismo ni todo Americanismo es cosa mala, como advierte León XIII en su carta al Cardenal Gibons y demostró en el periódico *La Opinión de Asturias* el joven sacerdote y querido amigo mío J. L.

nombre de la democracia, y ellos ni siquiera admitieron de ese hecho político-social lo que tiene de cristiano; en nombre de los derechos del hombre, y ellos negaron esos derechos sin pararse á averiguar si los ataques eran lógicos: la Iglesia, en fin, se vió atacada por todas partes, en las calles y en las plazas, en el libro y en el periódico, y ellos para defenderla se refugiaron en los templos y en las casas, olvidándose del divino Pastor que dejaba las noventa y nueve ovejas en el aprisco para correr por el mundo en busca de la extraviada... Y ¡qué tristes consecuencias se están lamentando, debidas á ese bárbaro modo de proceder! La Iglesia apareció, por culpa y torpeza de esos apologistas, como irreconciliable, incompatible, con tendencias nobilísimas del espíritu humano, como incapaz de vivificar el medio social de nuestros días. Y fué preciso que el Representante legítimo de la Iglesia, que el Papa pusiera las cosas en claro, deslindara los campos, pre-

cisara lo malo é hiciera notar lo bueno, lo indiferente y *lo necesario*, en sus Encíclicas inmortales sobre la constitución de los Estados, sobre la libertad natural y política, sobre el criterio científico á que deben ajustarse los apologistas católicos, sobre las relaciones de los fieles con *hechos imprescindibles*, con la forma de gobierno, con la democracia y con la necesidad del establecimiento de la justicia social... A pesar de tan categóricas y sabias direcciones, los apegados á lo antiguo sea bueno ó malo, los identificados con la rutina, los que creen luchar por la Iglesia, cuando en realidad echan mano de ella para defender sus particulares opiniones, continúan sus trabajos con gran perjuicio de la propaganda católica. Pero son los menos: la predicación de la Iglesia estuvo muy lejos de caer en tierra estéril, que afrontando las iras y hasta los insultos de los fanáticos, apareció una pléyade brillantísima de publicistas, de día en día en aumento, que encarándose va-

lientemente con el espíritu del siglo, saben distinguir en él lo verdadero de lo falso y sin maldecirle ciegamente, van infiltrando en sus órganos el espíritu vivificante del Cristianismo....: hombres de ciencia que no se avergüenzan de aplaudir cuantos adelantos les presentan sus adversarios, demostrando al mismo tiempo que en nada contradicen nuestros dogmas; escritores políticos que, sean cuales fueren sus simpatías políticas por ciertas formas de gobierno, reconocen que viven en un régimen republicano y hacen ver que la forma republicana nada tiene en sí de anticatólica y que puede ser tan religiosa como cualquier monarquía si se reforman las leyes con que gobierna; católicos demócratas que sin asustarse del hecho político-social de la democracia, creen como León XIII que puede llegar á ser cristiana y la salvadora de Francia; sociólogos pertenecientes á florecientes órdenes religiosas, que con la Encíclica *Rerum novarum* en la mano, demuestran que

la Iglesia aplaude esa ascensión de las clases llamadas inferiores, esa tendencia á la justicia social; sacerdotes celosísimos que viendo sus templos abandonados han salido de sus casas y se lanzaron al siglo en busca de almas que conducir á Cristo...; hombres de fe para quienes el siglo XIX adelantó aún poco, no consiguió vencer la decadencia absolutista del siglo pasado, y esperan completar en el siglo próximo su ascensión hacia la justicia, hacia la verdad, hacia Dios...

Una agitación febríl, una acción social activísima han sido los resultados de estas nuevas posiciones y es justo reconocer que el clero francés, regular y secular, ha dado en esto un ejemplo de disciplina digno de todos los elogios. Ha comprendido que no se trata de defender sus propios ideales, sinó los ideales del Evangelio: que éstos no deben defenderse *según nuestros deseos*, sinó como ordene el Papa; que es hora de renunciar á lo humano para entregarse á lo divino; de ahogar

simpatías y aspiraciones imposibles para arrojarse en brazos del Representante de Cristo y hoy, al concluir el siglo XIX, los sacerdotes demócratas y republicanos son el honor de la Iglesia de Francia y la corona de sus Obispos celosísimos: ¡ellos que poco hace eran mirados como apóstatas de la verdadera causa y fautores del liberalismo...! (1)

Pero los sacerdotes franceses merecen capítulo aparte.

III

En Francia se ha dicho de mil ma-

(1) Quien desee ver cómo hablan hoy de la democracia los sacerdotes de la nación vecina, puede leer: *Lettre* de Mr. Fuzet, Arzobispo de Rouen, sobre la Encíclica de 8 de Septiembre de 1899.—P. Maumus, O. P. *La Iglesia y la democracia* (obra traducida al español). —Félix Klein, *Nouvelles tendances*, cap. II.—Gayraud, *Les Democrates chretiens*.— En fin: véase la importantísima *Revue du Clergé français* inspirada en esas ideas que á pesar de todo acabarán por hacer cristiana la democracia...

neras y repetido mil veces por personas de todas las clases, por seglares, por sacerdotes y por Obispos, que durante algún tiempo el clero francés andaba muy lejos de cumplir su importante misión social y esto por las razones indicadas. Así es que el presbítero Garnier llegó á estampar muy enérgicas palabras increpando duramente á los Párrocos que se pasaban el tiempo en la iglesia sin cuidarse de atraer á los que huían de ella.

En efecto: á la vista del nuevo medio social ellos siguieron viviendo la vida de sus abuelos, como si la inmutabilidad de nuestros dogmas no implicara variedad suma en las posiciones para defenderlos! Educado ese clero según los antiguos y hoy desacreditados moldes, esos sacerdotes creían que desempeñaban su papel transcendental pasando el tiempo en las sacristías esperando á ser llamados y maldiciendo enfáticamente de todo lo nuevo, como si lo que ellos consideraban inmejorable, solo por ser antiguo,

no hubiera sido nuevo á su vez!--Apóstoles del mal, más *celosos*, más activos, más *prácticos*, ocuparon fuera de la iglesia el puesto que abandonara el sacerdote ó que nunca había ocupado, y el pueblo, atraído por la novedad del predicador, halagado por las doctrinas que predicaba, sin un sacerdote que le sostuviera, ansioso de novedades, de cambiar de postura, volvió las espaldas á la iglesia y se dirigió al *club*....

Los malos no esperaron que el pueblo fuera á buscarlos, salieron ellos por calles y plazas en busca de ese pueblo abandonado por los sacerdotes, el cual no viéndolos más que escondidos en las iglesias, no oyendo fuera más que hablar mal de ellos, natural era que de ellos se apartara...! Creyeron esos sacerdotes que con novenas y rosarios se arreglaría todo, sin pensar en que si es necesario rezar, también es preciso no dejar el mazo de la mano... Y sucedió que de ellos se podían hacer las atinadas observaciones de un sacerdote español respecto á nuestro clero:

«Confesemos que los curas podemos y significamos bien poco en la prensa, en el derecho de sufragio y de asociación, en el municipio, en la cátedra y en el parlamento. *Satisfechos con predicar en auditorios de religiosas mujeres el reinado social de Jesucristo, y fijar unos cuantos corazones en el pecho de humildes labriegos, hemos abandonado aquellas formidables posiciones en manos del enemigo cada día más audaz, pujante é insultador.*» (1)

Así estaban también los franceses, pero ¡ay! ellos conocieron por fin sus equivocaciones lamentables, y despertados por las derrotas sufridas, por las excitaciones del Papa y de los Obispos, eguijoneadas por los ejemplos que les presentaron Kannengieser en sus obras sobre los católicos alemanes é *Ives Le Querdec* (2) en las suyas sobre los sacerdotes del día, salieron de sus

(1) Vid. *Soluciones católicas.*—1.° de Octubre de 1899.

(2) Tantas veces he citado á este ilustre

casas, abandonaron las sacristías, dejáronse de llorar los males presentes y se dedicaron á remediarlos, abandonaron la esperanza de que otros arreglaran lo que les convenía arreglar, y es de ver cómo ese clero, poco há en la inacción y en la oscuridad, agita la Francia y con sus congresos de acción

---

escritor, entre nosotros aun no conocido lo bastante, que me creo obligado á presentarlo en regla. Jorge Fonsegrive, que con el pseudónimo citado publicó estudios notabilísimos sobre cómo deben llenar su misión social los sacerdotes del día (*Lettres d' un Curé de Campagne, Lettres d' un Curé de Cantón, Journal d' un Eveque,* etc., etc.) profesor de Filosofía en el Instituto *Buffon* y director, desde hace algunos años de la interesante revista *La Quinzaine*, es un escritor fecundísimo que en poco más de dos lustros se ha conquistado un puesto preeminente entre los apologistas y filósofos franceses. Ya queda dicho que no me satisfacen sus ideas sobre lo que debe ser la apología contemporánea y añadiré que su modo de defender el Catolicismo no siempre me parece igualmente afortunado, pero la lectura de sus obras es altamente recomendable para formarse ideas claras sobre las cuestiones del día. Sus escritos tienen gran aceptación entre el clero francés, especialmente entre el clero joven.

social hace temblar á los fanáticos socialistas... «Los verdaderos enemigos —decía Gérault-Richard—los únicos formidables del proletariado socialista, no son esos burgueses holgazanes, paralizados por la digestión.... sinó los llamados demócratas cristianos. (1)»

Quien quiera conocer lo que puede conseguir en nuestros días un sacerdote celoso que busca con fe, *con fe viva*, luchando, no maldiciendo, el reinado social de Cristo puede leer la citada obra de Goyau, *L'année social* de P. Fesch, *Les Democrates chretiennes*, de Gayraud, y la Crónica del Congreso de sacerdotes celebrado en Lyon hace pocos años. ¡Qué lejos estamos ya de aquellos sacerdotes que se contentaban con administrar Sacramentos á quien se acercaba á pedirlos y con esperar que la regeneración de la sociedad bajara del cielo encarnada en instituciones que no discuto, pero que no vienen...!

(1) Vid. G. Goyau: *Autour du Catholicisme social*, pág. 244.

Hoy aman las ovejas descarriadas, van á ellas, son apóstoles, fundan círculos, escuelas de adultos, cajas de ahorrcs y de préstamos, dan conferencias, salen del templo para conducir á él á los que no saben el camino... En este punto mi entusiasmo por el clero francés contemporáneo es muy grande y aun aumenta si tengo presente la serenidad de que dió pruebas en la evolución. Al oir que el camino que llevaba no iba á ninguna parte, no se indignó contra los atrevidos, sinó que, más prudente, se detuvo, meditó, conoció que sus censores tenían razón, comprendió que antes que su *tesón* estaba Cristo y olvidándose de lo que fué, es hoy la esperanza de los buenos. Los párrocos en sus feligresías, los profesores de Seminarios en sus cátedras, los jesuitas en su revista *Etudes*, y unos y otros en la interesantísima *Revue du Clergé français*.... todos encerraron dentro de su pecho repugnancias enervantes, *plegaron su bandera*, y á la voz del grande,

del sapientísimo León XIII, cambiaron de táctica como soldados disciplinados, sin murmurar como los mercaderes que sólo van á su negocio...

El tantas veces citado Fonsegrive ha sido tal vez quien más de manifiesto puso las rutinas aletargantes de la enseñanza y del apostolado de los sacerdotes franceses. ¿Cree el lector que éstos se levantaron unánimes contra el atrevido lego? Nada de eso, comprendieron que tenía razón, emempezaron á cambiar de cara sin romper el espejo, los Seminarios se ven honrados con notables conferencias del insigne publicista y éste halló su mejor corona en las numerosas cartas de celosos sacerdotes que le dan la razón, reconocen que iban fuera de rail y prometen cambiar de táctica. (1) Algunos siguen, como Pedro de Luna,

(1) Véanse estas cartas curiosísimas en el tomo II de *Le Journal d' un Evêque*.—Este modo de proceder de los sacerdotes franceses, alabado por León XIII, y después de todo

en sus trece, diciendo que esa vida nueva está mezclada de liberalismo, de espíritu del siglo ¡de *modernismo!* No; de lo que está mezclada y de lo que carece la que ellos siguen, es de molestias, de sinsabores, de contradicciones y de trabajos incontables...

Al lado, pues, del fracaso del siglo de la libertad absoluta y de todo lo nuevo, es preciso mentar el fracaso de los amantes de la intransigencia, de los enamorados de todo lo antiguo, de los petrificados en tiempos que no volverán! Y por encima de esos fracasos, como lo único inconmovible, triunfante siempre y con vitalidad para remediar todas las quiebras de la

---

nada nuevo, pues los alemanes les han dado el ejemplo, no es del agrado de todos y se comprende... Por eso corre tan sin contradicción la frasecilla de que no sirven más que para moverse y de que si saben algo de todo no saben el todo de nada; pero quien siga con algún detenimiento sus trabajos de propaganda, de apología, de apostolado, al oir esas cosas, *guarda e passa...*

pobre naturaleza humana, se nos presenta la Iglesia de Cristo, identificada con la verdad y con la justicia, pronta á bendecir todo lo bueno, dispuesta á volver católica la democracia, religiosa la ciencia y evangélica la ascensión de las clases menos ſavorecidas de la fortuna!

Octubre de 1899.





XI

FINAL

Múltiples son las causas que nos han reducido á la miserable postración en que nos hallamos los católicos, pero acaso la principal hayan sido los ideólogos visionarios, tan numerosos desgraciadamente, que guardan en su cerebro soluciones adecuadas para todos los problemas, pero que carecen de alientos en el corazón para llevarlos á la práctica. Obras son amores, pero ¡cuán exíguo es el número de los que demuestran su amor trabajando, luchando, viviendo de su ſe,

haciendo que sus convicciones y que sus creencias salgan á la superficie y no permanezcan enterradas como el talento del siervo inútil...!

«Si se pregunta—dice el P. Berthè en el prólogo de su *Saint Aphonse de Liguori*—cómo en el espacio de un siglo pudo la Revolución reducirnos al presente estado de esclavitud, será preciso responder que nuestra Madre se llama Iglesia *militante* y que eso lo tienen olvidado desgraciadamente muchos católicos»—Y Mgr. Isoard, el piadosísimo Obispo de Annecy quien para escribir, por cierto con una unión que encanta, sobre las cuestiones de actualidad, no reconoce más guía que el Evangelio y los Santos Padres, dice á su vez esta gran verdad: (1) «En todo se ha efectuado un cambio general y en vano nos ingeniamos para no verle. Ahí está el flaco de todo hombre. Se resiste cuanto le es posible á

(1) *Si vous connaissiez le don de Dieu*, pág. 33.

ver, á entender, á comprender y admitir al fin, la realidad de los hechos y de las circunstancias que le obligan á cambiar sus hábitos. El razonamiento es de lo más simple: Si viviéramos realmente en una situación nueva, me serían necesarios nuevos esfuerzos: no hay, pues, tal situación nueva.—De esa suerte nos hemos dejado sorprender por la corriente.» Y así es. Hemos llegado á la situación presente porque esperamos sentados el avance de nuestros enemigos. Que es hora de levantarnos, de obrar «varonilmente y como verdaderos soldados de Cristo,» que nos dice San Pablo, lo van reconociendo cuantos tienen confianza en sus propias energías y en la gracia de Dios que nos conforta, y tanto es así, que por ponderar esa necesidad han caído algunos católicos en ciertos errores que condena León XIII en su carta al Cardenal Gibons. Fuera de España, al menos, (aquí no sabemos si son galgos ó si son podencos y mientras no se averigüe eso no es cosa

de pasar más adelante) los verdaderos católicos están convencidos de que esto no puede seguir así, y á la voz del Papa que les dice: *¡Allez au peuple!* dejaos de entretenimientos bizantinos, acudid á la lucha, acercaos á ese pueblo tan amado por Jesucristo y que se aparta de la Iglesia porque se ve solo, abandonado en poder de los apóstoles del mal, han comenzado á enmendar sus desaciertos.

Nosotros aun estamos muy lejos de imitarlos; nosotros, mientras otros trabajan, luchan cuerpo á cuerpo con la Revolución, se hacen oir y obligan á sus adversarios á que *cuenten con ellos*, aunque sólo sea para perseguirlos; mientras nuestros hermanos de otras naciones se lanzan denodadamente al combate y conquistan ó el laurel de la victoria ó la palma del martirio, nosotros pasamos heróicamente el tiempo en averiguar si son galgos ó si son podencos, en resolver el interesante problema de si estamos en la hipótesis ó si estamos en la tésis,

y en dar solución á otras cuantas cuestiones no menos nobles y dignas de ocupar la atención de espíritus levantados...

«Mientras la patria y la Religión—dice el Excmo. P. Martínez Vigil en su trabajo sobre la *Unión de los católicos* (1)—padecen angustias de muerte, los católicos, que somos los más y que lo repetimos á tiempo y fuera de tiempo, permanecemos con los brazos cruzados, esperando para acudir al sostén de la Religión y de la patria, á que se nos dé una fórmula: como si nuestros gloriosos padres, á quienes también invocamos sin imitarlos, hubieran necesitado para sus proezas otra receta que su celo por la gloria de Dios y su patriotismo; como si los pueblos de Europa, que nos precedieron en el despertar y ostentan las palmas en breve tiempo ganadas que deben estimular nuestro celo, hubieran recibido fórmulas más con-

(1) *Pastorales.*—Tomo III, pág. 612.

cretas ni enseñas más santas y gloriosas que las puestas por la Iglesia en manos de los hijos de la nación católica por excelencia.»

Y eso que á las puertas de España tenemos á nuestros hermanos de la vecina República, que se mueven, se agitan y demuestran que viven.... En efecto: entre ellos, ó á lo menos entre su inmensa mayoría, *aun* sigue siendo una gran verdad aquello que por aquí tanto se ha repetido cuando convenía, á saber, que en toda cuestión política hay una cuestión religiosa, y los católicos franceses, sacerdotes y seglares, aun cuando convengamos en que están un poco *atrasados*, siguen creyendo que el Papa y los Obispos son los únicos jefes religiosos...

Es verdad que en nuestra patria se ignora casi por completo lo que hacen los franceses que siguen al Papa, que aún creen que no puede haber liberalismo, herejía, allí donde dice que no la hay, el único juez competente en estas materias, y es no menos cierto

que los encargados de darnos cuenta de esa acción católica la niegan por completo y pintan con negros colores la situación aflictiva de los católicos franceses «á pesar de obedecer al Papa» que les manda en uso de su derecho y echando mano de su Autoridad; pero la explicación de todo eso es muy sencilla, siquiera sea aún más lamentable... En efecto: si se contase sinceramente lo que hacen los católicos franceses, se vería claro que *nuestro* camino no es el único, ni el más recto, para llegar á la victoria y se desacreditarían ante sus lectores los que se pasan la vida ponderando la ceguedad del Papa que no ve cómo la Iglesia no puede triunfar si no triunfan primero causas que, por confesión de los mismos interesados, no llevan camino de arribar al triunfo.

Todo lo que es humano pasa: ¡Dios y sus obras permanecen!

Ya, ya sé que se me contestará que Francia no es España, que nuestra patria aun no está tan hundida como

aquélla; pero yo no creo que tan ridícula respuesta tenga ningún valor ni aún para los que contínuamente la repiten, á falta de otra mejor. Los hombres son en todas partes los mismos y todos podemos citar hechos concretos para demostrar que aquí tiene aplicación todo lo que llevo indicado en este librito: además, ¿necesitamos estar en el fondo del precipicio para empezar á poner por obra lo que, si de ese estado nos puede sacar, mucho mejor nos impediría caer en él? Aquí se imita servilmente todo lo malo de Francia: ¿hemos de ser menos nosotros? ¿Por qué los católicos no imitamos lo bueno? ¿por qué no hemos de usar los mismos medios para curar males idénticos?

Acaso se me diga también que en estos trabajitos descubro sencillamente la América, pero es indudable que si otros la descubrieron antes, entre nosotros no aparecieron por ninguna parte los resultados de tal descubrimiento. Seguramente tampoco aparecerán de esta vez, pero recuerdo las

hermosas palabras de Ives Le Querdec: (1) «Nosotros somos las madréporas oscuras que depositan en el fondo de los mares la partícula calcárea que durante toda su vida segregaron. Pero con estas partículas frágiles y ténues se puede formar la osamenta de los continentes. El deber no consiste en realizar cosas grandes, sinó en hacer lo que se puede, por poco que ello sea... Las cosas emprendidas con el sentimiento del deber, jamás carecen de éxito: una mano vigilante y bondadosa las conduce. Todo es misterio en los grandes designios y en los resultados. Sólo el principio es claro, el deber, y el fin solamente es siempre bueno porque está en manos de Dios...»

¡Quién sabe! Acaso estos trabajitos insignificantes sean una de las partícu-

(1) *Journal d' un Eveque.*—Tomo I, pág. 64. —Véase sobre esto lo que dice el jóven y notabilísimo escritor G. Goyau en su precioso libro *Autour du Catholicisme social.*—Cap. *Le devoir de l' Apostolat.*

las microscópicas que lleguen á formar entre nosotros, á fuerza de repetir las mismas cosas, una verdadera acción católica.

Nosotros podemos muy poco, es cierto, pero todo lo puede Aquél que da incremento á la tenue semilla que nosotros sembramos...!

Abril, 4 de 1900.





ÍNDICE